



**Título: LA IMAGINACION POLITICA.
CONTRIBUCION AL ANALISIS
SOCIOLOGICO DE LOS INTELECTUALES
POLITICOS EN LA ESPAÑA ACTUAL.**

Autor: BENJAMÍN OLTRA Y MARTIN DE LOS SANTOS.

Fecha: 01/01/1975

Número: E0086

LA IMAGINACION POLITICA
CONTRIBUCION AL ANALISIS SOCIOLOGICO
DE LOS INTELECTUALES POLITICOS EN
LA ESPAÑA ACTUAL

Tesis
presentada en la Universidad Autónoma
de Barcelona
para la obtención del grado de

Doctor

por

Benjamín Oltra y Martín de los Santos

Barcelona, 1975



Copyright by Benjamín Oltra 1975

Todos los derechos reservados

Para May y Vanessa
por las cosas en común
de hoy y de mañana.

PREFACIO

Si una de las ideas básicas del presente estudio es que los productos intelectuales no tienen historia por sí mismos, sino en cuanto están ligados a la evolución de la experiencia social, he de convenir en que mi trabajo no constituye una excepción. Su complejo planteamiento y su no menos trabajosa elaboración me fueron posibilitadas por diversas circunstancias sociales y personales; y por el esfuerzo de diversas personas, que luego nombraré, en el marco concreto de unos intereses intelectuales y lazos comunes. Nunca mi papel fué mucho más allá de la toma de ciertas decisiones básicas; y de ordenar, y trabajar desde un trozo de la experiencia comunitaria que me había sido dada. El recuerdo se decide a reconstruir un escenario formado por la España de fines de los sesenta en una facultad universitaria de Madrid, y en el despacho profesional de un profesor universitario. Todo suele empezar porque uno o varios amigos o profesores (en este caso ambas cosas) te descubren un mediterraneo; ponen ante tus ojos intereses latentes interiorizados en diversas cir-

cunstancias. A través de ese proceso mayeutico uno comienza a nadar en mares cada vez más procelosos.

Sin duda alguna, en este proceso desempeñó y desempeña un papel decisivo mi maestro Amando de Miguel, así como el grupo que él aglutinó en 1969 en su despacho de Sociología de Madrid. Día tras día, en un continuo intercambio de ideas, afanes y esperanzas comunes fué surgiendo mi interés por este intrincado problema de los intelectuales. Hay algo más que gratitud en el recuerdo humano e intelectual de Amando de Miguel y los compañeros del despacho por esas fechas. La idea concreta del trabajo, junto con su diseño básico inicial me fué sugerida por otra persona entrañable, Juan F. Marsal, hacia fines de 1971, cuando se proponía regresar parcialmente a España a realizar una investigación sobre los intelectuales españoles, tras sus estudios sobre México y Argentina. Marsal, junto con Juan J. Linz, otra persona a quien he de expresar humana gratitud por muchas más cosas que por su enseñanza, me propusieron realizar en Madrid la encuesta que constituye la base del presente estudio. Juan J. Linz financió la citada encuesta, y ambos aportaron toda la ayuda que estuvo en sus manos, permitiéndome el utilizar la investigación como base de la tesis doctoral que ahora someto a la consideración de este tribunal. Mis deudas a Amando de Miguel, Juan F. Marsal, y Juan J. Linz se irán apreciando en las páginas que siguen.

Mi trabajo fué adquiriendo autonomía lógicamente al ritmo de mis propias lecturas teóricas, y de las sucesivas discusiones con las más variadas personas; primero en la etapa en que trabajé como profesor adjunto en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona, de 1971 a 1973, y luego durante mi estancia en la Universidad de Yale (USA) de 1973 a 1975, como estudiante graduado. A lo largo del año 1972 y parte de 1973 realisé la encuesta en profundidad a los intelectuales políticos en Madrid, la cual por razones que se explican más adelante resultó harto costosa y difícil. Al mismo tiempo iba explorando en sus obras, biografías, y figuras públicas, siempre teniendo en cuenta los cuatro puntos cardinales del país en que me encontraba. A mediados de 1973 compuse una primera versión que resultó ser poco más que un punto de partida para un trabajo posterior. Ya en Yale, alternando con el trabajo en la Universidad, dí sentido teórico al manuscrito inicial y compuse, como pude, el manuscrito que ahora presento como tesis doctoral, con la ayuda impagable y crítica de Jesús M. de Miguel (que leyó página trás página sugiriendo infinidad de ideas) y de mi mujer, Mayte Algado (que trabajó conmigo en todas las etapas del manuscrito poniendo más que profesionalidad).

El trabajo, como dice el subtítulo, espera ser una contribución al análisis de las categorías de intelectuales, tomando como unidad básica a los intelectuales políticos y su papel en la formación social y régimen político definidos que forman la España actual. Quiere ser una contribución con la conciencia de la complejidad de la realidad elegida

como objeto de estudio, del trabajo que queda por realizar, y de mis propias limitaciones personales. La idea básica es que el intelectual y fundamentalmente el intelectual político en el sentido en que lo utilizan Mills y Marsal, aparece como el articulador de una ideología legitimadora o deslegitimadora, cuya eficacia y peso están en función de su conexión orgánica a los intereses del estado, las clases, y los grupos organizados. El caso de los intelectuales políticos españoles constituye un ejemplo paradigmático. He intentado unir el interés teórico con el análisis concreto del caso de España en la actualidad. Como se verá el marco de modelos teóricos de que parte se basa en una primera reflexión sobre las obras de Marx, Weber, Mannheim, y Gramsci, fundamentalmente de este último. El punto de partida metodológico es variado. Fundamentalmente se trata de utilizar combinadamente las categorías de la ideología y la legitimidad política conectándolas a diversas categorías empíricas de intelectuales, para explicar su papel global y ayudar a entender ciertos mecanismos de los tres ejes dialécticos que componen una estructura social: la clase, el poder, y la ideología.

La parte primera es un esbozo de la problemática teórica del estudio junto con un esquema para su posible implementación técnico-metodológica; al mismo tiempo ofrece un breve resumen de las diversas etapas por las que atraviesan los intelectuales políticos en la España posterior a la Guerra Civil, asumiendo la relación que se establece entre esas etapas y los procesos que operan en el régimen político y la so-

ciedad española. En la parte segunda, se documentan los procesos socializadores, anclajes, estructura básica, y conexiones (redes) del grupo de intelectuales seleccionados.

Además, se van esbozando las inferencias que me parecieron más adecuadas para entender la posición del intelectual, y pensando en análisis posteriores de mayor profundidad. A diferencia de Mannheim, este estudio considera que el intelectual no se estructura históricamente como una categoría autónoma, sino dependiente, orgánicamente (complejamente) ligada a los intereses de las diversas formaciones socio-políticas en que está inmerso. Pero ello no contradice el hecho de que el intelectual realmente se mueve con flexibilidad en la arena ideológico-política y cambia de posiciones. El caso de los intelectuales políticos españoles así lo revela. Este hecho es de consecuencias decisivas para la relación Estado-sociedad-vida intelectual. Toda categoría social es histórica, de ahí que el cambio y el esfuerzo por enmarcar los fenómenos en su totalidad, valorando al mismo tiempo su especificidad y peso, sean dimensiones sustanciales del análisis. En la parte tercera se describen, documentan, y analizan las diversas categorías de intelectuales políticos; sus ideologías, y autodefiniciones, conectándolas a la dialéctica de la legitimación y deslegitimación del poder. Para ello utilizamos casos concretos de nuestra muestra. En el capítulo final se esbozan unas conclusiones concretas y se vuelve a tomar el hilo de la teoría para plantear el problema del papel de la ideología ligada a procesos de crisis social, concretamente de crisis de legitimidad. Seguimos aquí de cerca el mo-

de lo de Habermas. En general, la línea central, argumental (el core del argumento dicen británicos y norteamericanos) es entender el papel explicativo del intelectual, su papel enmascarador o revelador, su función racionalizadora o crítica. Es indudable que la forma específica de estructurarse una sociedad define su imaginación e imaginadores políticos; produce unas personas o grupos especializados en la elaboración de ideologías que dan significado o lo destruyen, que dan legitimidad o llegan a erosionar la existente. La evolución de las relaciones entre el estado y la sociedad mueve a los intelectuales a diversas posiciones. La historia invita al intelectual, dicho sea en forma deferencial, a unas determinadas construcciones. Por ello ese astuto raznochintsy que fué Lope podía cantar:

Ponte una ropa extremada
y una máscara y camina

Es preciso subrayar que la documentación utilizada en el análisis está lejos de toda consideración u objetivo personalizante; aunque utilicemos biografías concretas y casos personales para ilustrar el argumento general. Puede decirse que las citas, los casos biográficos, las posiciones y afanes de las personas, sin negarles su relevancia específica, nos interesan en la medida en que están articulados a procesos sociales, y por tanto son una forma concreta de ir centrando el análisis e ilustrándolo en espera de verificaciones más sofisticadas. Este autor es consciente de sus limitaciones. A modo de autocrítica (más que de racionalización) diré que este

trabajo intenta sugerir y plantear problemas, más que resolverlos de forma definitiva. A pesar del esfuerzo realizado por los científicos sociales españoles en los últimos veinte años, hay una gran tarea por hacer en la comprensión de la vida intelectual española; así como en la integración para entender las relaciones entre las diversas categorías históricas que definen una formación social tan compleja como la española.

Como decíamos al principio este trabajo es fruto de la paciencia y generosidad de variadas personas e instituciones con su autor. Debo expresar mi gratitud, en primer lugar, al despacho de Sociología de Amando de Miguel, y a compañeros y amigos de diversas épocas como Jesús de Miguel, Jaime Martín Moreno, Mari Sol Sanz, Amparo Almarcha, Isabel Sebastián, y Juan Salcedo. Todos ellos de mil maneras estimularon y motivaron mi interés y trabajo con ayudas decisivas. Estoy así mismo agradecido al Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona y especialmente a Asunción Fonoll. A la Fundación Juan March por su ayuda financiera a mis estudios en Yale y por tanto a todo el trabajo realizado allá; deseo hacer especial mención de sus tres últimos directores y de las personas que componen el comité de concesión de becas de Sociología de la Fundación. Igualmente mi agradecimiento a diversos profesores y compañeros de la Universidad de Yale. Concretamente, R. Stephen Warner criticó un primer manuscrito de la parte teórica, J. William Gibson me sugirió bibliografía y discutimos partes sustanciales de la problemática que

aquí se plantea. Emilia Viotti da Costa fué crítico sagaz del modelo conceptual del trabajo; y Ricardo Cinta me estimuló intelectualmente con decenas de sugerencias ligadas a proyectos e intereses comunes. Mi reconocimiento también a la eficacia y amabilidad de ciertas personas del staff de la Sterling Memorial Library de la Universidad de Yale, por su ayuda en la búsqueda de bibliografía para mi trabajo; así como al profesor Myers Director de Estudios Graduados del Departamento de Sociología que puso a mi disposición medios para la reproducción del manuscrito. Por último (y no en último lugar) mi gratitud sincera a los intelectuales entrevistados; por el tiempo que me dedicaron, la información a que me permitieron acceder (y la paciencia con que lo hicieron), así como por las muchas ideas con que iluminaron los problemas. Especialmente deseo señalar los nombres de las siguientes personas: Rafael Calvo Serer, Elías Díaz, Antonio Fontán, Josep Meliá, José Ma del Moral, Raul Morodo, Enrique Miret Magdalena, Dionisio Riñuejo, Enrique Ruiz García, Alfonso Sastre, Ramón Tamames, Enrique Tierno Galván, y Juan Velarde.

Este trabajo es, pues, un producto que le excede (y precede) a su autor, pero del que, a no dudarlo, yo soy responsable directo.

Yale-Barcelona

Julio de 1975

PARTE I

EL ANALISIS SOCIOLOGICO
DE LOS INTELECTUALES

CAPITULO I

INTRODUCCION: LA TEORIA SOCIOLOGICA SOBRE LOS INTELECTUALES

En el tema de los intelectuales es necesario partir de una revisión crítica de los modelos teóricos, epistemológicos, e incluso ideológicos sobre su naturaleza social y funciones históricas. Nuestro interés aquí es analizar cómo el intelectual, que ha sido históricamente el estudioso de sí mismo, ha producido las imágenes con las que, tras sucesivas reelaboraciones, se le entiende actualmente. En esta tradición de autoconciencia, la teoría sociológica ha elaborado modelos relevantes a cuya aportación es necesario volver para poder entender una categoría histórica tan compleja como es el intelectual. Por ello partimos de los análisis de Mannheim y Gramsci como plataformas teóricas inmediatas de la investigación actual, para luego remontarnos a las raíces deteniéndonos en dos paradigmas concretos: el de Marx sobre el papel revolucionario del intelectual, y el modelo tipológico de Weber. Nuestro propósito es entender las

lógicas teóricas y analíticas contenidas en estos paradigmas como base de la construcción de un modelo inicial de investigación. Consecuentemente presentamos un modelo cuyos presupuestos clave consideran al intelectual como el hacedor de la ideología (y de su proceso difusor), del aparato cultural de una sociedad, así como de la estructura racional y de la legitimidad de los intereses de las clases, fracciones de clase, grupos, y poderes; es decir, de procesos de hegemonía socio-política establecida o en ascenso. En este sentido presentamos una tipología de los papeles de legitimación de los intelectuales en su relación con el poder. Nuestro análisis acentúa el contenido ideológico-político de la función del intelectual como articulador de las relaciones entre la sociedad civil y la sociedad política en el seno de un bloque histórico, siguiendo la metodología de Gramsci.

La imagen del intelectual

Desde que los ilustrados y políticos de la Francia revolucionaria acuñaron la palabra (y la imagen) philosophe, y más tarde ideólogo e intellectuel, y la Rusia de Alejandro II recreó el concepto de intelligentsia,² la naturaleza del intelectual ha sido entendida a través de una cuadruple imagen: los intelectuales serían: (1) Un grupo que ha llega-

do a especializarse en la manipulación consciente de su intelecto constituyendo esta habilidad más que una profesión un modo de existencia. (2) Personas que viven principalmente de, por, y para las ideas, sean estas presentadas de una forma verbal o escrita. (3) Un estrato que no encaja en la estructura de clases debido a que lo singular de su función es la garantía de su independencia (Benda llega a poner en boca de los intelectuales la sentencia evangélica: "mi reino no es de este mundo"--1955: 8). La independencia, a su vez, haría que el intelectual pudiera fácilmente trascender la arena de los intereses de clase quedando libre de todo anclaje material. En la terminología de Mannheim este sería el freischwebende intelligenz, un ser social históricamente organizado en forma de un estrato libremente flotante en la sociedad. (4) Finalmente, los intelectuales forman un grupo histórico cuya naturaleza les lleva sistemáticamente a la disensión, al conflicto permanente con todo poder o políticas establecidas. Los tipos históricos de que parte esta imagen son el filósofo dieciochesco, el ideólogo romántico, el dreyfusard, el decembrista revolucionario, o el intelectual progresivo y antiautoritario de nuestros días, siempre bajo la rúbrica del izquierdismo.

A pesar de la cantidad de pensamiento escrito sobre este tema,³ hay pocos conceptos en las ciencias sociales tan imprecisos e ideologizados como el del "intelectual". Como ha señalado Coser, la simple mención de la palabra intelectual es capaz de provocar un debate apasionado (1966: vii). Habría que agregar que los que originariamente pro-

vocaron--y siguen provocando--el debate fueron los propios intelectuales. Una de las dificultades básicas para el uso científico del concepto de intelectual proviene de que, en la complejidad de su naturaleza y papeles, toda operacionalización del mismo es, hasta cierto punto, un proceso de simplificación y reduccionismo. Pero no creemos que su análisis sea inabordable. Históricamente es observable además el hecho de que son los propios intelectuales los que han venido auto-analizándose a sí mismos, aunque se presenten a veces con el ropaje de científicos sociales. De ahí que el estado de la investigación y la bibliografía sobre el tema aparezca como un campo no precisamente caracterizado por la neutralidad de valores e ideologías. El análisis de los intelectuales es un sector de la sociología del conocimiento en el que la ideología y el análisis están íntimamente relacionados; de ahí la historia de una permanente polémica sobre la naturaleza, características, y determinación básica de la unidad de análisis: el individuo o la comunidad intelectual.

Es observable que la imprecisión y amplitud del concepto de intelectual no fué históricamente causada por ningún tipo de autocomplacencia inconsciente o irracional por parte de los propios intelectuales; sino por un proceso de autoreflexión ideológica cuyas causas hay que buscarlas, en parte, en la propia articulación social de la ideología, entendida aquí como un proceso de autoenmascaramiento que los intelectuales usan como una de sus armas principales. To-

mense, por ejemplo, los temas clásicos de la libertad, independencia, o función moral insobornable del intelectual y estaremos ante un campo abonado, en buena medida, por la mixtificación. La razón de esta situación no parece ser otra que la autodefensa y el autocontrol de los propios intelectuales con respecto a los poderes establecidos, y a un cierto clima antiintelectualista existente en la sociedad para con el intelectual (Hofstadter: 1966). Desde cierto punto de vista, la polémica histórica del intelectual con su entorno está cuajada de un intercambio de imágenes ideológicas estereotipadas. En ciertos períodos el intelectual parece la única marioneta que manipula sus propios hilos: duramente combatido por L'Ancien Régime como ideólogo subversor del orden social; criticado por un cierto sector del marxismo como agente contrarrevolucionario irresponsable que favorece, en última instancia, a la burguesía; aclamado por el establishment cuando aparece como un racionalizador consecuente con la ideología que mejor puede legitimar al poder; finalmente rechazado por amplios sectores de la sociedad víctimas de una manipulación calculada que encierra la agresividad de una cierta admiración con un substrato autoritario del miedo a la inteligencia.

Hay un problema anclado en la relación intelectual-sociedad que concierne directamente a las propias bases teóricas y epistemológicas para el análisis del intelectual y que nos muestra hasta qué punto el intelectual y la sociedad distorsionan sus percepciones mutuas: el proceso de des-

legitimación del capitalismo y el estado occidental. La hipótesis dominante en un cierto sector de las ciencias sociales es que se está produciendo un cambio estructural en los valores de las masas que, en última instancia afectan a las bases de legitimidad del Estado y la sociedad capitalistas. La derrota del imperialismo en Viet-Nam, la permanente contestación en ciertos focos de América Latina, Europa, y Medio Oriente, ciertos procesos de fascistización en las burguesías nacionales occidentales, la emergencia de un aspecto represivo dentro del estado burgués hegemónico (USA) o dependiente (Chile, Brasil), los problemas raciales, los de discriminación de la mujer, la propia violencia de las relaciones industriales, y finalmente la inhabilidad estructural del estado capitalista para resolver un proceso inflacionario y de crisis económica y fiscal, son datos que se utilizan para señalar la erosión definitiva de la sociedad postindustrial, fijando la vista en un modelo concreto de decadencia: Inglaterra. Sin embargo, cuando se dice que hay un cambio de valores a nivel de la sociedad global base de ese proceso de deslegitimación, se está confundiendo por un lado la situación histórica de los intereses de clase y, por otro, la naturaleza misma de la función ideológica. Nuestra hipótesis--no tenemos por ahora datos para probarlo en un análisis concreto--es que ese cambio global en el reino de los valores sociales es relativo. Hay ciertamente un proceso de conciencia de clase y cambio localizado en ciertas fracciones de la clase obrera y la pequeña burguesía occidentales, pero que no articula a estructuras decisivas más amplias. Por otro lado la asunción

del cambio global está basada en una confusión de la naturaleza de los sistemas de creencias y las ideologías. Si consideramos a la ideología como un proceso necesariamente intelectual (y abstracto) de articulación de explicaciones y valores sobre algún nivel de la naturaleza humana dirigidos a producir un proceso de legitimación o deslegitimación que afecta a una situación social entera, no tenemos más remedio que concluir que este proceso es llevado a cabo por la intelligentsia. En buena medida, los sistemas de valores, creencias, e ideologías (en plural) atribuídos al ciudadano medio o a la cultura de masas son productos elaborados y más bien propios de los intelectuales, formulados a partir de ciertas experiencias de las masas y, a veces, con el propósito de buscar una constituency en ellas. Se hace necesario, pues, distinguir cuando hablamos de ideología entre la ideología de los intelectuales y la situación ideológica de las clases a la hora de analizar el proceso de deslegitimación del capitalismo occidental. En la situación histórica actual la crisis de legitimidad ha sido producida por intelectuales y de ellos están surgiendo las fórmulas utópicas, estratégicas, y alternativas de acción y pensamiento al sistema capitalista. Lo que le vaya a ocurrir al capitalismo es algo que, en cierta medida, excede el análisis y la imaginación concreta, perteneciendo la prueba definitiva de nuestras especulaciones al patrimonio de la praxis histórica futura. En resumen, el análisis de la ideología y de su hacedor y portador--el intelectual--debe ser realizado partiendo de las consideraciones anteriores y centrándonos en el análisis de la especificidad his-

tórica de la triple relación intelectual--poder--sociedad en cada formación social concreta.

Las imágenes históricas producidas por intelectuales y poderes sobre los propios intelectuales pueden concretarse en tres: el anti-intelectualismo calculado del pensamiento conservador, la autocomplacencia del modelo culturalista, y la sobrevaloración de la visión del intelectual como factor de conciencia moral y agente revolucionario. Una cuarta tendencia (no exenta de una dimensión ideológica y no unitaria) estaría representada por los análisis sociológicos actuales que tienden a distinguir tipos de intelligentias y papeles intelectuales e ideológicos en función de la posición política de los intelectuales, de su situación en la estructura de división del trabajo, y del tipo de intereses y compromisos adquiridos.

El concepto de intelectual y sus posibilidades

Es casi un lugar común la afirmación de que no hay actividad científica posible sin la existencia de un marco conceptual explícito, definido, preciso, y sin un corpus teórico y epistemológico operativizable. El principal problema de parte de los modelos conceptuales sobre el in-

telectual no es tanto su substrato ideológico, cuanto su debilidad teórica, el reduccionismo y simplificación subyacente a esas definiciones, y a veces su disputable operatividad. Una hipótesis simplificada (en el sentido de reificada e ideologizada) puede permitir una gran operatividad y, consecuentemente, ser útil en la investigación. El problema no es tanto la restricción del campo que queremos analizar como el llevar la inferencia más allá de los límites del concepto construido. Por otra parte no hace falta mucha argumentación para demostrar que los modelos teóricos al uso contienen un substrato ideológico, formado a veces por asunciones relativamente arbitrarias y valores⁴ anclados en el ethos y compromisos (o ausencia de los mismos) del investigador. Ahora bien, la operatividad analítica no es necesariamente un proceso de reificación. Sugeriríamos aquí que la operatividad de conceptos es, en buena medida, un proceso de explicitación de sus fuentes teóricas, de autocritica de las posibles ideologías subyacentes, de clarificación de las diversas alternativas que la realidad nos ofrece, de adecuación, en fin, de nuestras construcciones a la complejidad y dinámica de los fenómenos sin aislarlos de su lógica en el proceso histórico. De hecho, el análisis de la vida intelectual requiere un gran esfuerzo de imaginación metodológica en la investigación (Nills: 1959b). El problema básico de los distintos modelos sobre el intelectual es que sus autores generalmente se refieren a una única realidad a partir de conceptos muy heterogéneos, o bien utilizan un mismo concepto que corresponde a diferentes realidades. El problema sigue siendo cómo hallar un

0 modelo analítico⁵ complejo alejado tanto de reduccionismos como de un enfoque exclusivamente culturalista.

Si desde el principio adoptaramos el modelo que identifica al intelectual con el homme de lettres, el literato, estaríamos refiriéndonos a tipos históricos específicos de intelectuales, como los escritores (idea de por sí harto imprecisa). En consecuencia estaríamos oscureciendo la riqueza real del concepto de intelectual, porque al unidimensionalizar de esta forma la realidad no sólo se nos quedan fuera otros tipos, sino lo que es más importante: las características básicas comunes como la capacidad de articular ideologías. Estaríamos montando un concepto descriptivo y no analítico en la medida en que la función ideológica es una característica consustancial a cualquier tipo de intelligentsia. Podríamos decir con Boulding (1965: 7) que el intelectual como hacedor de la imagen (image-maker), no necesariamente se debe identificar con el método que emplea, y por tanto puede no estar inserto necesariamente en el circuit lettré (Escarpit: 1960).⁶

Tradicionalmente, un segundo modelo ha considerado la actividad intelectual como opuesta a la actividad manual, dicotomizando así, la estructura de división del trabajo entre actividades caracterizadas por su empleo de facultades intelectuales sobre objetos no materiales y actividades que manipulan el mundo material. No es difícil criticar tan ambigua e ideológica consideración. La estructura de división del trabajo no se define en la realidad por una

distinción tajante entre los que emplean el intelecto y los que emplean las manos sobre objetos, cuanto por el uso que se da a una u otra, o ambas (casi siempre es esta combinación la que se dá en la realidad) sobre objetos materiales en el contexto de unas relaciones de producción y una situación cultural definida. La estructura de división del trabajo no es una escala o continuum cuyos polos están formados por el mundo espiritual y material, sino una compleja realidad anclada en la evolución de una de las materias más fluidas como es el mundo de las relaciones sociales. Por otra parte podemos estar ante un estrato llamado intelectual (por ejemplo formado por profesionales con un grado considerable de cualificación académica) cuya actividad no tiene nada que ver con el mundo de la creación de valores, ideologías etc.; aunque esos profesionales sean expertos. En este sentido el experto como nuevo tipo posible de intelectual nos estaría mostrando un nuevo método histórico e incluso un nuevo tipo de intelligentsia específico de la sociedad postindustrial, pero nunca una alternativa histórica excluyente. La idea de Baran del intelectual tiene parte de los problemas expuestos antes, cuando identifica a los trabajadores intelectuales como "personas que trabajan con la cabeza en lugar de con sus músculos, viviendo más de su mente que de sus manos" (1961: 8). La ideología de la nobleza de la actividad intelectual llega a ser diáfana en este tipo de definiciones; porque como señala Bodin "como la 'actividad intelectual' es definida sólo en cuanto opuesta a las 'actividades manuales', la tentación de considerarlas en términos de noblesse (atribuyéndosela a la primera y ne-

2 gándosela a las últimas) es grande no sólo para el intelectual sino para el propio investigador" (1964: 11).

Respecto del problema actividad intelectual versus manual, el análisis de Gramsci sobre los límites sociales del concepto de intelectual (1971a: 16) implicó no sólo un punto de vista radicalmente nuevo (en la década de los años treinta) sino la explicitación crítica más genuina del modelo marxiano del análisis de la ideología (Marx y Engels, 1969). El intelectual revolucionario italiano vino a decir que no hay un único criterio para distinguir las actividades intelectuales de las manuales (la dicotomía intelecto-músculos) si consideramos la estructura de división del trabajo en su status histórico real, y no mixtificándola.

Para Gramsci la diferenciación de las actividades del intelectual del resto de las actividades sociales debe estar enraizada en el "conjunto histórico de relaciones del sistema en el qué esas actividades están situadas dentro de la estructura general de las relaciones sociales" (1971a: 16-17).

Más adelante desarrollaremos las consecuencias de este modelo.

Un gran número de científicos sociales, tanto en la sociología soviética como en la norteamericana, ha analizado a los intelectuales desde la óptica de las personas educadas, con diversas variantes que van desde el énfasis en el proceso de profesionalización hasta personas que han conseguido una titulación universitaria elevada.⁷ En términos generales este modelo se presenta como operativizable en un

análisis concreto, pero adolece de una serie de contradicciones. Toda persona con un título universitario es un punto de partida muy vago para el análisis de funciones intelectuales. Por otro lado, el proceso de profesionalización típico de cambios profundos en el modo de producción de las sociedades del siglo XX no es una pauta absolutamente determinante de las élites intelectuales, sino, por el contrario, un factor que altera las formas históricas de intelectuales, produciendo nuevas variedades complejas. Con el modelo de los procesos de profesionalización, terciarización, y surgimiento de expertos podemos construir una teoría de un cambio intelectual concreto pero no de la totalidad de la vida intelectual y cultural y menos de los complejos mecanismos que determinan la formación de ideologías. Shils, por ejemplo, aplica su modelo del intelectual como persona educada al análisis de la intelligentsia en las nuevas naciones caracterizadas, según él, por una organización "no moderna" de la estructura de división del trabajo social. Aplicado a países en bajos estadios (o en proceso) de desarrollo éste podría ser un modelo útil siempre que aceptaramos que las nuevas naciones en el presente siglo están caracterizadas por estructuras no-complejas de división del trabajo. En este tipo de sociedades, para Shils, periféricas (en un sentido muy distinto al concepto empleado en la teoría latinoamericana de la dependencia), las élites educadas ciertamente concentran una pluralidad de roles complejos; diríamos que no están especializadas; sólamente en este caso concreto sería posible hablar de élites profesionales, con educación, que realizan funciones

4

intelectuales. Sería posible incluir en la multiplicidad de funciones de estos tipos de élites la del acceso al poder político. Pero la paradoja está en que en sociedades "subdesarrolladas", "tradicionales", y en desarrollo, o dicho con mayor precisión en sociedades dependientes, gran parte de los que cumplen funciones profesionales en sentido amplio son socializados más bien para formar los cuadros intelectuales de la clase dominante, el estado, o incluso sus burocracias, más que estrictamente como profesionales. En este sentido cumplen funciones ideológicas, normativas, de control social, y organización política que tienen poco que ver con el nuevo profesional de las sociedades hegemónicas. Desde un modelo no desarrollista, sin embargo, puede decirse que las élites educadas de sociedades dependientes pueden ser fácilmente élites del poder y élites ideológicas en el sentido de que cumplen funciones de creación, transmisión, y apoyo de la ideología y weltanschauung de la clase hegemónica, legitimando sus valores y cometidos históricos. Las sociedades del tercer mundo y algunas sociedades europeas podrían ser un buen ejemplo. Tanto Marx con su modelo del modo de producción asiático, como Weber con su análisis de las burocracias en sociedades no capitalistas, desarrollaron ideas muy fértiles sobre los papeles históricos de las élites intelectuales e ideologías.

El modelo que identifica a los intelectuales con los miembros conspicuos de la élite científica y/o humanística adolece de parte de los problemas mencionados atrás.⁸ Un concepto del intelectual en estos términos elimina automá-

ticamente una parte sustancial de la red total de ideólogos que forma la estructura de una intelligentsia histórica. Nos permite definir la punta del iceberg pero aislándola del resto de la estructura oculta. En el caso de tipos concretos como los científicos o los profesores en una sociedad dada son precisas algunas puntualizaciones. Ciertamente las comunidades de científicos realizan, de hecho, no sólo papeles típicos de creación e investigación desde un paradigma concreto, sobre la realidad física, natural, y humana, sino también papeles intelectuales. Si pensamos en sus relaciones sociales, compromisos, estructura institucional en la que trabajan, e incluso en su ethos. Pero es preciso especificar cómo y bajo qué condiciones sociales esas élites llegan a ejecutar papeles intelectuales. Un número considerable de trabajos están de acuerdo sobre este punto.⁹ La distinción de Mills entre el intelectual político y el intelectual artista (1953: 193), o la idea de Sartre sobre las condiciones bajo las cuales un científico llega a ser un intelectual (1972: 13) son ejemplos que pueden servirnos para evitar confusiones en el análisis. Concretamente Sartre sugiere que la categoría de intelectual no puede ser aplicada automáticamente a la de savant en cuanto persona especializada en el desarrollo (teórico o experimental) de algún plano de la ciencia o la tecnología (es decir en cuanto portador de un método), sino en la medida en que se plantea, e incluso explícita, públicamente las consecuencias sociopolíticas y humanas de su actividad. Así, si un científico que investiga sobre el control del cerebro, el código genético, o el diseño de armas atómicas o químicas,

y en tanto en cuanto miembro de una comunidad, llega a ser consciente (quizás políticamente consciente) de cómo es utilizada y aplicada su investigación y de qué poderes ejercen el control, puede reivindicar públicamente acciones de grupos concretos de la sociedad sobre las políticas de utilización interna o externa de la ciencia, o crear una conciencia sobre el problema. Cuando ese científico, además, desarrolla una ideología (pacifista, progresista, contra la guerra etc.) en apoyo de su mensaje, entonces está cumpliendo funciones intelectuales (Sartre: 1972: 13-16). Esta idea sugiere el análisis de cómo se articulan los componentes ideológicos en los grupos y precisamente su distinción, siendo útil cuando queremos estudiar a los intelectuales sin concretarlos a un tipo determinado.

Una definición sociológica y operativa es ofrecida por Lipset en su obra Political Man (1960) en el marco del modelo funcionalista. Lipset sugiere el análisis de diferentes jerarquías y subtipos de intelectuales en el contexto de las sociedades occidentales, poniendo el acento en su posición, relaciones, y funciones en el proceso de creación y distribución de la cultura. Lipset considera que son intelectuales todos aquellos que "crean, distribuyen, y aplican cultura, es decir, el mundo simbólico del hombre, incluyendo el arte, la ciencia, y la religión. En este grupo se dán dos niveles: el núcleo principal de creadores de cultura--profesores, artistas, filósofos, autores, algunos editores, y algunos periodistas; y los distribuidores--aplicadores en las diversas artes, la mayor parte de los

maestros, y de los periodistas. Hay también un grupo periódico compuesto por aquellos que aplican cultura como parte de su trabajo profesional: "médicos y abogados". (1960: 131) Este punto de partida es concreto y operativo pero encierra diversos problemas. Un problema teórico básico es que no queda explícito el concepto de cultura y cuales las diversas dimensiones del papel de la cultura en el proceso histórico de una sociedad. Hay un concepto antropológico de cultura y varios conceptos sociológicos en los diversos paradigmas existentes, que aparentemente están ausentes de este modelo. Por otro lado situar a los intelectuales en función de la creación y distribución de cultura es unidimensionalizar de una forma culturalista la naturaleza y procesos complejos de las intelligentsias, sin facilitar las bases para una explicación de cómo se producen esos procesos. Con este modelo podemos ver quienes pueden ser intelectuales e incluso su estructura social y profesional tipificada, pero quedan ocultas las implicaciones totales de su papel al quedar conectados con el proceso cultural y no con otros procesos sociales. En consecuencia, no quedan cubiertas otras dimensiones de los roles intelectuales como la tarea ideológica en su sentido más integrado con la base estructural de la sociedad, y sin lo cual es prácticamente imposible entender el papel histórico del intelectual. Otras características como las funciones legitimadoras y en el cambio social de los intelectuales están ausentes en el modelo de Lipset.

8 Otros modelos de análisis del intelectual pueden encontrarse en diversas líneas del pensamiento conservador doctrinario para las cuales las funciones de producción de ideas, legitimación etc, quedan vaciadas de sus contenidos sociales reales; los tipos de intelectuales están anclados en una tradición cultural aislada del proceso histórico, y en suma, la palabra intelectual queda relegada para identificar a unos disidentes históricos que con su producción crean las condiciones sociales (son factores) de ruptura con la tradición.¹⁰

Todos estos modelos ofrecen algunas hipótesis interesantes pero no un marco teórico y metodológico trabajado que facilite el análisis de una realidad fluida y compleja como los roles intelectuales. Ni los investigadores, ni los propios intelectuales han prestado suficiente atención al análisis de las diversas claves de la naturaleza del intelectual y a cómo se articulan estas características en las diferentes sociedades. Nosotros sugerimos que un esquema para entender esas claves puede ser construido a partir de las siguientes orientaciones de hipótesis. Primero, el modelo de Gramsci que distingue entre el intelectual orgánico: intelectuales ideológicamente conectados con una clase o fracción en ascenso en el marco de un bloque histórico--relación histórica entre el modo de producción y su superestructura--en evolución; y el intelectual tradicional: legitimador de la tradición y probablemente de una clase hegemónica en declive (1971: 14-21 y 22-23). Segundo, la idea de Mannheim sobre el lugar y papeles singulares del

intelectual, pero no exactamente en términos de un estrato libre flotante, sino como sujetos activos de algún tipo de conciencia ideológica dentro del proceso histórico (1936: 153; 1956: 210). En tercer lugar, la distinción de C.W. Mills entre intelectuales políticos e intelectuales artistas (1953: 143) que especificamos más adelante. Asimismo su modelo del intelectual como especialista en la construcción de un aparato cultural (cultural apparatus) entendiendo por tal el conjunto integrado de la racionalización y explicación del orden y el cambio sociales, incluyendo la articulación de los productos ideológicos; y todo ello referido a unas relaciones determinadas y contradictorias con las élites del poder (Mills, 1948: 78). Cuarto, el modelo de Nettl (1970: 76) quien tipifica a los intelectuales por su situación estructural, alcance, y calidad en el esquema siguiente:

Idea tipo	Alcance	Cualidad
Contexto intelectual	Particular/científico	Universal/humanístico
Estructura social	Grupo en ascenso/grupo institucionalizado	Estrato, grupo, o clase/institución socio-política
Estructura de articulación	Sustitución de modelos	Sustitución por negación
Tipo de conflictos	Aceptación de un nuevo paradigma por una comunidad limitada	Conflictos extendidos entre estructuras que profesan ideologías alternativas

Quinto, la idea de Boulding de los hacedores de la imagen (1965), que considera al intelectual como formulador de una

estructura ideológica trabada y transmisible sobre cualquier plano de la realidad social e histórica que se estructura en forma de una imagen cuando es integrada por grupos o individuos. Sexto, la distinción de Marsal entre pensadores, ideólogos, y expertos (1971b) que tiene en cuenta tipos de intelligentsias en función de diferentes estadios históricos. Pensadores, ideólogos, y expertos corresponden a tipos ideales en diferentes contextos históricos específicos: la edad moderna, la revolución industrial, las sociedades posindustriales, encerrando formas ideológicas definidas. Lo importante es que cada tipo intelectual se subsume y relaciona con los otros en un proceso histórico. Finalmente, nosotros sugerimos que una de las claves para entender el papel de los intelectuales es su función legitimadora del orden social en un sentido dinámico, es decir respecto de un orden social hegémónico o respecto de un orden utópico. Especialmente con referencia al papel de los intelectuales políticos y de la formulación y articulación de la ideología, la función legitimadora exhibe la compleja relación causal y dialéctica entre el intelectual, los poderes, y los intereses de las clases. Las instituciones y los universos simbólicos están legitimados históricamente por individuos reales que están integrados socialmente en círculos concretos y que definen intereses sociales concretos. La historia de los modelos intelectuales de legitimidad es siempre parte de la historia social. La historia de las ideologías y de las ideas no tiene lugar aislada de la evolución de un bloque histórico, usando la terminología de Gramsci. Como señalan Marx y Engels en La ideología alemana en 1846

las ideologías no tienen una historia propia; de ahí que sea preciso entender la relación entre los procesos de ideación, creación, ideología etc., en función de los procesos sociales que les sustentan, relación que siempre se define como un proceso dialéctico. La estructura institucional de la sociedad puede ser cambiada de facto o previamente ser ideado el cambio para poner esa estructura en congruencia con unas ideologías orgánicas definidas y hacerla así más "legítima". Los expertos en legitimación por excelencia son los intelectuales que pueden presentarse como legitimadores (justificadores) del orden hegemónico, o como deslegitimadores (revolucionarios) y portadores de un nuevo orden. Los modelos de Gramsci, Mannheim, Marx, y Weber sirven de punto de partida para especificar algunos de los problemas planteados.

Modelos teóricos e ideológicos

La sociología de los intelectuales ha intentado la explicación de dos conjuntos de problemas básicos: (1) el tipo de procesos históricos que hacen posible la formación de las categorías intelectuales (Gramsci) o el desarrollo de la conciencia contemporánea (Mannheim); (2) las características sociológicas de los grupos que desempeñan funciones intelectuales, y el sentido de su producción, y sus co-

nexiones. Respecto del primer problema encontramos dos tipos de explicaciones alternativas: la primera reside en el modelo socio-cultural de Karl Mannheim (1936, 1952, y 1956) y concretamente en sus tesis sobre el problema de la intelligentsia, desarrollados en los Essays on the Sociology of Culture (1930). La segunda explicación se encuentra en la obra de Antonio Gramsci (1971a hasta 1971d, 1973a) especialmente en sus tesis sobre la formación de los intelectuales en el seno del bloque histórico, y concretamente en Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura manuscrito integrado en sus Quaderni del carcere escritos en prisión bajo el régimen fascista de Mussolini entre 1928 y 1935.

Mannheim explica la aparición del intelectual contemporáneo como un fenómeno ligado casualmente al crecimiento de autoconciencia que caracteriza al cambio cultural producido por las dos grandes revoluciones burguesas europeas: la revolución industrial inglesa del siglo XVII, y la revolución francesa del siglo XVIII. El proceso directo que liga el surgimiento de las intelligentsias contemporáneas se produce en una atmósfera de autoconciencia:

Vivimos en un período de autoconciencia creciente.

No es fundamentalmente una nueva fé lo que pone de relieve a nuestra edad con respecto a otras, sino una conciencia y preocupación progresivas por nosotros mismos [...] El hombre en períodos tempranos vivió sumido en una atmósfera de creencias sin la urgencia de hacer un inventario de

3 sí mismo [...] Para nosotros la clarificación ha llegado a ser algo esencial. Deseamos nombrar no sólo a lo conocido sino también a lo desconocido. (Mannheim, 1956: 91)

Ahora bien, la característica principal que define, según Mannheim, el pensamiento contemporáneo con respecto a los modelos clásico, medieval, y renacentista no es sólo una conciencia autoanalítica sino la tendencia a la comprensión del contexto histórico-social en que esa conciencia está envuelta. O dicho de otra forma, el intelectual contemporáneo no se caracteriza por un pensamiento ensimismado abstracto sino por un pensamiento que se caracteriza por la conciencia de su propia génesis, contenido, y funciones en realidades concretas. Este proceso de autoconciencia intelectual sobre la realidad se produce debido a profundas transformaciones en el sistema cultural causado por el ascenso de dos clases históricas: la burguesía, que inicia el proceso de transformaciones que definen la edad contemporánea, para culminar en el proletariado y concretamente en los pensadores y grupos que se constituyen en su vanguardia. Para Mannheim, el principal modelo intelectual resultante de esta dinámica, y que constituirá la base racional de la interpretación del intelectual contemporáneo, es la Sociología:

Nuestra era se caracteriza no sólo por una creciente autoconciencia sino por nuestra capacidad para determinar la naturaleza concreta de esta conciencia: vivimos en un tiempo de existencia

social consciente. Este proceso de auto-clarificación comenzó desde abajo. Ciertamente, las clases medias adquirieron en su formación inicial alguna suerte de orientación sociológica y, en cierto sentido, es posible encontrar atisbos sociológicos en el pensamiento del patriciado que gobernó las ciudades-estado del Renacimiento . Podemos decir lo mismo de las cancillerías principescas de los estados territoriales, sin ignorar en esta línea la significación sociológica de escritores del período de la restauración como De Maistre. Pero fué fundamentalmente en el pensamiento del proletariado donde el punto de vista sociológico llegó a ser completo. El proletariado fué el primer grupo que intentó una auto-evaluación sociológica consistente y adquirió una conciencia de clase sistemática. (Mannheim: 1956: 96).

Sin embargo, lo que Mannheim intenta en este texto no es una explicación marxista de la génesis del intelectual y el pensamiento contemporáneo sino búsqueda de los factores sociológicos que producen el cambio intelectual. Para el sociólogo húngaro la experiencia histórica del pensamiento es una experiencia de la sociedad entera y no sólo de ciertos grupos en ascenso (como el proletariado) aunque ellos fueran un factor decisivo en la aparición de un nuevo modelo. En Mannheim la "conciencia social" envuelve a las clases dominantes, y cruza a través de las generaciones y los sexos (1956: 96).

Estas dos proposiciones sobre los procesos de autoconciencia, y autoconciencia social tienen para Mannheim una definición concreta: el autodescubrimiento de la existencia y papel de los grupos sociales (clases, generaciones, estratos etc.). A su vez la percepción histórica del papel de los grupos viene directamente posibilitada por dos factores: de un lado, el crecimiento del control democrático de la sociedad hecho posible por la redefinición de nuevas formas de jerarquías sociales y modelos de intelligentsias y pensamiento; de otro, por la democratización y secularización de los sistemas educativos y culturales.

Ciertamente, Mannheim intenta más que una explicación historicista del problema del pensamiento una combinación ecléctica de elementos provenientes de diversas tradiciones (Marx, Alfred Weber, y Max Weber) para identificar en ciertos tipos y procesos ideales los mecanismos de formación de la ideología y la utopía en el contexto de nuestro tiempo. Así, partiendo de una reconsideración de Marx elabora un modelo sociológico relativista¹¹ que está en la base de su sociología del conocimiento como una teoría de los condicionantes existenciales y sociales del pensamiento. Una cierta ambivalencia en sus compromisos políticos, y una cierta contradicción en su evaluación de la actividad intelectual y su modelo de sociología del conocimiento, construídos ambos a partir de Marx pero sin resolver la construcción de un modelo alternativo, hacen del modelo de Mannheim un relativismo circular que acaba cayendo en una forma (inteligente) de idealismo sociológico.¹²

El grupo que para Mannheim protagoniza y concentra el liderazgo en el proceso de crecimiento de la conciencia social es la intelligentsia. Los intelectuales contemporáneos se originan en los estratos medios de la sociedad y aparecen como los explicitadores conscientes: (a) de la ideología, cuando el grupo al que se ligan es ya manifestamente un grupo de interés o poder; (b) de la utopía cuando se ligan a un nuevo grupo en ascenso; y (c) en un sentido amplio, del esquema científico y el pensamiento dominante, porque de una u otra forma están enlazados con una evolución autónoma de modelos o estilos de pensamiento resultantes de un largo proceso histórico. Estas funciones amplias de los intelectuales han sido históricamente posibles (diríamos metodológicamente posibles) porque la intelligentsia representa el grupo social que genuinamente desarrolló y descubrió el "punto de vista sociológico". Pero quizás la razón sociológica decisiva está, para el pensador húngaro, en que los intelectuales llegaron a estructurarse de una forma singular; como una suerte de estrato intersticial, libremente flotante dentro del sistema de clases y sus intereses, y consecuentemente dentro de la estructura de división del trabajo. Esta es la idea manheimiana del freischwebende intelligenz tomada de Alfred Weber para describir no sólo la estructura social de las intelliocentsias históricas, sino explicar la naturaleza misma de su función. Puede afirmarse que esta idea original es el punto de máxima contradicción del modelo de Mannheim. Si el intelectual surge y se liga a un cambio histórico en la estructura de clases, ¿qué factores sociológicos definen la expresada

7 autonomía e independencia de este grupo? Ciertamente en el caso del Estado o de una fracción de clase o política hegemónica, la relativa autonomía puede venir de un control especial de las relaciones productivas, o del aparato represivo del poder dadas unas condiciones de "equilibrio forzado" de las fuerzas que definen un proceso histórico; pero en el caso de los intelectuales, sus alianzas con grupos establecidos o en ascenso, o sus funciones ideológicas y legitimadoras, vienen a ser el resultado (activo ciertamente) de un cuadro histórico de fuerzas. Mannheim, ciertamente, señala en sus Essays on the Sociology of Culture (1956) que la tesis del freischwebende intelligenz no debería ser interpretada meramente como una argumentación absoluta sobre la ausencia de ligazones del intelectual con respecto a estructuras (la división del trabajo), grupos, e intereses:

Permítaseme volver a subrayar ahora que los intelectuales no constituyen un estrato situado por encima de las clases y que de ninguna forma están mejor dotados de una capacidad para superar sus propios compromisos de clase que otros grupos. En un análisis anterior sobre este estrato utilicé el término intelligentsia relativamente no comprometida (unattached) que tomé de Alfred Weber, sin asumir totalmente que este grupo era no comprometido y libre de relaciones de clase. El adjetivo relativo no era una palabra vacía (Mannheim, 1956: 106-107; subrayado del autor).¹³

Esta afirmación, en principio, conecta con su visión socio-

lógica del problema del surgimiento del intelectual contemporáneo. Sin embargo, lo que Mannheim no elabora es qué significa y cómo se define en realidad ese compromiso relativo, o su otra cara: la relativa autonomía del intelectual. Parece más bien que está proponiendo una hipótesis alternativa sobre el estudio de las relaciones de los intelectuales, remarcando la flexibilidad del intelectual para formar alianzas y compromisos. Sólo así sería coherente entender el problema; pero esto no explica la naturaleza y causación del proceso de articulación ideológica. Además Mannheim contradice en esa misma obra la afirmación anterior suya de que "el surgimiento de la intelligentsia marca la última fase del crecimiento de la conciencia social. La intelligentsia fué el último grupo que adquirió el punto de vista sociológico; por su posición en la división del trabajo social no tiene un acceso directo a ningún segmento vital y funcional de la sociedad" (1956: 101). Claramente la problemática ausente en el modelo de Mannheim es (independientemente de lo peculiar de la posición del intelectual) el análisis de a quién, cómo, y bajo qué condiciones sirve un proceso de formulación ideológica. Y ello por no hablar de la estructura de relaciones reales entre intelectuales, clases, y poderes. Mannheim con su tesis básica parece más bien estar formulando un problema situacional descriptivo, o bien un deseo moral (un wishful thinking) que impide la comprensión de la categoría intelligentsia como una categoría analítica y epistemológica necesaria para explicar la formación y sobredeterminación histórica de otras categorías sustanciales como la ideología, el poder, e in-

cluso la conciencia de clase, la propia cultura, y, en general, los componentes de racionalidad y legitimidad de una formación de relaciones sociales.

El modelo de Gramsci sobre el intelectual integra los elementos analíticos sustanciales del materialismo histórico y el materialismo dialéctico con la observación concreta en el marco concreto de una sociedad como la italiana que en la época en que Gramsci escribe muestra el tránsito y la pugna entre diversos bloques históricos. Lejos de toda concepción economicista o culturalista, Gramsci estudia al intelectual sobre la base de un análisis de clase, residiendo aquí la aportación más genuina de su modelo. Señala que la relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es una relación mediata y mecánica sino articulada y mediatizada por todo el complejo orgánico superestructural (il tessuto sociale) que define a los intelectuales como racionalizadores, "funcionarios" intelectuales de la hegemonía de una clase, y articuladores ideológicos entre un bloque histórico, una clase, y los procesos de hegemonía sociopolítica. El pensador marxista italiano viene con su obra a resolver un problema formulado tan sólo en la obra de Marx, e irresuelto más tarde en ciertas líneas marxistas obreristas como es el problema de la ligazón entre el intelectual y las formaciones ideológicas con los intereses de las clases en el tránsito entre modos de producción. Para Gramsci el intelectual no se define históricamente ni como un factor autónomo desligado de la esfera de la producción, de los intereses de clase, y del poder; ni como una mera

superestructura pasiva, reflejo del curso de la historia social. El intelectual es una categoría histórica ligada orgánica y articuladamente a la sociedad civil y la sociedad política; crecientemente un ser político, ideológico, y organizador por excelencia cuya función es la formulación de un producto histórico complejo integrado por ideologías, formas de acción, legitimidad, racionalidad, y avance en el tiempo. Este producto para Gramsci es la ideología orgánica que anticipa y hace posible el cambio histórico a diferencia de las ideologías como meras lucubraciones voluntaristas y pasajeras (1971c: 79-80).¹⁴ La ideología orgánica, a su vez, es producto de una articulación dialéctica (no armónica) entre los intereses de las clases y grupos, y los poderes en el seno de un bloque histórico.

En la Questione meridionale Gramsci muestra la función del intelectual como nexo de articulación entre el bloque agrario tradicional (la estructura social del Mezzogiorno) y la hegemonía histórica tradicional de ese bloque, es decir como categoría articuladora de las relaciones entre sociedad civil y política. El intelectual no es pues pensamiento puro abstracto, sino una mezcla de árbitro, mediador, y actor (por su apoyo o por su rebeldía) en las luchas políticas concretas indicándonos la relación (conflictiva o coherente) entre un estadio de las relaciones sociales y su correspondiente efecto ético-político. El intelectual al manipular esta relación deja de convertirse (con su obra) en mera expresión de una situación social dada, para mostrarnos la teoría y la práctica del proceso histórico mismo con-

cretado en formas culturales, políticas, e intereses definidos. El análisis de la historia intelectual, a partir del modelo dialéctico de Gramsci, nos revela la lógica misma de la historia social.

Gramsci da una explicación estructural de la formación histórica y dinámica de las intelligentsias; no son élites sino categorías fluidas o subcategorías de una relación concreta de fuerzas. Cada clase o fracción de clase (que ha sido históricamente o es) hegemónica, que emerge para realizar un modo de producción social de la vida, hace posible, en términos de causación orgánica, la formación de jerarquías de intelectuales cuyo papel principal permite construir "la homogeneidad y la conciencia intelectual de esa clase, no sólo en la esfera de los intereses económicos, sino también en la esfera social, política, y cultural" (Gramsci, 1971a: 9). El problema de la dinámica ideológica como algo sustancial en la historia social es posible porque cada tipo de intelligentsia o ideología histórica en ascenso enlaza dialécticamente (conflictivamente) con la intelligentsia o ideología en crisis, asumiendo nuevos papeles, en lógica estrecha con la fuerza arrolladora de nuevos intereses de clase en presencia. Al establecer los tipos de intelectual orgánico e intelectual tradicional Gramsci no está interesado en describir tipos históricos tanto como formular categorías de análisis para explicar cómo y por qué la ideología se produce y cuáles son sus cometidos históricos y consecuencias. Los intelectuales son, así, comprendidos por un lado como categorías diferenciadas que

2

se relacionan con la estructura de la producción porque están produciendo, a su vez, un lazo orgánico indispensable a esa estructura; por otro, como intelectuales políticos, porque surgen para establecer una relación dialéctica con la clase políticamente hegemónica. Consecuentemente, los intelectuales ligan las esferas de la sociedad civil y la sociedad política o Estado definiéndonos explícitamente la situación cultural (la racionalidad y la ideología) de un bloque histórico. Las funciones de los intelectuales son funciones subalternas imprescindibles de la sociedad y el estado en el reino del consenso social e ideológico (por ejemplo los papeles de profesor, sacerdote, periodista, ensayista etc.), como en la esfera concreta de la dominación y coerción impuesta legalmente por el estado en las sociedades capitalistas (por ejemplo los altos cuadros organizativos, legislativos, y tácticos del estado).

Gramsci formula parte de sus hipótesis a partir del papel histórico (orgánico en su origen, tradicional en su desarrollo) de los eclesiásticos, es decir de las dimensiones intelectuales de los sacerdotes católicos y la Iglesia en la historia de Italia. Estos aparecen como los portadores de la ideología religiosa y como monopolizadores y/o controladores del desarrollo científico, ético, y filosófico de una formación social tradicional. A su vez evidencian la función de consenso mediante una ideología escatológica entre la sociedad civil y formas variables pero definibles (feudalismo, monarquía, república liberal) del Estado. La crisis del orden aristocrático pre-burgués evi-

3

dencia el ocaso de este tipo de liderazgo intelectual y su ideología. El significado histórico del proceso secularizador puede ser entendido desde esta óptica; nuevas clases en ascenso, nuevas formas de estado y hegemonía sociales posibilitan cambios orgánicos en la estructura de especialización y racionalización de la sociedad, como la división del trabajo, cuyas herramientas intelectuales (en forma de instrumentos de racionalidad y legitimidad) son explicitadas y producidas por nuevos intelectuales, como los filósofos deistas e ilustrados, los científicos, o los expertos administradores. Sobre esta explicación empírica Gramsci formula sus categorías analíticas básicas.

La estructura de las categorías intelectuales se define históricamente en dos tipos: el intelectual orgánico histórico estrechamente ligado a las funciones de consenso ideológico y hegemonía (incluido el poder) de las clases definidas en los modos históricos de producción feudal, y capitalista. Más adelante Gramsci formularía su teoría del intelectual orgánico del proletariado desarrollando las tesis inconclusas de Marx y Lanín sobre el partido como arma intelectual orgánica de la clase obrera. El intelectual orgánico es el intelectual (la categoría intelectual) producido en y por el cambio histórico; cambio al que él asiste conscientemente integrándose en cada estructura de intereses de clase o superándolos. Esta categoría se define como orgánica, pues, en la medida en que está relacionada a la clase (o fracción) por cuenta de la cual el intelectual sería el intelectual tradicional que no es concebido como

una reliquia pasiva perteneciente al pasado, sino por estar también orgánicamente relacionados a un modo de producción en declive, a una clase o sistema en crisis histórica; como legitimador de una continuidad histórica (podríamos decir utilizando la terminología de Weber) rutinizada, en abierta contradicción con una nueva fase de relaciones sociales estructurales. Señala Gramsci a este respecto:

En el momento de crisis de un "bloque histórico" viejo, la burguesía y el proletariado se disputan la alianza de los intelectuales tradicionales siendo posible su transformación y produciéndose ésta "espontáneamente" en condiciones en que un grupo social dado aparece como históricamente progresista, es decir cuando promueve la alteración de la sociedad entera, no sólo satisfaciendo sus exigencias fundamentales, sino extendiéndola progresivamente a sus propios cuadros para la conquista permanente de nuevas esferas de actividad económico-productiva (1971b: 71-72).

Este texto muestra las categorías históricas de ambos tipos de intelectuales y cómo se enlazan dialécticamente con el movimiento de las clases. Es decir, metodológicamente para Gramsci el análisis de clase, poder, e ideología están íntimamente conectados en términos de necesidad explicativa de los elementos estructurales y superestructurales que conforman un bloque histórico. El problema de la autonomía del intelectual no tiene sentido en términos abstractos en el modelo de Gramsci; el intelectual pasa a ser una catego-

ría relacionada que es explicada (y a su vez explica) por las dimensiones política, económica, e ideológica de la hegemonía social de una clase.

Gramsci está más interesado en el planteamiento de categorías analíticas a la hora de estudiar la naturaleza, funciones y tipos de intelectuales que en formular definiciones. El intelectual puede ser un ideólogo puro, un científico, un funcionario experto, o un sacerdote, e incluso una organización como el partido político. Gramsci siempre parte de una idea de principio: el intelectual es un "empleado de la clase dominante para la realización de funciones subordinadas y subalternas en apoyo de la hegemonía y política social de esa clase" (1971a: 16). En otro pasaje de Il Resorgimento Gramsci avanza que "intelectual no es sólo un estrato comúnmente designado con ese término, sino, en general, todo estrato social que ejecuta funciones organizativas, en un sentido global, en la esfera de la producción, como en las esferas de la cultura, las políticas, y la administración" (1971b: 100). Pero es preciso subrayar que el modelo de Gramsci no infravalora las dimensiones creativas, artísticas, estéticas, y racionales del trabajo intelectual, reduciéndolas a simples actividades superestructurales. En Gramsci el intelectual es una categoría histórica relacionada directamente a los procesos de hegemonía global (política, ideológica, y moral) que mueven el curso de las sociedades a través de los distintos modos de producción. En el último estadio del capitalismo, el intelectual orgánico en ascenso ligado a los movimientos

obreros y las masas proletarias es el intelectual socialista (del que él mismo representó un ejemplo paradigmático) y principalmente el partido, concebido como el aglutinador de la conciencia de clase y organización de la clase obrera, como "intelectual colectivo" en el proceso de educación del proletariado hacia una meta revolucionaria.

Nuestro interés es señalar aquí, a través de estos modelos de análisis, cómo el intelectual contemporáneo, la formación de la ideología, y los procesos de legitimidad en las sociedades y estados actuales deben ser entendidos como categorías analíticas. Surgidos los intelectuales actuales de tres períodos revolucionarios que cambian enteramente el modo de producción feudal, la sociedad renacentista, y la sociedad burguesa, su análisis debe comprender, cualquiera que sea su alcance, una visión compleja que excede de tipos concretos para englobar procesos intelectuales históricos que comprenderían la evolución de las ciencias (incluida la teoría sociológica) e incluso las formas estéticas. Sobre la base de los diversos paradigmas clásicos la teoría sociológica de después de la segunda guerra mundial ofrece cuatro tipos de explicaciones sobre el intelectual:¹⁵ (a) la línea que, según señala Marsal, le entiende básicamente como un factor moral, o en ocasiones como un pouvoir spirituel. En esta línea encajan los modelos franceses del maitre à penser o el español pensador; (b) una segunda línea que considera al intelectual como un factor subversor; y en su explicitación más sofisticada como un elemento histórico premoderno ya en declive. Esta última te-

sis conectaría con la ideología del "fín de las ideologías"; (c) una tercera línea sobre la base de una interpretación particular del modelo marxista y en su elaboración radical considera al intelectual como un agente revolucionario de cambio poniendo el acento más en una dimensión moral y proyectiva que analítica; (d) una última línea posible se despliega en una gama de enfoques integrados en las ciencias sociales y cuyo objetivo es el análisis concreto de categorías y papeles intelectuales en sociedades actuales. Brevemente haremos referencia a las ideas básicas de estas líneas teniendo en cuenta su despliegue posterior a los modelos clásicos de Marx, Weber, Mannheim, y Gramsci.

Como señala Marsal (1971b: 183) los científicos de la política han estado en general más interesados en un análisis formal de los grupos de poder con la óptica de la teoría de las élites, dejando de lado el análisis de formas sutiles de poder y de articulación de hegemonía social cuyo análisis exige nuevos métodos y enfoques. Este es el caso de los intelectuales. En cierta forma uno de los analistas conservadores más conspicuos del papel de las élites intelectuales es Raymon Aron; en su obra L'Opium des intellectuels (1960) se pueden encontrar elementos del intelectual como un pouvoir spirituel. Para Aron el intelectual es tal en la medida en que adquiere la capacidad de definir y establecer jerarquías de valores, weltanschauungen, y sistemas creenciales en una estructura social dada. Mannheim (1936, 1956), y Schumpeter (1962) serían los iniciadores de esta perspectiva culturalista al poner el acento en la autonomía

sociopolítica del intelectual y en su papel básico de formulador ideológico de un orden social. En Mannheim y Schumpeter el modelo de análisis es básicamente relativista, y en cierta forma lleva a interpretaciones contradictorias; pero en Aron es claro que los intelectuales debido a su posición y características peculiares, están compelidos a una situación crítica permanente que acaba por alienarlos del movimiento "real" de la sociedad. Explícitamente Aron está formulando un ataque contra el tipo actual de intelectual izquierdista, concretamente marxista, cuando define su tesis sobre el opio de los intelectuales.

Este argumento tiene toda una tradición en el pensamiento conservador y contra-revolucionario. Así Louis de Bonald, Josep de Maistre, Charles Maurras, y más tempranamente Burke en la tradición conservadora británica, definieron las características de los ideólogos y philosophes de su tiempo poniendo el acento en el papel subversor y destructivo (fundamentalmente para el orden de L'Ancienne Régime) del intelectual. En esta línea ideológica habría que buscar todo un estereotipo histórico del intelectual como ideólogo irresponsable y desconectado de la realidad.

Conectando indirectamente con las líneas anteriores surge, a partir de 1960, una corriente en Norteamérica que formula ideas más moderadas y refinadas sobre la incidencia de la sociedad post-industrial en las funciones de los intelectuales. Así Molnar en su obra Decline of The Intellectual (1961) hablaría del declinar de los intelectuales entendién-

doles como ideólogos puros frente al surgimiento del experto, el técnico, y el científico. La lógica de esta tesis se basa en una teoría interna del proceso de terciarización tomando como modelo a los Estados Unidos. Este proceso reemplazaría no sólo el papel de estructuras obsoletas (entre las cuales entraría el intelectual) sino su existencia misma como tales, dando lugar a nuevos valores (y a sus organizadores) en relación directa con el surgimiento de una sociedad de consumo de masas. Molnar es ejemplo de una corriente intelectual conservadora dentro de las ciencias sociales cuyo modelo más elaborado sería la tesis del fin de las ideologías formulada por Daniel Bell en su obra The End of Ideology (1960) y desarrollada con innegable refinamiento en una obra reciente: The Coming of Post-Industrial Society (1974). La tesis básica de Bell es una crítica a la supuesta falta de importancia que el modelo de Marx concede al papel del conocimiento técnico (technical knowledge) y consecuentemente del manager, el administrador, y el experto, en el proceso productivo. Ahora bien debido a sus bases teóricas la tesis del fin de la ideología llega a representar un modelo integracionista y tecnocrático del cambio social y el desarrollo referido a la esfera del conocimiento en general, y de la cultura y la vida intelectual en particular. La tesis del fin de la ideología es como señalaba Mills una ideología legitimadora producida en la fase avanzada del capitalismo.¹⁶ En el campo de la ciencia política norteamericana y muy conectado con esta tesis encontramos también la obra de Lipset, Political Man (1960) a cuyo modelo nos hemos referido antes.

Un tercer grupo de argumentos ideológicos sobre el papel del intelectual establece acríticamente una relación unívoca entre intelectual y movimientos de cambio social o estructuras orientadas hacia el cambio. Entre las variantes de este modelo encontramos la idea unidimensional del intelectual como un poder revolucionario independientemente de las condiciones históricas específicas;¹⁷ como veíamos antes en Gramsci, son estas condiciones las que definen su papel. Estamos más ante argumentos de valor organizativo, ético, político, y táctico, que analítico. Podría incluirse aquí la idea leninista del intelectual asociada al papel del partido en procesos revolucionarios y desarrollada en su obra Qué hacer (1902). En sus trabajos recogidos póstumamente bajo el título, Power, Politics, and People (1967). Wright Mills utilizó parte del modelo leniniano para combatir tanto al marxismo victoriano, como al conservadurismo en Norteamérica. Otras variantes de esta argumentación pueden encontrarse en la idea del intelectual como crítico y rebelde permanente,¹⁸ concretamente en Bertrand Russel, "The Intellectual as Rebel" (1968), así como en Noam Chomsky, American Power and The New Mandarins (1969), y Jean Paul Sartre, Playoyer pour les intellectuels (1971). Con un enfoque explícitamente marxiano y combinando la función crítica del intelectual con algunos elementos de la tesis del intelectual como poder moral encontramos el modelo de la Escuela de Frankfurt concretamente en Adorno, Negative Dialektik (1966), y Marcuse, One-Dimensional Man (1964). Concretamente este último presenta la función revolucionaria del intelectual como una función político-moral e ideológica

de disolución de la cultura imperialista ("unidimensional") y de crítica más al complejo productor técnico-industrial mismo en cuya naturaleza--según Marcuse--residen los elementos causales de la alienación del hombre contemporáneo, que a la estructura de relaciones históricas entre el aparato de apropiación-producción y el de dominación (estado) con su organización ideológica. El teórico marxista italiano Lucio Colletti en su obra Ideología e Sociedad señala que "para Marcuse alienación, fetichismo no son productos del trabajo asalariado, del mundo de las mercancías y el capital. El mal para él no está tanto en una determinada organización de la sociedad, un cierto sistema de relaciones sociales sino en la industria misma, la tecnología, y la ciencia. No es el capital sino la maquinaria misma [...] One-Dimensional Man es enteramente prisionero de esta vieja argumentación [...]. Marcuse, quien se rebela contra el pensamiento integrado no se dá cuenta que está arguyendo como el más integrado de los sociólogos burgueses" (1969: 137-138). Colletti acierta al apuntar en este texto que el modelo de análisis de la ideología y la estructura social de Marcuse no da en las claves estructurales causales que definen las relaciones sociales en la tradición marxista clásica. Colletti está criticando un ejemplo de modelo marxiano romántico e idealista que, independientemente de su valor teórico, tiene un contenido moral no radicalmente diferente de la moral clásica idealista. Las conclusiones de Marcuse sobre la ideología, el pensamiento, y los intelectuales en el capitalismo avanzado son congruentes con su desenfoque teórico del capitalismo. Marcuse va demasiado lejos: al intentar

hacer una crítica radical al capitalismo como sistema de organización global y a la ideología industrial avanzada como su componente racionalizador y legitimador reduce el problema a la estructura material técnica oscureciendo la forma de organización sociopolítica, es decir, la estructura misma del capital y del estado. Marcuse en suma, no distingue entre la estructura universal de las fuerzas productivas (susceptibles después de las revoluciones burguesas de ligarse a un modo de producción capitalista o a uno socialista) y la estructura específica de las relaciones de producción y su articulación con la superestructura (el estado y la ideología); con lo cual el proceso causal de la ideología (en Marcuse la "ideología de la sociedad industrial avanzada") queda desfigurado.

La sociología actual conecta sus esfuerzos científicos en torno a tres grandes áreas de estudio sobre los intelectuales, la ideología, y el conocimiento: (a) La estructura social concreta de las intelligentsias contemporáneas, incluyendo el análisis de sus papeles, sus relaciones con el poder y la clase, los diversos tipos de intelectuales que surgen de los cambios en la estructura de división del trabajo y el cambio cultural (científicos, artistas, profesores, expertos etc.) y la evolución concreta del papel del papel del intelectual como legitimador de la tradición o del cambio. Esta línea de investigación que comienza parcialmente en Marx, se consolida en el modelo tipológico de Weber concretamente en sus análisis sobre el papel de los intelectuales religiosos y el surgimiento del intelectual

profesional con respecto al político profesional. Las teorías de Mannheim y Gramsci pusieron las bases de la investigación actual en este campo.¹⁹ (b) Una segunda línea se concentra más bien en el análisis de los contenidos intelectuales y entra en relación directa con la historia de las ideas y la historia intelectual y científica. Cada vez es mayor el surgimiento de modelos de análisis interdisciplinarios entre el estudio de productos intelectuales y la estructura del grupo productor en su contexto social. En esta línea Marx y Gramsci han puesto los fundamentos teóricos cuyo despliegue metodológico y de investigación encontramos en la obra de Goldmann,²⁰ un ejemplo paradigmático. (c) El área de la sociología del conocimiento formulada por Mannheim y cuyo despliegue teórico y empírico se entrecruza con la teoría del conocimiento de Marx produciendo una amplia gama de enfoques a veces contradictorios. Este área estaría, pues, interesada desde distintas perspectivas en el análisis de la generación social del conocimiento, su distribución social, y en la influencia del conocimiento humano en el desarrollo social. Líneas colaterales a estos modelos centrales pueden incluir enfoques que parten tanto del modelo weberiano del papel de las ideas en la acción social,²¹ como del modelo de la teoría del conocimiento fenomenológica que se inicia en Husserl y se desarrolla en las diversas ciencias humanas con Merleau Ponty, y Schutz, y actualmente con Luckmann.

Nuestro interés se centra en las dos primeras áreas y considera a Marx, Weber, Mannheim, y Gramsci como las fuen-

tes teóricas y epistemológicas de la investigación actual sobre los intelectuales. Sin embargo, para entender adecuadamente las aportaciones de Mannheim y Gramsci analizadas atrás y los modelos posteriores es preciso delinear las raíces tomando como punto de referencia las ideas de Marx y Weber.

Marx: los intelectuales y la organización del cambio revolucionario

Marx analiza la lucha de clases como una lucha global de intereses directamente anclada en la relación y articulación histórica entre las fuerzas productivas, y las relaciones de producción, con las esferas de la dominación política y la ideología. Marx explica el papel histórico de los intelectuales, ideólogos, moralistas, y líderes políticos tanto sobre la base de esta hipótesis histórica de partida como sobre la praxis cotidiana de estos grupos. Observa que la clase obrera y el proletariado en especial no siempre son conscientes de su propia situación de alienación. Es decisivo el papel de los intelectuales y la ideología en la formación de la conciencia de clase, como en la formación de la ciencia, el arte, la religión, o los valores en nombre de los intereses globales de una clase hegemónica. La experiencia histórica muestra a veces que los obreros o el

lumpenproletariado campesino se ha organizado contra sus explotadores, sin una orientación teórica e ideológica, no sólo sobre cómo organizar la lucha de clases sino sobre qué sentido dar al fracaso o la victoria. Sin embargo, el desarrollo de la industria moderna en el modo de producción capitalista impulsa por dialéctica histórica (no automáticamente), es decir cuando se dan unas condiciones objetivas (de explotación), subjetivo-colectivas (de conciencia), y organizacionales (de liderazgo, de unidad en un partido), al desarrollo de una conciencia política, a una ideología activa y proyectiva, y a un movimiento de definición de los intereses en el proletariado, que fuerza a las diversas fracciones económicas y políticas de la burguesía a una redefinición de (la defensa de) sus propios intereses. Pero, para Marx, el punto decisivo de esta dialéctica es que el papel histórico de la clase obrera en cuanto tal, es decir en cuanto pasa de ser clase en sí (klasse an sich) a ser clase para sí (klasse fuer sich), no puede ser entendido como un proceso automático e inmediato, sino sólo analizando bajo qué condiciones, cómo, y cuando llega la clase obrera a ser consciente. En el prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política en 1859, Marx analiza el movimiento histórico, y por tanto define su modelo a partir de la tesis de que no es la conciencia lo que determina la existencia, sino la existencia (las condiciones materiales y sociales de la existencia humana concreta) la que determina la conciencia (el entendimiento y racionalización de la propia situación colectiva de los grupos para entrar en relación entre sí mediante la relación con el dominio de

las condiciones materiales) (Marx, 1970: 8-9). Esta relación es entendida como una relación dialéctica susceptible de ser interpretada en concreto, es decir en la especificidad histórica de cada sociedad. Sobre esta base el filósofo alemán asume que históricamente sólo un número reducido de obreros y de líderes intelectuales y políticos de las fracciones más avanzadas de la burguesía pueden llegar a adquirir la perspectiva intelectual sobre el proceso de producción capitalista, sobre la situación de explotación y alienación de la clase obrera y sobre cómo dominar teórica y prácticamente el curso histórico en nombre de las colectividades de clase mediante la ruptura con la estructura del capital. Los papeles intelectuales, la ideología, moral, filosofía, y ciencia han sido desarrollados en el modo de producción capitalista por ideólogos burgueses para legitimar y organizar los intereses de la burguesía. Marx y Engels explícitamente señalan en La Ideología Alemana (1846) que las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes (1969: 46) es decir las ideas orgánicas con capacidad de penetrar el sistema social, produciendo su integración mediante el dominio de los mecanismos educativos, de socialización, y comunicación social. Marx señala cómo la educación y los papeles de esos intelectuales se realizan en forma congruente con la posición que van a ocupar para servicio de unos intereses, incluso sin establecerse una relación mediata clara con la clase dominante. No obstante la ley del desarrollo social capitalista no es una ley mecánica integrativa, sino dialéctica, con etapas de cohesión seguidas de etapas de ruptura. En consecuencia algunos ideólogos burgueses que descubren

teóricamente y no por azar estas leyes del progreso histórico están en condiciones de convertirse en la avant-garde ideológica y ligarse orgánicamente a un proceso de liderazgo político con los trabajadores porque de hecho "en sus mentes se están conduciendo teóricamente a las mismas tareas y soluciones a las que los intereses materiales y la posición de clase conducen prácticamente a estos" (Marx, 1963: 40).²²

Aunque este texto está extraído de una crítica de Marx a los intelectuales y representantes políticos de la pequeña burguesía, da las claves de cómo se elabora el proceso orgánico de relaciones del intelectual con las masas.

Marx explica los cambios históricos en el modelo del ideólogo burgués a partir de sus relaciones, posición, y papeles en la intersección entre las esferas de organización de la producción y la esfera de la ideología. Los ideólogos de la economía política, qua ideólogos orgánicos como vimos en Gramsci, son para Marx el ejemplo conspicuo de "representantes científicos de la burguesía" inglesa, como los ideólogos del idealismo alemán fueron los representantes filósofos de la burguesía alemana. Una etapa de altas tensiones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción con el desarrollo de procesos de empobrecimiento que definen nuevas situaciones cualitativas de las dos clases en presencia (burgueses y proletarios) lleva al desarrollo del movimiento obrero, y a las luchas entre fracciones de la burguesía. Este proceso envuelve orgánicamente a algunos de los intelectuales burgueses en los intereses de esos movimientos de clase (proletaria y burguesa). Surge

3

así un nuevo modelo de filósofo, economista, ideólogo o líder político crítico que (después de una etapa de romanticismo revolucionario--i.e: el socialismo utópico) se convierte en el teórico de la clase obrera; es el intelectual socialista o comunista con un nuevo modelo intelectual global basado en el materialismo dialéctico. Marx conocía perfectamente la perspectiva histórica del desarrollo de este modelo como una "posibilidad" histórica sólo cuando se cumple una relación cualitativa y objetiva de condiciones sociales. Así en las luchas tempranas del proletariado surgieron teóricos progresistas pero caracterizados por sus "sueños" utópicos (no por una utopía factible objetivamente) y por su intelectualismo social idealista. Marx escribe en La miseria de la filosofía en 1847: "Pero una vez que la historia ha progresado lo suficiente como para revelar más claramente aún [el sentido de] la lucha del proletariado, los teóricos no necesitan seguir descubriendo [el sentido de] la ciencia meramente en sus propios cerebros [...] La ciencia llega a ser el desarrollo teórico de un producto humano; en lugar de ser doctrinaria ha llegado a ser revolucionaria" (1960: 513-514). En consecuencia, la transmisión del socialismo utópico al socialismo científico depende de un cambio cualitativo en la dinámica de la lucha de clases, a través de la cual el proletariado y un número específico de intelectuales burgueses arriban, por prácticas diferentes, a una conciencia colectiva ligada entre sí por unos objetivos de cambio revolucionario.

Es preciso subrayar que para Marx la dependencia del conocimiento y la ideología del desarrollo histórico de las condiciones materiales y sociales no es una dependencia mecánica, sino dialéctica que se define específicamente en cada formación social como expresión ciertamente de una ley estructural. En el modelo de la teoría del conocimiento de Marx quedan fuera tanto los reduccionismos economicistas como idealista, precisamente por ser reduccionismos unidimensionales y abstractos, desligados de la complejidad del proceso histórico. Marx sugiere en sus escritos una y otra vez que sólo un proceso inicial decisivo de maduración de la conciencia de clase, y de organización política e ideológica (en el marco del modo de producción capitalista) abre una fase histórica de relaciones entre los intelectuales burgueses, los líderes políticos, y el proletariado y dá lugar a una nueva conciencia que entra en la fase de redefinición de antiguos modelos intelectuales existentes o creación de nuevos. La resultante es una nueva etapa de entendimiento del sentido de la lucha social, del cambio, y de la nueva formación social a que se dirige el cambio. Estas relaciones dialécticas entre modelos intelectuales preexistentes y nuevas condiciones sociales es la razón histórica por la cual intelectuales y líderes revolucionarios pueden anticipar el desarrollo de la lucha, dar racionalidad ideológica a la organización del proletariado y analizar, en suma, las complejas causas que mueven las fuerzas de la sociedad y la historia. Adam Smith como intelectual orgánico de la economía política burguesa, Locke de la ciencia política liberal, Hegel de la filosofía idealista, y los propios Marx y

Engels del materialismo dialéctico y el proletariado, son ejemplos cualitativamente reveladores de esta última tesis de Marx. El papel de la ideología y los intelectuales lejos de ser para Marx un papel históricamente fútil es un factor decisivo.

Marx y Engels en el Manifiesto comunista perfilan claramente las relaciones históricas entre los trabajadores, los intelectuales revolucionarios, y la vanguardia del partido obrero en los siguientes términos y condiciones: (a) Los intereses de los comunistas y los intereses del proletariado son enteramente idénticos; (b) El movimiento comunista a diferencia de otros partidos de la clase obrera ideológicamente y organizacionalmente apoya los intereses de la clase obrera como movimiento histórico global, independientemente de las nacionalidades; (c) El partido comunista representa el interés de la clase obrera entera a través de las diversas etapas de desarrollo de la conciencia de la clase obrera; (d) Los comunistas (Marx y Engels hablan de la Primera Internacional) representan ideológicamente y organizacionalmente la sección más avanzada de los partidos de la clase obrera. La conclusión para Marx es que el nuevo partido como intelectual y aglutinador colectivo de los intereses obreros tiene "sobre la gran masa del proletariado la ventaja de un claro conocimiento de la línea de marcha, las condiciones, y los resultados últimos generales del movimiento proletario" (Marx y Engels, 1932: 22).

Marx acentúa teóricamente la distinción entre las ideas y el modelo de los intelectuales revolucionarios y líderes políticos comunistas (basadas en las tesis del materialismo dialéctico) y las creencias y conciencia de los trabajadores que muestran en determinados períodos pre-revolucionarios falsas interpretaciones, ideologías qua falsas imágenes, y en suma falsa conciencia. Marx sostiene incluso que algunos líderes intelectuales no se sustraen a esta situación que es independiente de sus voluntades. Así el proletariado puede reproducir su situación de alienación existencial en una alienación de la conciencia mostrando puntos de vista "localistas", "concretos", que restringen el despliegue inteligente de su conciencia de clase y, por tanto, de sus posibilidades de lucha. El papel del intelectual revolucionario ligado a los cuadros políticos del partido obrero construye, de hecho, el punto de vista histórico y mundial y una clara conciencia sobre el qué hacer en una determinada fase histórica de la sociedad.²³

Ahora bien, en la esfera del conocimiento, la ideología, y la conciencia de clase, el problema de la aparente contradicción y dicotomía entre la conciencia teórica de los intelectuales y el partido por un lado, y la conciencia del proletariado por otro es resuelta por Marx y Engels en el Manifiesto en los siguientes términos: "las conclusiones teóricas de los comunistas de ninguna manera están basadas en principios inventados por ellos, o descubiertas por este o aquél reformador universal... [sino que] estas ideas expresan, en términos generales, relaciones reales que brotan de

una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que discurre por debajo de nuestros ojos mismos" (1932: 23).

La relación orgánica entre el intelectual revolucionario (con el modelo materialista dialéctico como arma de explicación, conciencia y cambio) y el movimiento político revolucionario expresa teóricamente la conciencia crítica, la experiencia histórica, y el futuro del proletariado, constituyéndose en el germen del nuevo estado y el nuevo sistema ideológico legitimador del socialismo. Pero también, según Marx, al explicar el movimiento histórico concreto del capitalismo adquieran la capacidad de analizar el curso y la pluralidad de las sociedades históricas por entero a través del standpunkt de las leyes dialécticas del desarrollo social. Marx y Engels explican así, sobre esta base, cual es la lógica por la que el intelectual burgués progresivo se adhiere a la causa del proletariado: "por tanto, así como en períodos pasados una fracción de la nobleza se integró en la burguesía, así ahora una porción de la burguesía se integra en el proletariado, y en particular, una porción de los ideólogos burgueses, que se han elevado a sí mismos hasta el nivel de comprender teóricamente el movimiento histórico por entero" (1932: 19).

Estas ideas muestran el grado de significación que Marx atribuía a los intelectuales como factores activos decisivos en la consecución de la conciencia de clase del proletariado y la realización de sus objetivos como clase. En el análisis del filósofo alemán llega a ser evidente que

el papel de los intelectuales en la comprensión del movimiento histórico fué una consecuencia del "violento, patente proceso de disolución" de las bases materiales, políticas, e ideológicas del Ancien Régime. Un proceso similar de disolución, con otra especificidad histórica, caracteriza la integración de los intelectuales burgueses en los movimientos de la clase obrera. Marx acentúa el surgimiento del intelectual contemporáneo y la ciencia más racional y avanzada unidos a la emergencia y maduración del capitalismo.

Ciertamente los casos de Marx y Engels, como los de los grandes teóricos sociales del siglo XIX y XX no son meros subproductos de unas condiciones de cambio. Ahora bien, Marx nunca tomó seriamente la tesis idealista de que el conocimiento y los intelectuales tienen el monopolio de ver el proceso histórico y menos de cambiarlo, sin una integración orgánica, sin una constituency en organizaciones y grupos definidos. El criticó duramente la idea de la autonomía del intelectual y a todos aquellos pensadores que desplegaron este punto de vista.²⁴ Marx estaba racionalmente convencido de que su análisis de la "ley natural del desarrollo de la producción capitalista" tenía posibilidades de convertirse al mismo tiempo en un modelo científico para la acción política y en una teoría de la realidad social que al iluminar con un nuevo enfoque el eje de las fuerzas que dominan el curso histórico (algo, según Marx, avanzado ya por los intelectuales burgueses) estaría en condiciones de tomar conciencia de su movimiento futuro. La teoría de la ideología, la conciencia de clase, y los intelectuales se revela

así como una de las piezas analíticas claves del modelo marxista. Marx con una conciencia clara de su aportación señala en una carta a J.Wedemeyer en 1852: "Nada se me debe por haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna o la lucha entre ellas. Mucho antes que yo los historiadores burgueses han descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases y los economistas burgueses la anatomía económica de las clases. Lo que yo hice nuevo fué probar: (1) que la existencia de clases se define en fases históricas particulares en el desarrollo de la producción, (2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado, (3) que esta dictadura en sí misma sólo constituye la transición a la abolición de todas las clases a una sociedad sin clases".

No pensamos que esta conciencia de un intelectual revolucionario como Marx sobre su papel y el papel colectivo de los intelectuales y el conocimiento sea un exponente de la ideología decimonónica sobre el poder social de la ciencia. En su modelo dialéctico tienen tanta significación y valor su metodología para analizar fenómenos estructurales (como la base socioeconómica del modo de producción) como su metodología de análisis de la superestructura (el estado, la ideología, el conocimiento, y los intelectuales); y ello por la razón de que ambos planos forman un todo indisoluble cuya ligazón causal (entre la estructura y la superestructura) fué estudiada y resuelta por Gramsci con su teoría del bloque histórico. Consecuentemente no es posible encontrar en Marx un ensalzamiento del poder del intelectual.

y la ciencia, pues las características de su modelo dejan de lado este problema. Congruentemente, su propia vida muestra una preocupación desmesurada por la relación entre el pensamiento abstracto y el trabajo científico con la praxis político-social organizada, en cuyos lazos está la clave de un paso adelante en el curso de las sociedades. Claramente para Marx la teoría social no tiene ni las mismas condiciones ni el mismo escenario de prueba que las ciencias naturales. Esta ruptura con el empiricismo no es una ruptura con este o aquel pensador sino una ruptura radical con un modo de concebir la ciencia social. Para Marx, la teoría tiene su prueba definitiva en la acción, no entendida como acción implementadora de una ideología, sino como praxis histórica que, entre otras cosas, someterá a prueba el valor de las construcciones de los intelectuales. La crítica de la teoría social empiricista de entender la dialéctica más como un arma política y estratégica que como un método con variadas dimensiones, pasa al nivel de ideología desde el momento en que explícitamente en el modelo de Marx la dimensión política tiene una función organizada, pero no única. Sobre esta polémica más bien bizantina del poder de las ideas humanas, que queda clarificada con el modelo de la teoría y la praxis, Marx y Engels señalan en el Manifiesto que para el intelectual idealista:

La acción histórica es producida por su acción personal inventiva: las condiciones de emancipación históricamente creadas [son producidas por] acciones fantásticas; y la organización de la

sociedad en clases espontánea y gradual influida por esos inventores. En sus ojos, la historia futura se resuelve mediante propaganda e implementación práctica de sus propios planes sociales" (1932: 40; el subrayado es nuestro).

Aquí reside la clave analítica del modelo de Marx sobre la ideología, el intelectual, y el conocimiento; él siempre subrayó, practicó, y opuso el conocimiento científico en función de condiciones históricamente creadas a la intervención personal, es decir al conocimiento ideológico. Por ello Marx reivindica constantemente el materialismo dialéctico como un método para explicar la dirección del cambio, cuya viabilidad se prueba en el laboratorio crítico de la propia praxis social. Consecuentemente el lugar que ocupa el intelectual no es visto por Marx bajo ningún tipo de a priori. La función de los intelectuales, y de las ideologías en la teoría social del conocimiento marxiana son analizadas por su capacidad de entender el curso social de la historia, por su capacidad de organizar la producción, el estado, los valores, y el conocimiento en cada modo de producción y, en consecuencia, también por su tendencia a rutinizarse, a hacerse productos ideológicos, que no responden a un nuevo paso adelante del modo de producción social, o de la emergencia de una nueva clase con el objetivo de variar el curso histórico; es algo más profundo que una mera idea evolucionista o progresista, es un punto de vista ligado a la comprensión y control de la realidad misma en movimiento. Por ello consideramos irrelevante aquí la discu-

7
sión sobre la certeza o exageración de las predicciones de Marx; los argumentos en pro y en contra podrían multiplicarse ad infinitum. Si se puede encontrar algún elemento dogmático en su modelo es precisamente su continuo ataque a la burocratización del pensamiento etapa inicial de un proceso de rutinización ideológica. En este sentido Lenín pudo afirmar en 1902:

El ideal de los Social Demócratas no debería ser el de convertirse en aparato burocrático sindical, sino en tribuno del pueblo, capaz de reaccionar a cada manifestación de opresión,

para luego añadir

"debería ser capaz de agrupar todas esas manifestaciones en una imagen integrada de la [...] violencia y explotación capitalista; debería saber sacar ventaja de acontecimientos cotidianos para explicar sus convicciones socialistas [...] para explicar a todos y cada uno la significación histórica mundial de la lucha por la emancipación del proletariado" (1902: 135).

Las intelligentsias que hicieron la revolución en 1917, después de la segunda guerra mundial, hasta nuestros días fueron en general consecuentes con las anteriores recomendaciones dando lugar a un época de profundo cambio intelectual.

El desarrollo mismo de las revoluciones llega a ser un problema diferente.

En el modelo de Marx de la unidad entre la teoría y la praxis llega a ser diáfana la onceava tesis sobre Feuerbach. Cuando Marx señala lapidariamente: "los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes maneras, de lo que se trata ahora es de transformarlo", no está mostrando ninguna posición anti-intelectualista contradictoria con el valor práctico que su modelo concede a la actividad intelectual; tampoco reivindica ningún activismo político incompatible con la aportación del intelectual.

Las Tesis sobre Feuerbach (1845) son de hecho un momento álgido de lucidez en la explicación de la naturaleza de la actividad intelectual. Aún a riesgo de realizar una interpretación no pegada al texto marxiano diríamos que la tesis de Marx es una crítica responsable de los insuficiente de una imagen interpretativa de la realidad. Toda interpretación intelectual debería ser consciente de su capacidad potencial o real de penetración en la realidad compleja de los distintos planos de la estructura social. El problema está en la conciencia del intelectual sobre qué intereses articula su actividad, y a quién sirven en última instancia. Marx opta por una articulación del conocimiento con todo movimiento de transformación y futuro.

Para entender el modelo tipológico ideal de Weber

En general la investigación y la crítica teórica en sociología ha prestado poca atención al análisis realizado por Max Weber sobre el papel del intelectual y sobre todo a su modelo teórico-metodológico, a pesar de la enorme cantidad de ensayos sobre su metodología y las aportaciones de su investigación ¿Es el intelectual un problema o categoría irrelevante entre las ideas de Weber?

Los investigadores sociales han desarrollado modelos teóricos y empíricos de análisis sobre la base de la teoría weberiana tan sólo bordeando su investigación sobre el intelectual. Dentro de la obra de Weber hay una serie de áreas concretas fronterizas con el tema del intelectual que han sido objeto de tratamiento casi exhaustivo: (a) El papel de las ideas sobre la acción social;²⁵ (b) el problema de las relaciones entre religión y ética con las ideologías económicas, la modernización económica, y el cambio social;²⁶ (c) los tipos históricos de ideas y poderes, y el papel de los mecanismos de legitimidad, carisma, y liderazgo;²⁷ (d) El problema de la diferenciación entre ciencia y política y sus consecuencias ideológicas, éticas, y científicas;²⁸ (e) La esfera epistemológica de la ética científica con los problemas de la neutralidad ética, la objetividad, las hipótesis libres de valores, y las asunciones sesgadas subjetivamente.²⁹

Ni que decir tiene que todas estas áreas de categorías y problemas son sustanciales en el modelo de Weber. Y sin embargo, el relativo olvido del tema del intelectual analizado exhaustivamente por Weber en Wirtschaft und Gesellschaft así como en sus trabajos sobre la religión en India, China, y el judaísmo antiguo, hace que se haya echado en olvido una categoría sustancial que articula y explica la coherencia interna de su modelo sobre las ideas y la acción social. ¿Cómo explica Weber el peso de las ideas y la religión en apoyo de un orden social determinado, o su incidencia en un desarrollo de la racionalidad social que estará en la base del cambio social? ¿Cuales son para Weber los factores y agentes que explicitan la legitimidad religiosa, política, y social? ¿Qué factores inciden en el proceso de rutinización del carisma; las instituciones, y en definitiva cómo se explica el proceso de formación de esa "jaula de hierro" que es la sociedad burocratizada? Weber respondió a estos problemas desde diversas perspectivas; y una a no olvidar es la de los tipos históricos de intelectuales ligados al edificio del estado o la institución. Históricamente Weber muestra que las intelligentsias como una parte de los poderes establecidos, ligadas a ellos por vínculos carismáticos o de racionalidad, concentraron el suficiente "poder" como para producir y difundir una weltanschauung, o algún tipo de sistema funcional trificado de ideas religiosas, seculares, políticas, o éticas. Las intelligentsias ligadas a la evolución de la acción institucionalizada adquirieron el poder de presentar ideas innovadoras o de dar continuidad (rutinización) a un liderazgo, poder, fuerza (kampf),

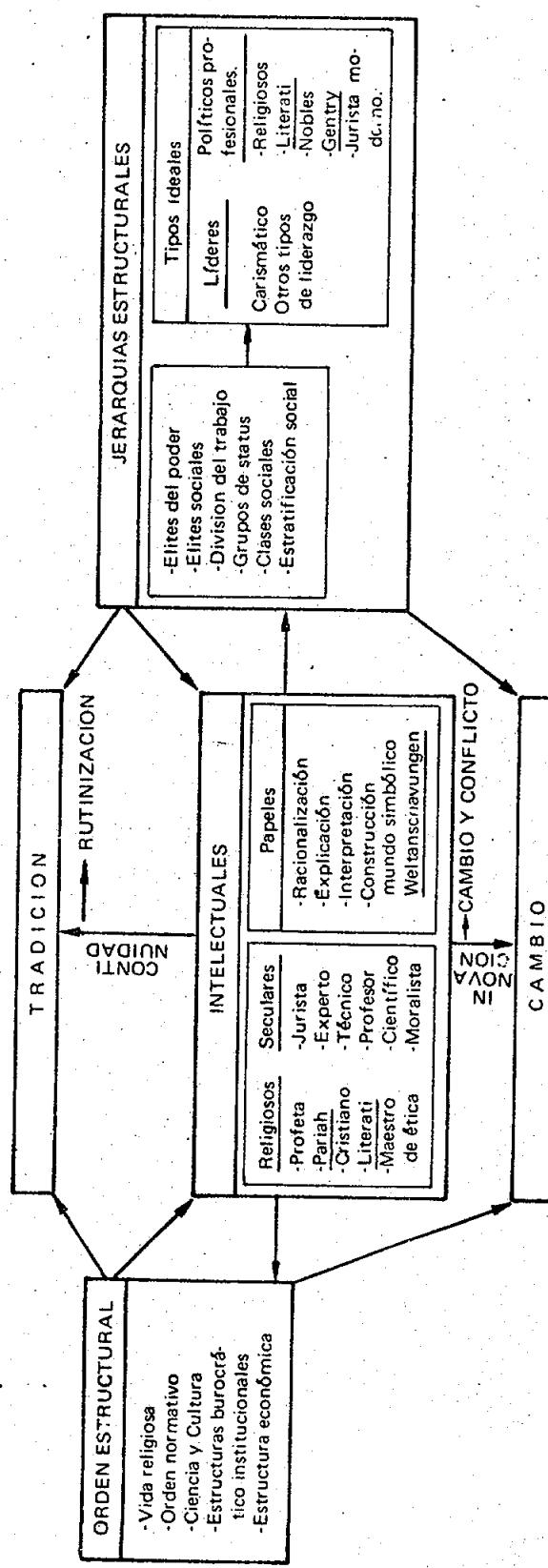
o institución. Quisieramos acentuar aquí que, en el modelo de Weber, las ideas no tienen poder por sí mismas. Las ideas tienen poder y peso específico; esto es, explican efectos sociales determinados, cuando un grupo especializado institucionalmente las crea y formula en determinadas condiciones históricas, proceso ligado per se a estructuras que hacen posible su implementación. En esto como en la teoría de las clases, la estratificación, y el poder, los modelos de Marx y Weber no son radicalmente contradictorios, antes bien pueden llegar a complementarse guardando cada uno su especificidad teórica singular. Lo contrario puede ser afirmado por aquellos que sólo entendieron a Weber a través de Parsons. Un esfuerzo por "desparsonizar" a Weber (Cohen, Hazerliigg, y Pope, 1975) quitará el énfasis idealista y voluntarístico (à la Parsons) con que comúnmente se le interpreta, devolviéndole la especificidad genuina estructural y multidimensional de su modelo y reintegrando así al patrimonio teórico una interpretación singular.

El esquema anteriormente explicitado sobre el intelectual es muy claro en Weber. Las claves interpretativas del modelo de Weber sobre el intelectual pueden ser perfiladas de la siguiente forma: Weber analiza al intelectual (a) construyendo tipos ideales sacados de la experiencia histórica sin adoptar el método historicista;³⁰ (b) ligando esos tipos ideales históricos al análisis sociológico de su función explicativa en el proceso

de racionalidad capitalista;³¹ (c) tomando como ejemplo tipo al intelectual religioso y su cometido³² y explicando desde este tipo los procesos de discontinuidad en los modelos intelectuales (secularización) y los tipos de intelligentsias innovadoras emergentes (el intelectual profesional, el profesor etc.); (d) utilizándolos como categorías o subcategorías (y no como problemas) explicativos del proceso de apoyo y legitimación de la tradición, de rutinización global, o de cambio;³³ (e) utilizándolos como claves explicativas de la articulación e incidencia específica de las ideas en la acción.³⁴ El esquema tipológico de Weber en el marco básico de sus conceptos se ofrece en el Gráfico 1.1.

La idea metodológica decisiva es que Weber formula el tipo ideal del intelectual como una colección de papeles históricos no cronológicamente excluyentes sino imbricados de forma que las funciones básicas de los intelectuales religiosos pueden darse en los intelectuales secularizados con una especificidad y sentido estructural determinado. Esta colección de papeles y tipos intelectuales es decisiva, para Weber, a la hora de explicar la formulación social del concepto de clase social, la organización social de la ciencia, y la estructura misma del poder mediante la formulación carismática (religiosa o no), tradicional, y legal del orden institucional de la sociedad.³⁵ Así Weber escribiría en Politik als Beruf: "Estas concepciones de la legitimidad y sus justificaciones íntimas tienen una muy grande significación para la estructura de la dominación" (1946: 79). En Weber el modelo de análisis de las ideas y los intelectuales tiene diversas dimensiones; es multidimensional en función

Gráfico 1.1
MODELO DE LOS TIPOS Y FUNCIONES INTELECTUALES
DE WEBER EN SU MARCO CONCEPTUAL



Fuente: Véase el texto.

directa de la evolución de su biografía intelectual, su experiencia como investigador y sus compromisos políticos. Como señalan Gerth y Mills el punto de vista de Weber sobre el papel de las ideas no puede desligarse de su visión de la dinámica de las luchas entre las clases y los partidos (1946: 61) El Weber de la Etica protestante y el espíritu del capitalismo acentuó el papel autónomo de las ideas sobre la definición de una filosofía teórica y práctica (espíritu o personalidad): la del capitalismo, pero nunca la causación ideacional de la estructura histórica entera del capitalismo. Y sin embargo su análisis en profundidad de los tipos históricos de ideas religiosas, e intelectuales como el profeta, el sacerdote, y el moralista van mostrando una conciencia cada vez más compleja sobre el problema de la interacción y causalidad entre las dos categorías polares del modelo ideas-acción. Así cuando Weber se convierte en un observador y participante activo en la política alemana de su época se perfila mejor la originalidad de su modelo que Gerth y Mills a veces identifican como el de un materialismo político expresivo de las lecciones aprendidas de Marx, Nietzsche, y de su propia fiebre investigadora. Así, a la altura de 1922 Weber pudo escribir en su Religionssoziologie: "No las ideas, sino los intereses materiales e ideales gobernan directamente la conducta del hombre. Sin embargo muy frecuentemente las imágenes del mundo (*Weltanschauungen*) creadas por ideas tienen, como el guardaguas, el poder de determinar las vías sobre las que la acción ha sido compelida por la dinámica de los intereses" (1963, I: 252). Ciertamente este Weber está lejos de la imagen idealista con que es presentado por sus introductores en la sociología.

norteamericana, como, obviamente, del modelo marxiano. Y sin embargo Weber entendió el alcance de las ideas de Marx sobre el poder de causación de los intereses sobre las ideas, combinándolo con el modelo de Nietzsche de la elaboración singular que adquieran las ideas en el intelectual determinando la conducta. La resultante no podría ser otra que un modelo de conflicto entre las ideas, el intelectual, la acción y los poderes. Weber al tener en cuenta la estructura de demandas sociales subyacentes en los modelos intelectuales y la capacidad elaboradora de estos crea una óptica dialéctica singular para analizar la relación social entre el intelectual y la acción. Así Weber dará una importancia decisiva a la weltanschauung, a la imagen del mundo elaborada por un largo y complejo proceso de interacción con los intereses sociales; a las construcciones simbólicas ligadas y expresivas de las condiciones de vida de los estratos de la sociedad.

El análisis weberiano ve a los intelectuales determinados en su organización y estructura social por la estructura histórica, en la medida en que la historia puede permitir u obstaculizar la formación de unos tipos u otros de intelligentsias. Ahora bien este mismo proceso no es visto tan automáticamente con respecto a sus construcciones intelectuales e ideologías, ni con respecto al poder específico que estas puedan tener incidiendo y produciendo acción. La sociología del conocimiento weberiana está interesada en el conocimiento histórico como totalidad, a sus distintos niveles de elaboración intelectual, complejidad, y peso específico. Puede afirmarse que

el elemento más genuino y brillante viene dado por sus análisis de la función del conocimiento en la organización de la racionalidad de las instituciones, lo que vale tanto como decir en el proceso de innovación social o de rutinización y burocratización, como en el caso del conocimiento especializado moderno; problemas que Weber supo analizar con distanciamiento, pero también con un fondo moral crítico que sabía mirar de frente a la libertad del ser humano.

Hacia un modelo estructural de análisis de los intelectuales

Hemos presentado atrás una revisión crítica de las diferentes estrategias y lógicas de análisis ofrecidas por los modelos históricamente más relevantes de análisis del intelectual. Una conclusión básica puede ser extraída: desde el punto de vista de una teoría estructural de la determinación del conocimiento y el pensamiento, ni los intelectuales pueden ser entendidos como una élite autónoma, ni los productos intelectuales pueden ser estudiados como agregados de estilos históricos de pensamiento elaborados por una élite independiente. De ahí que los intelectuales como categorías históricas deban ser estudiados en el marco de una teoría estructural de las formaciones ideológicas.

Por otro lado, el análisis de la estructura social de los intelectuales, el estudio de sus funciones, ideologías, y producción en sentido extenso, audiencia y relaciones orgánicas requiere un modelo metodológico integrado (basado en la epistemología sociológica e histórica) que permita captar en cada formación y períodos concretos la complejidad y plasticidad de estas categorías. Explícitamente partimos de la hipótesis que sitúa a los intelectuales en el seno de los intereses y dialéctica entre fracciones (hegemónicas o en ascenso) de las clases sociales .

Desde esta perspectiva puede asumirse que la vida in-

telectual aparece históricamente: (a) como un conjunto fluido de roles interrelacionados en círculos culturales específicos redefinidos incesantemente por la influencia de los intereses de las clases y los poderes; (b) como un conjunto articulado de biografías expresión de procesos específicos de socialización; segmentos articulados de la experiencia social entera y sus mecanismos culturales, ideológicos, y políticos; (c) como un campo de productos culturales articulados a funciones sobre determinadas de interpretación, explicación, racionalización y legitimación. Este esquema inicial puede ser aún más especificado en un modelo que profile los elementos de articulación estructural de los intelectuales.

Desde el punto de vista de la articulación social de la ideología, los intelectuales se forman históricamente como la fuente racional de la elaboración del contenido sustancial ideológico (la estructura ideológica global o específica de la producción intelectual), así como de la forma estética específica, e incluso de las sucesivas reelaboraciones que llegan a formar lo que Weber llamó weltanschauung, y los fenomenólogos: significados universales vitales; en suma: una imagen. Consecuentemente los intelectuales son hacedores de la ideología en el sentido usado por Marx³⁶ y Gramsci³⁷, y correlativamente hacedores de una imagen³⁸ (artística o no) que liga la teoría y la praxis, permitiendo la circulación orgánica del producto intelectual. La estructura sustancial de la ideología, su forma, y su proceso de reelaboración son componentes inseparables, cuya observación nos lleva a las

7

raíces sociales y mecanismos que les dieron origen. Al nivel de la estructura de círculos y mecanismos de los medios de comunicación, los intelectuales aparecen como creadores de un "clima de opinión"; como hacedores de opinión.³⁹ O dicho de otra forma, el papel genuino de los intelectuales (en contraste con otros sectores específicos de la vida cultural, como los científicos, técnicos, y expertos) implica una difusión de la ideología, de los productos intelectuales para producir efectos en círculos más amplios que el de una comunidad reducida de colegas especializados. Debido a su posición y "especialización" en las redes de la comunicación ideológica (a través de estructuras nacionales y culturales) los intelectuales tienen capacidad de analizar el sentido y dirección del contexto social en que se desenvuelven y sus determinantes; en este sentido los intelectuales articulan a su capacidad analítica una capacidad moral de elaboración de una imagen cognitiva y moral; o sensu stricto son hacedores de una utopía o una anti-utopía,⁴⁰ ligada a una ideología histórica. Los intelectuales interpretan y explican acontecimientos pasados y presentes con un estilo específico (fabulando o analizando desde diversos métodos) tratando de crear un clima de opinión con un propósito legitimador.

Respecto de la estructura social como totalidad histórica, los intelectuales definen un "aparato cultural" siguiendo la terminología de Mills (1967: 405).⁴¹ Esta idea lleva, por un lado, a la función del intelectual de creación, aplicación, y distribución de cultura con un nivel sustancial de complejidad y elaboración, y entendida como un mecanismo educativo (símmbólico o técnico); por otro lado, esta función

tiende a la creación y codificación de sistemas normativos, de creencias, y moral social, estando íntimamente ligada a la función de formación de imágenes morales anteriormente descrita. Un problema clave para entender la unidad histórica de estas funciones plantea las relaciones de conflicto o apoyo de los intelectuales con respecto a los poderes políticos (establecidos y hegemónicos, o en proceso de formación) y la resultante de funciones políticas de los intelectuales. En un sentido amplio es lícito interpretar una parte sustancial de la actividad de los intelectuales desde la óptica del significado político que tiene su actividad.

Es en este sentido en el que asumimos aquí que los intelectuales son creadores y hacedores de legitimidad y racionabilidad explícita y eficaz de la ideología de una clase dominante o fracción hegemónica de clase, y viceversa, promotores de un proceso de deslegitimación del orden sociopolítico establecido proponiendo la utopía (en su sentido activo) o la carta⁴² de naturaleza social de un grupo histórico.

En esta perspectiva el conflicto entre intelectuales y poderes, y en definitiva la lucha ideológica, aparece como una confrontación de weltanschauungen rivales en su lucha por la hegemonía social. Siguiendo las ideas de Gramsci es posible asumir que la realización de hegemonía política e ideológica es una consecuencia de la relación dialéctica entre los intelectuales, los grupos orgánicos de la sociedad civil, y los aparatos de la sociedad política. La estructuración de semejante conjunto de relaciones lleva consigo la transformación necesaria de las clases "subalternas" y con ello la redefinición de las funciones y tipos de in-

3

intelectuales. Gramsci subrayó una y otra vez la importancia de la ideología en el desarrollo político de clases subalternas no hegemónicas produciendo alteraciones en la estructura histórica de la dominación y el conflicto y a su vez produciendo un desarrollo cultural.⁴³ La naturaleza política legitimadora de los intelectuales es esencialmente de carácter articulador surgida de la necesidad inherente a clases históricas, los grupos, y el estado de conciencia, racionalidad, enmascaramiento, y un sistema de valores sólidos aceptados (legítimos).

De acuerdo con este modelo es posible explicitar una tipología de las funciones colectivas orgánicas de los intelectuales en función de los procesos ideológicos de legitimación-deslegitimación de un poder político establecido y, al mismo tiempo, en relación con los medios sociopolíticos institucionalizados de acción colectiva (que incluiría todos los aparatos organizativos económicos y culturales de la sociedad civil). Intentamos acercarnos a una consideración del intelectual como nexo dialéctico de una dimensión (la legitimidad) de las relaciones entre sociedad civil y estado. Para ello, en la Tabla 1.1 ofrecemos un esquema de los tipos colectivos de intelectuales que se forman por esos procesos de legitimidad en función de una estructura definida de relaciones sociales. Debe ser subrayado que los tipos delineados no responden a actitudes individuales sino a categorías colectivas orgánicas ligadas a la dialéctica de los intereses. Estos tipos definen una resultante en la práctica del intelectual que va desde el conformis-

MEDIOS DE ACCIÓN SOCIOPOLÍTICA
INSTITUCIONALIZADOS

Tabla 1.1
**TIPOLOGIA DE LAS FUNCIONES COLECTIVAS DE LEGITIMIDAD
DE LOS INTELECTUALES EN RELACION CON EL PODER.**

ESTRUCTURA ESTABLECIDA DE PODER		
	Legitimación	Deslegitimación
Legitimación	LEGITIMADORES INCONDICIONALES (Conformidad)	REFORMISTAS LEGALES (Ritualismo)
Deslegitimación	LEGITIMADORES CRÍTICOS (Innovación) desde arriba	REFORMISTAS A-LEGALES (Retraimiento crítico)
Deslegitimación y sustitución		REVOLUCIONARIOS (Rebelión)

Nota: (a) La característica que define la actitud ideológica colectiva básica de cada tipo se sitúa entre paréntesis.

Fuente: Véase el texto.

mo a la rebelión.⁴⁴ Consideramos que esta tipología puede ser aplicada al análisis concreto ofreciendo unos elementos básicos conceptuales para poder evaluar un proceso ideológico y de desarrollo intelectual. A su vez el análisis de estos tipos serviría para entender no sólo como se define la legitimidad en una formación social sino qué relaciones sociopolíticas articula. Los cinco tipos delineados se caracterizan como sigue: legitimadores incondicionales son aquellos intelectuales orgánicamente unidos a la hegemonía del estado que quedan definidos por su aceptación del orden establecido, y de los medios de acción que ese orden define. El énfasis es mayor en la legitimación de la estabilidad y en la hegemonía represiva de toda disensión posible que en la hegemonía legal y la continuidad misma. Podemos hablar aquí del conformismo o integración actitudinal de ciertos grupos de ideólogos por las características globalizantes de su papel legitimador. Los legitimadores críticos formularían la legitimidad de una hegemonía legal y ello de una forma singular: poniendo el acento en las características de continuidad temporal del sistema establecido y apelando a la hegemonía represiva en situaciones límite. Sólo en este sentido específico serían innovadores desde arriba integrando todo posible factor de conflicto con los aparatos legales y no con los aparatos específicamente represivos. Su ideología está basada en un modelo dinámico de equilibrio y fusión del proceso histórico. La distinción entre legitimadores incondicionales y críticos es congruente con la distinción de Gramsci entre hegemonía represiva y hegemonía legal o hegemonía propiamente dicha. El predominio de una u otra hegemonía

sobre las clases subalternas expresaría un momento crítico del aparato del poder sobre la sociedad. Ambos tipos de intelectuales son legitimadores orgánicos del estado que racionan de forma diferente (pero coherente) la legitimidad. Los reformistas legales realizarían en última instancia un papel ritualístico en la medida en que deslegitimizan- do al orden político establecido, su praxis ideológica no acierta a romper con los medios institucionalizados de acción supuestamente en función de la hegemonía del aparato de do- minación y sus legitimadores. El reformista legal legiti- ma una innovación más profunda que el legitimador crítico al nivel del estado, pero desvinculada de toda transformación de la estructura de la sociedad civil. Aunque la distinción entre reformistas a-legales y revolucionarios es clara, la frontera que les diferencia puede ser fluida dependiendo di- rectamente de las posibilidades del juego ideológico-político, es decir en la medida en que la hegemonía legal del estado da cabida a todos los intereses o sólo a los de unas frac- ciones de clase concretas. Sus actitudes de retraimiento y rebelión pueden ser tácticamente intercambiables bajo con- diciones específicas. Sin embargo es claro que el intelec- tual revolucionario, como vimos a través de los modelos de Gramsci y Marx, rechaza el sistema capitalista globalmente y propone alternativamente un nuevo orden y un nuevo desa- rrollo cultural por medios revolucionarios; aquí reside pre- cisamente la principal diferenciación entre las consecuencias deslegitimadoras de los reformistas a-legales y los revolu- cionarios.

Esta tipología debe ser considerada como una primera aproximación al problema de dimensionalizar procesos de articulación ideológica y de legitimidad y entender, por tanto, cómo se articulan los intereses de clase, a partir de la perspectiva del modelo de Gramsci. Hay que subrayar que los tipos establecidos no aparecen rígidamente estructurados en la realidad, sino relativizados por todo el complejo de las relaciones sociales entre la sociedad y el estado; que responden a categorías colectivas y no a papeles individuales; y cuya especificidad o aglutinamiento son producto de la situación y organización del poder en las diversas fases del modo de producción o bloque histórico. Su análisis puede servir para detectar la coherencia interna de las diversas categorías de intelectuales y su articulación en la esfera de los intereses.

El principal problema al analizar las funciones ideológico-legitimadoras de los intelectuales es el establecer las conexiones concretas entre las ideologías y la dinámica de los intereses de clase y dominación a los que esa ideología está unida orgánicamente. Por otro lado es enormemente difícil el evaluar el tipo concreto de influencia y poder que adquiere la ideología y el intelectual en un proceso de transformación, concretamente organizando la legitimidad de un movimiento en ascenso. Lo que sí podemos avanzar es que el poder de la ideología no puede, metodológicamente, analizarse en abstracto, utilizando como objeto sólo a la ideología; sino sólo en relación con el proceso de hegemonía en que se basa.

5

Es posible afirmar que en el marco concreto de la dialéctica de clases y el conflicto, el papel de los intelectuales hace posible la articulación de los intereses latentes objetivos de ciertos grupos en formación en programas concretos y explícitos. La formulación y legitimación de intereses manifiestos es un proceso complejo que presupone ciertas condiciones. Debe producirse la formación de un círculo intelectual concreto que toma sobre sí la tarea de articular racionalmente la organización de una nueva hegemonía. Alternativamente una ideología, o un sistema articulado de ideas puede estar históricamente disponible para servir de constitución explícita de un grupo o clase emergente. Como evidencia del primer proceso tenemos la formación del intelectual orgánico en el ejemplo de Marx, Lenín, o Gramsci articulando la organización y legitimidad histórica de la clase obrera a través del movimiento (y el modelo) socialista. Como ejemplo del segundo proceso puede servir el papel de la ideología protestante (de acuerdo con la tesis de Weber) sobre la legitimidad y racionalidad ideológica del capitalismo inglés. En resumen es importante señalar que la ideología y el intelectual no aparecen históricamente como factores per se de la lucha de clases y el conflicto social. Antes bien, esas categorías deben ser interpretadas como elementos articuladores decisivos y pre-requisitos para el cambio social. En las páginas que siguen explicitamos la metodología concreta de nuestro modelo aplicando algunos de sus elementos al análisis concreto de los intelectuales políticos en la España actual.

Notas del capítulo 1

1. Es decir, los hombres cuya búsqueda de una concepción del orden social se basa en la creencia en todos aquellos principios que pueden ser revelados por la ciencia, el conocimiento "racional", y el derecho natural (Bendix, 1970: 32).
2. La palabra intelligentsia aparece en 1860 introducida por Boborykin para referirse a la intelectualidad clásica o proto-intelligentsia. Algunos lingüistas y estudiosos de los intelectuales sostienen que se trata de la palabra latina intelligentia con acento ruso y, obviamente, referida a un colectivo (los intelectuales). Esta palabra era aplicada a aquellos grandes escritores rusos hacia los cuales el mundo occidental se sentía atraído por el "impulso" moral con que enfrentaban las cuestiones más sublimes y antiguas sobre la condición humana, y por sus respuestas extremadamente racionales. La palabra rusa para referir este tipo humano era la de raznochintsy (Malia, 1961: 1-3).
3. Ofrecemos aquí las principales obras sociológicas en este campo (vease la Bibliografía al final del trabajo) o

aquellas que tienen una relación con él.

4. Gouldner señala sobre este tema de la neutralidad científica como una de las tesis principales de su obra The Coming Crisis of Western Sociology que toda "presunción subjetiva respecto del hombre y la sociedad se encuentra enraizada no sólo en la teoría social sustantiva sino en la metodología misma.... la metodología parece un campo puramente técnico liberado de la ideología; presumiblemente trata sólo de métodos de extracción de información fiable sobre la sociedad, mediante la recogida de datos, construcción de cuestionarios, muestreo, y análisis de los resultados. Sin embargo la metodología está llena de asunciones ideológicamente resonantes sobre lo que es el mundo, quién es el sociólogo, y cual es la naturaleza de la relación entre ambos" (Gouldner, 1971: 49-50). Nótese que para el caso de la Sociología de los intelectuales ésta es una crítica sugestiva y acertada.

5. Esta es la reivindicación científica básica de diversos sociólogos en la última década, por ejemplo: Berger y Luckmann (1967: 126-128); Bon y Bournier (1971: 7); Careaga (1972: 4); Kadushin (1971: 1); Escarpit (1960); Malia (1961: 6); Geiger (1949); Lipset (1960: 310); Mannheim (1936: 153, 1956); Merton (1962: 207); Mills (1953: 142); Parsons (1970: 21-22); Shils (1972); Coser (1966); Filcher (1964); Gurvitch (1966); Lazarsfeld (1958); Linz (1972); Marsal (1971a, 1971b, 1970); y Sartori (1953, 1960).

6. Sobre esta pauta de identificación del intelectual con el literateur vease: Benda (1955); Chomsky (1969); Hamilton (1971); Huszar (1960: 3-10); Kirk (1955: 4) que constituye una consideración actualizada del intelectual identificado con el filósofo; Malia (1961: 2); Nietzsche (1971); Sartre (1972: 68); Valery (1948).

7. Este punto de vista es muy común especialmente en Shils (1960: 332, 1972) cuando estudia el papel de la intelligentzia en el proceso de surgimiento de los nuevos estados y naciones. Vease también Bodin (1968); Ben y Bournier (1971); Lazarsfeld (1958: 134); Merton (1962: 207); Parsons (1970: 21-23) al analizar el papel del intelectual como un producto de la alta cultura; Schumpeter (1962: 146-155), al estudiar a los intelectuales como colecciones de papeles, muy cercano al modelo de Weber, y acentuando la importancia de la educación en las sociedades "modernas".

8. Esta sugerencia se encuentra en Lazarsfeld y Thielens (1958).

9. Vease fundamentalmente: Ascoli (1936); Bell (1966); Ben David (1971); B. Berger (1957); Bakenship (1973); Bonilla (1967); Bourricaud (1972); Clark y Clark (1969); Feuer (1971); Geiger (1949, 1950); Gramsci (1971a, 1971b); Hayer (1949); Hover y Kadushin (1972); Jefferson (1969); Kadushin y Tichy (1971); Lipset y Dobson (1972); Malia (1972); Mannheim (1940); Mills (1953, 1959a); Moravcsik (1973); Nettl (1970: 67); Pachter (1972); Passin (1965); y Sartre (1972).

10. Estos puntos de vista unidimensionales se pueden encontrar en algunos doctrinarios de izquierda, como en conservadores (Burke, por ejemplo). Es imposible reseñar aquí la enorme cantidad de bibliografía situada en este punto de vista. Algunos ejemplos conspicuos de estas líneas estarían representados por algunas de las tesis de Gorki, así como por Sartre (1972). En el otro lado encontrariamos el punto de vista de Aron (1968) y Kirk (1955). Sartre compara a veces el papel histórico del intelectual actual con el del filósofo de la ilustración en los siguientes términos: "ciertamente los philosophes representaron el mismo modelo que se puede reprochar al intelectual de hoy: el uso de técnicas específicas para metas diferentes a las esperadas, es decir la construcción de una ideología burguesa, fundada en un "cientifismo" mecanicista y analítico" (Sartre: 1972: 23). Como señala Marsal, independientemente de su brillantez, este punto de vista está cercano a una consideración subyacente del intelectual como pensador, o penseur palabras ambas que en castellano y francés tienen unas connotaciones ideológicas concretas, y sobre todo un sustrato autoencomiástico. Los ejemplos de este tipo ideal pueden ser hallados en el "liderazgo espiritual" de Sartre, Russell, Maritain, o en España de Ortega y Gasset.

11. Sobre esta característica del pensamiento de Mannheim, veanse, entre otros, los trabajos de Bottomore (1956: 1); Coser (1968: 429); Elías (1971a y 1971b); Shils (1974: 84); Heeren (1971: 5); Hughes (1953: 392); Remmeling (1971: 533-536); Zeitling (1968: 327); K.H. Wolff (1971: xxi y xvii).

12. Esta consideración concreta de las ambigüedades intelectuales, y en los compromisos personales de Mannheim quedan de alguna forma reflejadas por Shils en una reciente reconsideración de Ideology and Utopia: "Pienso [sostiene Shils] que Mannheim nunca fué un marxista confeso. Generalmente fué simpatizante con las ideas socialistas pero nunca, a mi entender, se asoció a sí mismo públicamente al Partido Social Demócrata Alemán aunque muchos de sus amigos y colaboradores se identificaban con este partido.... Y sin embargo Mannheim nunca logró emanciparse del marxismo o del idealismo. La influencia marxista dominó en su idea sobre la primacía de los estratos no intelectuales del ser y en lo periférico de la actividad intelectual. Ahora bien, su sociología del conocimiento se propuso ir más allá del marxismo" (1974: 84). Claramente, cuando Shils habla de "lo periférico de la actividad intelectual en el marxismo" está interpretando a Marx pro domo sua. Una cosa es la crítica acerba que hace Marx al idealismo de los intelectuales y al enfoque que los considera de esta forma y otra este pretendido periferismo. ¿Cómo se explica según ésto que Marx dedique una parte sustancial de Das Kapital a criticar la ideología (y el papel científico intelectual) de los economistas políticos ingleses? ¿Cómo decir que son periféricos los análisis de Marx sobre, Hegel, Feuerbach, y Proudon? Shils no ha entendido bien a Marx.

13. Mannheim cuidó muy bien esta distinción de su modelo del intelectual relativamente independiente o "no firmemente situado dentro del sistema [de clases]" de una posible

1 interpretación que concluyera que el intelectual se mueve fuera del sistema de clases, y que de hecho desarrollarían algunos de sus discípulos. Mannheim señala explícitamente: "Semejante forma de perspectiva permanentemente sensible a la naturaleza dinámica de la sociedad y a su totalidad no es probable que sea desarrollada por una clase situada en posiciones medias, sino sólo por un estrato sin clase (classless) que no se encuentra firmemente situado en el orden social [...] Este estrato relativamente sin clase, no anclado (unanchored) [...] es la intelligentsia socialmente libre (freischwebende intelligenz)" (1936: 154-155, subrayados nuestros). La contradicción de Mannheim es clara incluso en su propio texto como puede verse por los dos subrayados. El problema está además en que Mannheim nunca explica qué significa estrato relativamente classless y por supuesto cómo se produce. Congruentemente Mannheim rechazaría toda explicación socioeconómica: "Una sociología orientada sólo por referencia a las clases socio-económicas nunca entenderá adecuadamente este fenómeno" (1936: 155). Aquí Mannheim a nuestro entender desfigura el modelo de Marx, toda vez que para Marx la clase como categoría histórica compleja está integrada no sólo por un factor, fuerza, o proceso sino por la relación estructural de varios procesos históricos que integran lo que Marx llama modo de producción, fundamentalmente: las fuerzas productivas y relaciones de producción, o desde otra perspectiva la sociedad civil, en articulación dialéctica con el aparato de dominación (el estado), y la ideología. Marx lo que hace es establecer relaciones causales históricas entre esas categorías. De ahí

que Gramsci desarrollara su categoría más explícita de bloque histórico. Mannheim a nuestro modo de ver no acaba de entender que la esencia del modelo marxiano es dialéctica y no vulgarmente determinista. Mannheim, sin embargo, fué cauto a la hora de especificar su modelo del intelectual. Señala: "Aunque situado entre las clases [el intelectual] no forma una clase media. No está, por supuesto, suspendido en un vacío en el que no penetran los intereses sociales; al contrario, subsume en sí mismo todos los intereses que permean la vida social" (1936: 157). Aquí Mannheim avanza algo más señalando cómo el intelectual tiene capacidad de hacer suyos los intereses sociales de una forma universal. Pero ciertamente Mannheim vuelve a caer en una ideología idealizante del intelectual pues infiere de un tipo concreto probable (el intelectual asumiendo intereses globales ajenos) a la totalidad compleja de las intelligentsias históricas. Al no llevar hasta el final su análisis de clase cae en una abstracción que obscurece casi por completo al intelectual; esto es, parece como si sólo hubiera un único tipo atemporal. En suma, el análisis de Mannheim es interesante pero estructuralmente incompleto.

14. Gramsci analiza la articulación social de la ideología distinguiendo dos categorías básicas: (a) La ideología como una "superestructura necesaria" que comprende la categoría de la ideología históricamente orgánica expresión teórica máxima de la hegemonía de una clase establecida o en ascenso, y a su vez mecanismo "racionalizador y legitimador clave de los intereses de esa clase (la ideología religiosa, bur-

3
guesa, o socialista); (b) la categoría de la ideología "arbitraria" sin ningún tipo de peso o influencia en el proceso histórico. En palabras de Gramsci: "Un elemento de error en la consideración del valor de la ideología creo que se debe al hecho [...] de que se dá el nombre de ideología tanto a la superestructura necesaria de una determinada estructura, como a las lucubraciones arbitrarias de determinados individuos". De acuerdo con esta idea Gramsci señala cómo el análisis de la ideología se ideologiza al perder esta perspectiva: "El proceso de este error puede ser fácilmente reconstruido: (1) se identifica la ideología como distinta de la estructura y se afirma que la ideología no cambia la estructura sino viceversa; (2) se afirma que una solución política concreta es "ideológica", insuficiente para cambiar la estructura, mientras se considere a sí misma capaz de cambiarla; se afirma que es inútil, estúpida etc.; (3) se acaba afirmando que toda ideología es pura apariencia, inutil, estúpida, etc." Notese claramente que la idea de Gramsci de la ideología es la de un elemento tan estructuralmente complejo, jerarquizado y orgánicamente ligado al modo de producción que llega a adquirir bajo determinadas condiciones de maduración de ese modo de producción un peso causal. Gramsci continúa su crítica con un párrafo que puede ser el punto de partida de un análisis estructural de los fenómenos ideológicos: "Es necesario, pues, distinguir entre ideologías históricamente orgánicas que son necesarias a una cierta estructura, e ideologías arbitrarias, racionalísticas, voluntarias. En cuanto necesarias históricamente poseen una validez que es psicológica, es decir organizan las masas hu-

manas, formando el terreno en el que se mueven los seres humanos, adquiriendo conciencia de su posición, luchas etc.

En cuanto son arbitrarias no producen otros efectos que movimientos individuales, polémicas, etc. (pero no son completamente inútiles aunque así sean, porque son como el error que se contrapone a la verdad y la afirma)" (Gramsci, 1971c: 57, subrayado nuestro). La obra de Gramsci está repleta de estos puntos de partida a-dogmáticos, reflexivos, y enormemente sugerentes para la investigación actual. En los últimos años se han producido una gran cantidad de trabajos dentro y fuera de Italia rehabilitando su lugar teórico en la tradición marxista y en las ciencias sociales. La obra de Gramsci es un eslabón decisivo entre la teoría marxista clásica y los neomarxismos actuales. Gramsci explica de una forma clarividente las categorías más oscuras y complejas del modelo de Marx combinándolas con su experiencia (teórica y práctica) de analista de la vida política italiana.

El análisis del papel específico del estado, los intelectuales, y la ideología en el proceso de cambio de un modo de producción o bloque histórico (en la terminología gramsciana) encuentra en la obra del teórico marxista italiano un desarrollo decisivo del modelo de Marx en los escritos de París, y del modelo leniniano del estado. Sus categorías del bloque histórico; el análisis de la hegemonía y las luchas de clases no como resultados abstractos sino como fenómenos directamente ligados a la dialéctica entre fracciones históricas de clase; la redefinición de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política; las categorías del intelectual orgánico y el intelectual tradicional; y el modelo

del materialismo dialéctico concebido como filosofía de la praxis constituyen una aportación original de consecuencias teóricas, epistemológicas, y metodológicas decisivas para una reformulación del marxismo clásico, para una crítica del mismo, y sobre todo para un replanteamiento complejo de la categoría de la superestructura. La bibliografía sobre Gramsci supera las 250 publicaciones (entre libros, artículos, e introducciones) la mayor parte de ellas en italiano. Recogeremos aquí las más generales y comprensivas y las relacionadas más directamente con el análisis de los intelectuales y la ideología: un breve análisis introductorio temprano se encuentra en R. Garaudy "Introduction à l'oeuvre d'A. Gramsci" (1957). En 1958 se celebra en Roma el primer Convegno sobre el significado global de la obra de Gramsci que produce el volumen Studi Gramsciani (1959) integrado por los trabajos de veinte autores en su mayoría intelectuales italianos. Uno de los primeros trabajos específicos sobre el concepto de hegemonía en lengua inglesa con una interpretación muy particular se encuentra en Williams, "The Concept of Hegemony in the Thought of Antonio Gramsci: Some Notes on Interpretation" (1960). Será a partir de estas fechas con el inicio del Convegno de Roma cuando empezará a brotar una gran cantidad de literatura general y especializada sobre el intelectual italiano. En esta línea encontramos a Cerroni, "Per una teoria del partido político" (1963), Colletti, "A. Gramsci e la rivoluzione in Italia" (1966), y Nicos Poulatz, "Préliminaires à l'étude de l'hégémonie dans l'Etat" (1965), artículo este último que constituye la semilla teórico-metodológica de sus obras posteriores sobre clase y es-

5

tado. Uno de los primeros libros decisivos globales sobre la obra de Gramsci es el trabajo de Buzzi, La théorie politique d'Antonio Gramsci (1967). En ese mismo año Calamandrei relacionará a Lenín, Gramsci, y Togliatti en su trabajo "L'initiativa politica del partito rivoluzionario da Lenin a Gramsci e Togliatti" (1967); además se editarán los escritos de Palmiro Togliatti, el colaborador más cercano de Gramsci y líder del P.C. italiano, en el volumen titulado Gramsci (1967). Hay que destacar un interesante artículo del filósofo marxista español Manuel Sacristán titulado "La interpretación de Marx por Gramsci" (1967). Por último se celebra el segundo Convegno (esta vez internacional) en Cagliari y que girará en torno al papel de la obra del teórico italiano en la cultura contemporánea; las actas se reunieron en dos volúmenes con el título general de Gramsci e la cultura contemporanea (1967). Ya en 1968 y a partir de las conclusiones de este segundo Convegno, Bobbio publica su trabajo "Sulla nozione di società civile" (1968); Pozzoloni un libro introductorio muy claro titulado, Che cosa ha veramente detto Gramsci (1968); y Texier una primera evaluación de la obra de Gramsci para la comprensión del problema de la superestructura, titulada "Gramsci, théoricien des superstructures" (1968). Van surgiendo diversos trabajos que tocan aspectos parciales en profundidad del pensamiento gramsciano al hilo de la situación sociopolítica e intelectual europea. Así, pueden encontrarse: Debray, "Note su Gramsci" (1969); Luporini, "Gli intellettuali di sinistra e l'ideologia della ricostruzione nel dopo-guerra" (1969); Ricci, "A propos de Gramsci" (1969); Rossanda, "Clase e Par-

tito. Da Marx a Marx" (1969); Althusser, "Ideologie et appareils idéologiques d'Etat" (1970), un brillante y polémico trabajo del filósofo marxista francés en el que plantea un concepto útil para la investigación: el de "aparatos ideológicos", revisando a partir de Gramsci, el problema de la sobredeterminación de la ideología y las nociones mismas de sociedad civil y sociedad política; uno de los primeros artículos planteando la categoría de bloque histórico lo realiza Napolitano en "Il nuovo blocco storico nell'elaborazione di Gramsci e del PCI" (1970). En 1970 surgen dos obras generales de gran relevancia: Paggi, Antonio Gramsci e il moderno Principe (1970), un estudio en profundidad de las funciones del partido en Gramsci; y Piotte, La pensée politique de Gramsci, análisis global de las principales categorías gramscianas siguiendo la tradición del libro de Buzzi, aunque con enfoque diferente. Los siguientes años son de una gran fertilidad y avance real en la comprensión del modelo de nuestro autor. Pueden citarse: Broccoli, A. Gramsci e l'educazione come egemonia (1972); Gruppi, Il concetto di egemonia in Gramsci (1972), primer estudio en profundidad de esta noción clave (la hegemonía) en el pensamiento gramsciano; Marramao, "Per una critica dell'ideologia di Gramsci" (1972); Portelli, Gramsci et le bloc historique (1972), primer análisis en profundidad de la noción de bloque histórico como categoría analítica articuladora de todos los conceptos gramscianos; Salvadori, "Politica, potere e cultura" (1972); Grisoni y Maggiori, Pour lire Gramsci (1973), una interpretación interesante de Gramsci al hilo de su obra total; Macciocchi, Pour Gramsci (1974), probablemente uno

de los análisis recientes más completos y ágiles por una excelente conocedora del significado de la obra gramsciana; y Portelli, Gramsci et la question religieuse (1974). En los últimos años están surgiendo también algunos trabajos en lengua inglesa cuya mención es necesaria: Salamini, "Gramsci and Marxist Sociology of knowledge: An Analysis of Hegemony-Ideology-Knowledge" (1974) y "The Specificity of Marxist Sociology in Gramsci's Theory" (1975); Sallach, "Class Domination and Ideological Hegemony" (1974); y Femia, "Hegemony and Consciousness in the Thought of Antonio Gramsci" (1975). Finalmente la revista francesa dirigida por Jean Paul Sartre Les Temps Modernes ha publicado en febrero de 1975 un número dedicado a Gramsci preparado por D. Grisoni con trabajos de Maggiori, Hoare, Bonomi, Portelli, Badaloni, Caprioglio, y un texto inédito del propio Gramsci. Las obras completas de Gramsci han sido editadas por Einaudi (Torino), y Editori Riuniti (Roma), editorial ligada al Instituto Gramsci. Sus obras principales sobre el intelectual y la ideología se encuentran recogidas en nuestra Bibliografía.

15. Seguimos aquí los análisis de Marsal en "¿Qué es un intelectual en América Latina?" (1971a) y "Pensadores, ideólogos y expertos" (1971b). Además debemos señalar que algunas de las ideas sobre estos puntos han sido sugeridas por Juan F. Marsal a través de diversas conversaciones personales.

16. La sociología crítica norteamericana de alguna forma representada por Mills en la última etapa de su vida fué uno de los grandes detectadores de esta ideología. Mills particularmente criticó con dureza en "The New Left" (1962a) la dimensión tecnocrática de esta tesis. Respecto del reciente libro de Bell The Coming of Post-Industrial Society pueden encontrarse algunas críticas interesantes en una revisión del mismo llevada a cabo por R. Bendix, S. Berger, y A. Etzioni en "Review Symposium: The Coming of Post-Industrial Society by Daniel Bell", Contemporary Sociology, Vol. 3: 99-109. Incluye una respuesta de D. Bell.

17. Los tipos históricos serían por ejemplo el humanista renacentista, el filósofo ilustrado, y el intelectual socialista.

18. Vease un artículo reciente de Lipset y Dobson sobre este tema con referencia a las sociedades americana y soviética (Lipset y Dobson, 1972: 137). Uno de los intelectuales españoles actuales, José Luis Aranguren ha desarrollado esta idea del criticismo radical como función del intelectual y su papel moral básico frente a las tesis del compromiso partisano. Acentúa Aranguren la necesidad de que el intelectual esté libre de la presión de los intereses de partido y de poderes establecidos, señalando que el intelectual debe ser más fiel a su tiempo (al cambio) que a sí mismo. (1969: 175).

19. Citamos aquí los principales trabajos sociológicos (clásicos y actuales), y para-sociológicos sobre cada línea científica mencionada. Reseñamos sólo el autor y la fecha, pudiendo el lector encontrar la referencia completa en la bibliografía alfabética: Adler (1910); Alvarez (1965); Arima (1969); Aron (1968, 1960); Ascoli (1936); Baran (1961); Barnes (1942); Bell (1966); Bello (1938); Belof (1970); Ben-David (1971); B. Berger (1957); Blakenship (1973); Bodin (1968); Bon y Bournier (1971); Bonilla (1967); Boulding (1965); Bourne (1964); Bourrivaud (1972); Bullock (1875); Careaga (1972); Casanova (1970); Chanduzhi (1967); Chomsky (1964); Clark and Clark (1969); Cory (1919); Coser (1966); Cotgrove (1970); Dahrendorf (1970); Danielov (1969); Dodds (1957); Durkheim (1904); Eisenstadt (1972); Ergo (1964); Feiwel (1968); Filchev (1964); Fleming (1969); Fever (1971, 1969); Geiger (1949a, 1949b, 1950); Gott (1957); Golan (1971); Gordon (1964); Gramsci (1971a, b, c, d, e); Hagstrom (1965); Hamburger (1965); Happenstall (1963); Hayek (1949); Heeren (1971); Hill (1971); Hofstadter (1966); Horowitz (1967); Hover y Kadushin (1972); Humbert (1953); Huszar (1968); Jay (1973); Jefferson (1969); Jencks y Riesman (1968); Joli (1960); Kadushin (1971, 1973); Kirk (1955); Kolakowski (1972); Krieger (1952); Kusin (1971); Labedz (1962); Laqueur (1972); Larrabee (1952); Lazarsfeld y Thielens (1958); Linz (1972); Lipset (1959, 1960); Lipset y Dobson (1972); Lynd (1968); Malcon McDonald (1966); William MacDonald (1923); Malia (1961, 1972); Mannheim (1940, 1956, 1971); Marsal (1971a, 1971b, 1970); Mc Graw Hill (1966); de Melo (1964); Merton (1972); Michaels (1932); Mills (1948, 1953, 1959a, 1962a); Miser

(1973); Molnar (1961, 1958); Moravcsik (1973); Naville (1956); Nettl (1970); Nisbet (1970); Pachter (1972); Parsons (1970); Passin (1965); Partisan Rev. (1953); Pipes (1961); Poincaré (1910); Polanyi (1962); Raeff (1966); Raina (1968); Redfield (1959, 1962); Rief (1970); Roe (1953); Rogin (1967); Sartori (1953, 1960); Schmid (1957); Seton (1956); Shills (1972, 1960); Schumpeter (1962); Silone (1947); Stigler (1963); Stover (1966); Szczepauski (1957); Tager (1968); Weber (1958b, 1958c, 1964, 1967, 1968); Weyl (1966); Wilensky (1956); Willheim (1964); Wilson (1954); Winetrov (1964); Znaniecki (1940).

20. Veanse entre otros: Adorno (1947, 1945); Baumer (1961); Bell (1960, 1965); Bendix (1970); Bendix and Roth (1971); Benjamin (1969, 1970); Peter Berger (1969); Levi-Strauss (1960); Chisholm (1948); Connolly (1967); Corbett (1965); Degré (1943); Escarpit (1960); Geiger (1969); Gilbert (1971); Goldman (1959); Gouldner (1964); Gramsci (1971c, 1971d); Halle (1972); Harris (1968); Horkheimer (1941, 1947, 1933, 1930, 1939); Lenk (1961); Horowitz (1964); Lerner (1939); Lowenthal (1957, 1961); Luckács (1971); McRae (1961); Madge (1964); Mannheim (1936, 1952, 1955); Marcuse (1964, 1969a); Marx (1932, 1963, 1967, 1969, 1970, 1971); Miller (1971); Mills (1962b); Palacios (1952); Picavet (1891); Ruyer (1971); Schwartz (1971); Shucking (1966); Shills (1974); Trias (1970); Thorne (1965); Waxman (1969); Weiss (1970); Laurent (1972); Wolff, Moore y Marcuse (1969); Zeitling (1960); Zeltner.

21. Pueden consultarse los siguientes autores: Barber (1962); Berger y Luckmann (1967); Coser (1968); Boalt (1969); Bouil-

ding (1962); Curtis (1970); Bottomore (1956); Duglas (1970); Elías (1971a y 1971b); Glaeser (1972); Gurvitch (1966); Holzner (1968); Horowitz (1961); Hughes (1958); Lieber (1952); Maquet (1969); Merton (1962); Mills (1959b); Neisser (1965); Northrop (1964); Parsons (1949); Piepe (1971); Remmling (1971, 1967); Rempel (1965); Schaaf (1956); Stark (1960; 1958); Warner (1970); Weber (1949, 1958a); Willer (1971); Wolff (1971, 1968a, 1968b).

22. Marx al analizar las relaciones entre los pequeños comerciantes (pequeña burguesía) y sus representantes políticos e intelectuales aclara esta idea en los siguientes términos:

"Uno no debe caer en la mezquina noción de que la pequeña burguesía, por principio, desea reforzar sus intereses egoistas de clase. Antes bien, ella cree que las condiciones especiales para su emancipación son las condiciones generales sólo bajo las cuales la sociedad moderna puede ser salvada y la lucha de clases evitada. Sólo en pequeña medida debe uno imaginar que los representantes democráticos son todos comerciantes o campeones entusiastas de los comerciantes. Por su educación como por su posición estos pueden estar tan separados de aquellos como el cielo de la tierra. Lo que les hace ser representantes de la pequeña burguesía tampoco transciende con sus vidas; consecuentemente ellos se conducen teóricamente hacia las mismas tareas y soluciones a que los intereses materiales y la posición de clase conducen prácticamente a los primeros. Esta es en general la relación entre los representantes políticos e intelectuales de una clase con respecto de la clase que representan (Marx, 1963: 30).

23. Citamos aquí el título del famoso trabajo de Lenín porque expresa claramente el sentido genuino de los esfuerzos de Marx como intelectual y organizador.
24. Por ejemplo la crítica de Marx sobre Hegel y Feuerbach, por un lado, los socialistas utópicos por otro, y los economistas políticos ingleses en tercer lugar. Marx señaló de una forma expresiva y profunda el substrato idealista de las ideas (desde la óptica ideas-praxis) de los socialistas utópicos escribiendo páginas corrosivas como su Miseria de la Filosofía contra la Filosofía de la Miseria de Proudhon.
25. Veanse especialmente: Parsons (1949); y Warner (1970).
26. Pueden consultarse: Hughes (1958); Bendix (1962); y los dos Prefacios de Parsons la edición inglesa de la Etica protestante de Weber (1958).
27. Sobre este punto vease Aron (1970); Bendix (1965a); Coser (1966); Loewenstein (1966); y Momsen (1965).
28. Vease: Bendix y Roth (1971); Mitzman (1969); y Roth (1969).
29. Vease los siguientes autores: Bendix (1970); Gouldner (1964 y 1970); Momsen (1965); Nisbet (1966); y Parsons (1965).
30. Ciertamente el punto de vista de Weber sobre el intelectual es tipológico-empírico basado en evidencia histórica,

y sobre la base de su metodología del tipo ideal. Este tipo ideal se define sobre una consideración del papel estructural del intelectual como creador de weltanschauungen de los grupos sociales en distintas sociedades y culturas.

31. El análisis de Weber integra sociología e historia de una forma original: con los ejemplos de las sociedades no-capitalistas (1968) como India (1958c), China (1964), y el Judaísmo antiguo (1967), por un lado; y el papel de las ideas religiosas protestantes en la definición histórica del capitalismo inglés, por otro, Weber construye una metodología sociológica que aplicará a su vez al análisis de las relaciones empíricas y leyes sociales que se establecen en los intelectuales de esas sociedades. Un interesante análisis de la metodología del tipo ideal se encuentra en Schutz, Collected Papers II. Studies in Social Theory (1964): pp. 41-47. Sobre el papel de las ideas religiosas en la acción consúltense Warner (1970).

32. Aunque Weber analiza a los intelectuales como colecciones de papeles ligados a diferentes culturas y sociedades, su interés puede decirse que se centra particularmente sobre los intelectuales religiosos como definidores ideacionales del carisma y como legitimadores de instituciones históricas. Vease Weber (1950), (1958a), y (1968).

33. Para Weber, los intelectuales son la pieza clave en el proceso de institucionalización de la legitimidad carismática tradicional, y racional. Weber (1950), y (1958a).

34. Pensamos que la tesis de Weber sobre la influencia del protestantismo en el surgimiento del capitalismo puede entenderse más de acuerdo con el propósito de su autor si entendemos el papel articulador entre ambos procesos producido por las intelligentsias ligadas a los mecanismos de poder. Veanse Weber (1950), (1958a), y (1958b).
35. Los tipos de papeles históricos del intelectual como queda señalado en el Gráfico I.1 son, entre otros, el profeta y el clérigo cristiano (intelectuales religiosos) y el experto, jurista, y profesor (intelectuales secularizados modernos). Veanse: Weber (1958b), (1958c), y (1969).
36. Marx y Engels, La ideología alemana (1846).
37. Gramsci, Il materialismo storico (1971c).
38. Kennet E. Boulding les llama explícitamente image makers (hacedores de imágenes); Vease The Image (1965). Más adelante se especifican los presupuestos del concepto de ideología que aquí adoptamos.
39. Vease Barton, Denitch, y Kadushin, Opinion-Making Elites in Yugoslavia (1973). Consultese también: Kadushin, "Power, Influence, and Social Circles: A New Methodology for Studying Opinion-Makers" (1968), así como su reciente obra, The American Intellectual Elite (1974).
40. Entendemos por anti-utopía en este contexto aquellas

construcciones intelectuales que (utilizando una variedad de formas estéticas y metodológicas) presentan un rechazo total o parcial de una forma dada de organización social emergente, no totalmente manifiesta o acabada. Se trata de deslegitimar un futuro imaginario que en la opinión de un intelectual o línea ideológica debe ser evitado. La función clave de las anti-utopías puede ser el alertar a la sociedad contra ciertos procesos (de poder o sociales), anticipándolos de una manera expresiva a través de los medios de comunicación, arte etc. e incluso produciendo una situación de malestar e inquietud colectiva. Un buen ejemplo de esta forma de transmisión ideológica son las obras de Orwell, 1984 y Animal Farm. Para un análisis del papel de las utopías y anti-utopías vease Lopez-Morillas, "Sueños de la razón y la sinrazón: utopía y antiutopía" (1974).

41. Aparato cultural (cultural apparatus) es la expresión de Mills para identificar una dimensión específica de la estructura social, integrada por los intelectuales como grupo especializado en la elaboración y distribución de cultura. Su nota distintiva es que define un poder e influencia específicos a esos expertos en la manipulación del producto intelectual. Vease: Mills, Power, Politics, and People (1967).

42. Malinowski define la "constitución" (Charter) de una organización social como el "sistema de valores adecuado por el que los seres humanos se organizan". Bronislaw Malinowski, A Scientific Theory of Culture and Other Essays (1944).

7
43. Vease Gramsci (1971a), (1971b) (1971c) y (1973a).

44. Algunos de los conceptos de esta tipología están inspirados en el modelo de Merton de los tipos de adaptación individual explicitado en Social Theory and Social Structure (1962: 140-160), concretamente los conceptos que identifican la actitud de los tipos. Sin embargo nuestra tipología no está interesada en demostrar fenómenos de adaptación (sino de articulación) ni conductas individuales (sino categorías colectivas). Además claramente la tipología de Merton es la consecuencia conceptual de su modelo teórico funcionalista. En nuestro caso la tipología no tendría sentido si no fuera ligada a la naturaleza ideológica de la legitimación en el marco de una teoría dialéctica de la sociedad.

CAPITULO 2
PARA UN ANALISIS SOCIOLOGICO
DE LAS CATEGORIAS DE INTELECTUALES

En sociología de los intelectuales está todavía por desarrollar el diseño de un marco metodológico que integre el análisis concreto y la riqueza conceptual de la tradición teórica. Un marco de este tipo debería ir desde el estadio abstracto de la sociología del conocimiento hasta el más concreto de los procedimientos metodológicos adecuados para el análisis empírico. La tradición marxiana que llega hasta Gramsci, algunos hallazgos de Mannheim, y diversas líneas neomarxistas, muestran cómo el análisis de la ideología es la piedra angular de una metodología para el análisis de la vida intelectual. La ideología y su agente explicitador: el intelectual, deben ser estudiados en las condiciones históricas en que están inmersos y en su articulación dialéctica con las fuerzas sociales que legitiman. En estas páginas presentamos un esbozo lógico de estos problemas, precedido de unas hipótesis básicas sobre el caso de los intelectuales políticos en

España. No se trata de ofrecer una metodología para el análisis de la vida intelectual entera. Nuestro propósito es más concreto: estructurar en un modelo ad hoc las ideas básicas de la investigación sociológica en este campo, combinándolas con nuestra experiencia.

La sociología del conocimiento como marco metodológico

La tradición teórica de la sociología muestra, desde las obras de Marx, Weber, y Mannheim, la preocupación por la relación dialéctica entre la realidad como producto objetivo humano y las bases teórico-metodológicas para su estudio. Berger y Luckmann (1967) consideran como el primer dato de esta relación el hecho de que la realidad se construye socialmente. Ahora bien esa realidad, elaboración de la vida en sociedad, se transforma en procesos objetivados y complejos cuyo estudio escapa al investigador. El esfuerzo de todo pensamiento racional por alcanzar el conocimiento científico de la realidad se convierte en lucha franca frente a las trampas ideológicas que esa realidad le tiende. Por ello, el problema de cómo analizar la estructura y el cambio social, nos empuja, aún sin quererlo, a ser conscientes de nuestros presupuestos teóricos y, en consecuencia, a cómo implementarlos metodológicamente.

La genuina ciencia, si existe, es antes que nada un proceso crítico de autentificación de ideas, y de clarificación de ideologías, lenguaje y métodos de análisis. Las bases teórico-metodológicas de la investigación trascienden los procedimientos técnicos que las posibilitan cuando se sitúan en una posición crítica; y a su vez, la metodología de la investigación, dado su carácter de actividad social por excelencia, es también una parte de la sociología del conocimiento.

Buena parte de la historia de la filosofía, la teoría sociológica, y concretamente del desarrollo de la teoría del conocimiento exhiben el esfuerzo por plantear soluciones intelectuales al problema del conocer de la evaluación causal del conocimiento, y de lo conocido. La gran ruptura en este proceso de autoconciencia no se produce con un proyecto científico hasta el despegue definitivo de las ciencias sociales y más concretamente en la obra de Marx y Weber. Karl Mannheim resume en su sociología del conocimiento parte de estas corrientes en un intento problemático de ofrecer una alternativa analítica. Weber trata de resolver los problemas teóricos existentes entre las diadas: conocimiento y realidad, pensamiento y acción, etc., separando los dos términos a priori y construyendo un cuerpo conceptual y metodológico aparentemente immune a la influencia ideológica. Marx y Mannheim asumen la dimensión ideológica de todo pensamiento (científico o no) por estar sumido en su propio contexto histórico (Mannheim) y por estar condicionado por la producción ma-

térival y cultural de una vida social definida por intereses de clase.¹

En una perspectiva de sociología del conocimiento, los presupuestos teóricos, epistemológicos, y metodológicos del análisis de cualquier realidad humana son vistos auto-críticamente, no como algo científicamente inabordable sino como un objeto de estudio, y si el métier de investigador es un producto social también lo es su rol, en la medida en que aplica conocimientos dentro de una tradición científica inmersa en la sociedad en que vive, y en la medida en que su rol está imbricado en otros roles (Sjoberg y Nett, 1968: 7). Los recientes análisis sobre la pluralidad de paradigmas teóricos competentes en las ciencias sociales (Kuhn, 1970), como sus dimensiones ideológicas (Bendix, 1970), y el análisis de los problemas éticos subyacentes a la investigación, a partir de consecuencias políticas (como en el caso del proyecto Camelot; Horowitz, 1967), son pruebas palpables de que el análisis de las bases sociales y científicas de la vida intelectual está todavía por hacer.

En un estudio del rol de las élites intelectuales el esquema anteriormente expuesto parece el más adecuado. Entendemos que es principalmente dentro del marco de la sociología del conocimiento donde pueden establecerse las relaciones causales entre el conocimiento y el medio histórico en que se produce; donde pueden entenderse las razones profundas de esos expertos en la explicitación y la

gitimación del conocimiento que son los intelectuales. Este trabajo está, pues, inserto en el marco teórico-metodológico de la sociología del conocimiento. Por un lado, el análisis marxiano sobre el papel de los intelectuales y su sistema teórico e ideológico determinado por los procesos cognitivos que se producen en la dinámica de los intereses de las clases, ofrece un modelo estructural explicativo del papel entero de la vida intelectual.²

Por otro lado la metodología de Mannheim sobre el análisis de la ideología en el área de un "estilo de pensamiento" proporciona un modelo explicativo de sus contenidos y dinámica interna. Mannheim sitúa el análisis del pensamiento y la ideología en el proceso histórico de la producción social del conocimiento. Su modelo metodológico asume la influencia básica de las clases históricas (aristocracias, burguesía, y proletariado) en la emergencia de nuevas formas de conocimiento y procesos crecientes de autoconciencia. Entre estos para Mannheim está la sociología.³ No obstante el sociólogo húngaro trata de avanzar a Marx, como vimos, con su metodología del freischwebende intelligenz, del intelectual no directamente ligado, en cuanto a su producción, a una clase específica, en virtud del distanciamiento que le proporciona su posición y de su situación peculiar en la división social del trabajo. Metodológicamente esta idea puede ser útil para explicar un aspecto del rol de los intelectuales, a saber: su flexibilidad para el cambio de posiciones ideológicas y para articularse en intereses de clase distintos a aquellos en que se produce la biografía personal. Obviamente desde

un punto de vista teórico -y a veces práctico- esta tesis plantea muchos problemas. A nuestro juicio, la posición de los intelectuales debe entenderse directamente ligada a la dinámica de unas fuerzas sociales concretas (clase, instancias de socialización, grupos políticos hegemónicos etc.), y por lo tanto la articulación y producción de ideologías (*weltanschauungen*, creencias, etc.,) es una herramienta específica que el intelectual maneja con habilidad y que a veces se vuelve en contra de los intereses de la clase y grupo hegemónicos a los que aparece directamente ligado. En otras palabras, los procesos cognitivos, ideológicos, y sociales no aparecen ligados mecánicamente, sino dialécticamente. Vista así como una herramienta metodológica la sociología del conocimiento tiene el valor de prevenir contra cualquier posición irracionalista-reducionista por un lado, e idealista-mistificadora por otro. Un análisis sociológico actual de los intelectuales no puede dejar de lado esta perspectiva.

Sobre la metodología cualitativa

La diferenciación entre análisis cuantitativo y cualitativo es más una distinción de procedimiento que una distinción sustancial. A un nivel teórico-metodológico Geod y Hatt advierten la necesidad de rechazar como un

falso problema el de la distinción entre estudios cuantitativos y cualitativos o entre metodologías estadísticas y no estadísticas desde el momento en que "la aplicación de las matemáticas a la sociología no asegura el rigor de la prueba, como tampoco el uso de conocimiento en profundidad garantiza la significatividad de la investigación." (1952: 313). En las ciencias sociales el análisis cuantitativo y el cualitativo se utilizan combinados, aunque a veces el investigador se vea en la necesidad de adecuar procedimientos específicos que se inclinan a uno u otro lado para manipular, analizar, y llegar a entender sus datos. Casi siempre aquellos materiales, numéricos o no, de los que intentamos extraer dimensiones cuantitativamente mensurables se nos aparecen con propiedades cualitativas, son una calidad. Por otra parte, la más cualitativa de las investigaciones sociales siempre intenta en un primer estadio medir, para pasar posteriormente a un plano analítico. En resumen, la distinción entre lo cuantitativo y lo cualitativo puede ser útil según los datos que manejemos y el énfasis que pongamos en el nivel del análisis,⁴ pero ambas características son complementarias y, en el análisis de determinados fenómenos de la vida social son difficilmente separables.

Un análisis cualitativo aplicado al estudio de los intelectuales tiene una clara significación: clasificar y analizar una masa de datos no-numéricos que nos vienen dados por la realidad que analizamos. La riqueza y complejidad de cualquier realidad social rompe las barreras

convencionales de los procedimientos de análisis (e incluso las de las propias ciencias sociales entre sí), obligando a utilizar tan diferentes procedimientos como riqueza queremos extraer. Efectivamente, cuando nos movemos al nivel de la estructura social de un grupo de intelectuales (crígenes de clase, proceso socializador, estudios y profesión, redes de relaciones, e incluso producción intelectual y sus tipos) el análisis estadístico, sociométrico, y gráfico es tan útil o más que el manejo de técnicas cualitativas. Cuando pasamos a un nivel de análisis de ideologías, o posiciones intelectuales ante problemas específicos, tratando, por ejemplo, de construir tipologías de roles o estilos de pensamiento, análisis cualitativos de casos representativos, formas ideológicas, etc., llega a ser imprescindible.⁵

En resumen, pensamos que una combinación de ambos tipos de técnicas, en el marco de uno o varios modelos, trabajados es la forma adecuada de proceder en el estudio de élites intelectuales. En las páginas que siguen intentaremos describir el modelo que comienza con los problemas de muestreo y de utilización del análisis de casos para terminar complementándolo con el análisis de ideologías y contenidos.

El universo de los intelectuales

En el estudio de una élite intelectual se puede proceder con distintas técnicas: (a) la realización de una encuesta con una muestra específica; (b) el análisis secundario global de casos biográficos; (c) el análisis secundario a partir de fuentes documentales; (d) un análisis combinado de esas técnicas. Obviamente cualquier análisis sociológico debe incluir la combinación lógica de las tres primeras si se quiere obtener una imagen total de la estructura social, anclaje social y redes del grupo estudiado, en relación con sus roles y productividad intelectual.

A diferencia de lo que ocurre con otras élites (científicas, políticas, empresariales etc.) y, por supuesto, en estudios clásicos de opinión, el primer problema que se plantea a la hora de conseguir una muestra representativa de los intelectuales políticos en España, es el de la definición del universo o unidad de análisis y su localización espacial. En sociología de los intelectuales el problema se ha resuelto partiendo de la idea de que es este propio universo el que debe definirse a sí mismo.⁶ Las dos herramientas que el investigador aplica como control son sus criterios objetivos de definición, y la adopción de técnicas estadísticas suplementarias de muestreo. El problema técnico más importante es el del sesgo o error muestral, es decir el grado en que la muestra no representa el universo que queremos estudiar.⁷ Pero el sesgo de

una muestra depende en buena medida del universo que queremos describir (Simon, 1969: 110). Esta suerte de círculo vicioso se rompe asumiendo que una muestra sesgada, en el caso de los intelectuales, no significa necesariamente una muestra deficiente o anticientífica. Los sesgos nos señalan la complejidad de la realidad que estudiamos, pero no prejuzgan valorativamente la calidad de la muestra obtenida. Los sesgos pueden ser eliminados trabajando en dos planos: el de la obtención del universo a estudiar y el de la distribución probabilística y no probabilística de la muestra que elijamos como objeto de análisis. Finalmente, se puede complementar el análisis con métodos cualitativos.

Un método para construir la muestra en élites no típicas, como la de los intelectuales, es la adopción de modelos sociométricos. Este resuelve los problemas de cobertura del campo a la par que comienza ya detectando la estructura de redes de la muestra. Martin Trow usó este método (1957) para su análisis de una comunidad en Nueva Inglaterra (Estados Unidos). El objetivo que se persigue aquí es la consecución de la muestra en sí, y al mismo tiempo construir las cadenas de redes que forman la estructura de interrelaciones, o de información. A diferencia de las muestras ordinarias en que la población es de individuos (para propósitos estadísticos), aquí obtenemos dos o más poblaciones: individuos, casos, roles, y relaciones.⁸

Dada la habilidad de la élite que estudiamos la cons-

trucción de una muestra de intelectuales debe alejarse del modelo clásico de estudio de las élites y tener en cuenta los modelos de redes y círculos sociales (Kadushin, 1958). La más adecuada y usada es la muestra por "bola de nieve" o snowball. Como señala Goodman "muestreo por snowball es un nombre pintoresco para describir técnicas mediante las cuales se construye una lista o muestra de una población especial usando un conjunto inicial de sus componentes como informantes" (1961: 212). Se comienza empleando una técnica "reputacional" por la cual se construye una lista base reducida con la ayuda de informantes clave y otros documentos. De hecho esta lista presenta ya ciertos puntos claves de la élite a estudiar. Se asume que los mejores jueces e informantes sobre la influencia y poder y peso de otros miembros de la élite es la propia élite. Esta primera "ola" localiza siempre miembros conspicuos, y se comienza recogiendo información sobre sus amigos o personas en ese mismo rol. Se consiguen dos muestras básicas: personas y relaciones, mas una tercera adicional: influencias. El proceso de saturación del campo se alcanza cuando llegamos a un punto en que las informaciones entre las redes rebotan entre sí, es decir, se repiten, o bien cuando otros criterios objetivos importantes de la investigación lo aconsejan. Este método nos da una versión preliminar de la estructura sociométrica básica del universo que queremos estudiar. Posibles problemas de que los miembros de una concreta siempre eligen sus favoritos o a personas en situaciones similares de poder e influencia, son aquí una ventaja antes que nada (Kadushin,

1968: 694), porque el método se emplea siempre contrastándolo con la opinión de jueces externos a la élite y con ayuda de documentos públicos. Este tipo de "sesgos" de la muestra cumple aquí una función, la de darnos la medida de las interrelaciones entre los miembros de la élite. Por ejemplo, si pedimos a una persona que nos indique sus posibles colegas a incluir en la muestra, y nos menciona a sus amigos, podemos sacar la conclusión de un sesgo personal, pero sociológicamente éste dato es relevante, pues nos está proporcionando la estructura de sus relaciones personales. El problema está en tocar los nervios (técnica "puntos de anclaje") de la malla o red total (universo). Se descubren así varias cosas: la estructura formal de poder, la estructura informal (real) de la influencia y el poder, las percepciones sobre poder en influencia (formal e informal), las mallas de interacción y su carácter. Curiosamente la relevancia de la muestra puede venir dada por la relevancia estructural que tienen las informaciones subjetivas de los entrevistados.

La técnica de bola-de-nieve (snowball) en el contexto del análisis de "círculos sociales", llega a ser indispensable para el estudio de las élites intelectuales. Se consigue un mapa de las interconexiones de la élite, una base para analizar valores y actividades comunes, y además se detecta la institución en torno a la cual giran los miembros. En el caso de los intelectuales, las escuelas, clubs, cafés, centros, salones culturales, y grandes círculos culturales son diseñados de una forma u otra con

3 este método. El problema está en formalizar el campo a analizar utilizando las técnicas del modelo de redes y la teoría de grafos. Es aquí cuando se vuelve necesario ver los puntos de anclaje de las redes, la medida de las influencias, las densidades de las redes, las direcciones de las relaciones, los tipos de relaciones (amistad, política, profesional, intelectual etc.) y por último el carácter de fuerza o debilidad de los lazos. Ciertos problemas de cobertura del campo surgen según el grado de cohesividad o atomización de las redes. En el sector de los intelectuales dado la relativa debilidad de los lazos con respecto a otras élites establecidas estos problemas se presentan con acentuación. Bajo condiciones concretas, como las de un régimen autoritario, surgen además problemas de acceso a la información que complican en gran medida el análisis.

Con la técnica de bola-de-nieve se puede construir muestras sobre cualquier tipo de élite y detectar sus ámbitos (círculos sociales), sus interrelaciones (redes o networks), y sus solapamientos. Esto puede aplicarse al estudio del grado en que una clase social o una élite económica controla el poder político; o al estudio de las relaciones entre los intelectuales y el poder, la universidad, y los medios de comunicación de masas; al estudio de cualquier tipo de interrelación entre grupos y élites. La ventaja del snowball es que es un método autocorrectivo y controlable que puede empezar cuantas veces sea necesario a partir de la lista inicial. Una técnica auxiliar

a este método es la construcción de otras submuestras cuyo papel es juzgar la cobertura de la muestra a estudiar utilizando a expertos, jueces externos, documentos, etc.

También es importante la utilización de otras técnicas a combinar con la de snowball tales como: muestras proporcionales, muestras de saturación, muestras estratificadas e, incluso en el campo de los intelectuales, muestras por tendencias ideológicas.

La técnica del snowball combinada con el modelo de redes y círculos sociales fué aplicada por nosotros para la obtención de la muestra de intelectuales políticos en Madrid. El primer paso es concretar la anterior definición estructural del intelectual y adaptarla para identificar quienes consideramos intelectuales políticos.

Consideramos intelectuales políticos aquellos que cumplían los siguientes criterios: (a) Son ideólogos, ensayistas o escritores políticos que, independientemente de su ocupación principal, trabajan con símbolos relacionados con la conciencia política; tienen una obra (periódica o ensayística) escrita sobre las relaciones entre el poder y la sociedad; sobre su organización, problemas o formas alternativas de reorganización; y sobre todo el ancho espectro de las relaciones humanas respecto de los fenómenos políticos; (b) Viven y producen su obra en el ámbito sociocultural de Madrid; (c) Han producido o están produciendo su obra en el período que va de 1960 a 1973, aunque para el análisis global de su producción manejamos su producción anterior a 1960; (d) Parte de su obra está

5 escrita en forma de libro, colección o conjunto de artículos en periódicos o revistas; (e) Y finalmente, aquellos a los que puede aplicarseles los criterios explicitados en la definición estructural del intelectual (ver cap. 2).

Claramente la adopción inmediata de una muestra probabilística al total de la posible población recogida se presentaba como inadecuada. Por ello procedimos detectando, mediante un conjunto inicial de jueces (-especialistas en el tema e intelectuales localizados por su popularidad en revistas y círculos culturales influyentes-), el núcleo inicial de intelectuales políticos. Este núcleo se presentaba, en gran medida, como el "núcleo influyente"; mostraba ciertos puntos de anclaje clave de la élite intelectual por lo que era posible proceder a la aplicación del procedimiento de snowball.

Para la confección de la lista base de la muestra hubo dos grupos de jueces: tres expertos en sociología de los intelectuales y las élites en el marco de la estructura social española;⁹ y una muestra inicial de quince intelectuales políticos detectada entre las fuentes documentales generales existentes en España.¹⁰ A partir de las entrevistas a esos quince intelectuales y a través de las fuentes censales citadas (vease la Bibliografía) generamos el resto de la muestra, de la siguiente forma: (1) Solicitando de cada entrevistado información sobre las siguientes cuestiones: (a) sus tres amigos más íntimos¹¹. (b) los tres intelectuales políticos que consideraban más influyan-

tes (c) las tres personas que podrían incluirse en la muestra independiente de su relación; y (d) las tres personas con declaraciones o escritos claves sobre la vida política y social nacional en los últimos diez años. (2) Extrayendo de las fuentes aquellos intelectuales que escriben ordinariamente en la actualidad (entre 1960 y 1970); sobre temas políticos; tratando de conseguir cohortes de edades; y tratando de cubrir mínimamente las orientaciones ideológicas objetivas existentes en el país.

Un proceso continuo de feedback entre la muestra y la opinión de los jueces, y un sistema continuo de papel nos llevó a una cobertura del campo razonable. Consideramos que habíamos alcanzado la muestra cuando se produjeron repeticiones y rebotes sustanciales entre las personas autoseleccionadas; y cuando el número de casos por orientaciones ideológicas y edad fué suficiente para obtener una visión del posible universo ideológico real. Los criterios básicos de selección de los intelectuales influyentes fueron: de un lado, la opinión de los jueces expertos; de otro, el número de veces en que un intelectual aparecía citado en el conjunto de la muestra, así como la percepción de la influencia y carácter de su obra; en tercer lugar, el eco, influencia, y peso que tienen sus escritos en el ámbito de los medios de comunicación. El resultado fué la obtención de una muestra de 52 personas con una cuota según tres grupos de edad: de menos de 35 años, de 36 a 55, y de 56 y más años. Aparte se cubría la gama de orientaciones políticas e ideológicas que va

7 desde aquellos intelectuales situados en las esferas del poder y en cada uno de los grupos políticos que constituyen la base del régimen, hasta los grupos de la oposición.¹² Desde el punto de vista de la teoría de círculos sociales, nuestro análisis cubrió el círculo de los medios de comunicación de masas, de la Universidad, además de los antes citados del poder y la oposición.

Sin pretensiones de cubrir exhaustivamente el universo y guiados por los criterios de relevancia del método de casos, la muestra obtenida combina los requisitos de "representatividad", "peso" e "influencia" necesarios para proceder a un análisis sociológico y para inferir ciertas características del total de un posible universo. Dicho de otra forma la muestra de este estudio es la "punta del iceberg" de los intelectuales políticos españoles.

Sobre la base del modelo de Kadushin (1971) aplicado a los intelectuales norteamericanos se podrían explicitar otros criterios básicos para un modelo futuro a aplicar en las investigaciones sobre los intelectuales españoles. Este modelo requeriría los siguientes criterios o pasos a efectuar: Los intelectuales influyentes escriben en revistas influyentes o sus libros son recensionados en ellas. El procedimiento previo es definir e identificar qué periódicos y revistas cumplen esas características. De entre las revistas semanales, mensuales o de otro tipo de periodización se seleccionan las que tienen secciones políticas fijas a cargo de uno o varios columnistas y colab-

boradores. En los periódicos se seleccionan columnistas y colaboradores. Se hace un análisis de contenido de las revistas seleccionadas y se detecta en cada una, al menos, tres intelectuales que escriban habitualmente en ellas (por ejemplo aquellos que poseen secciones fijas en la revista o periódico), más aquellas colaboraciones relevantes y asiduas. Se refuerza la selección de la muestra mediante un examen detallado de la producción editorial, censos biográficos, y el conjunto total de escritores políticos existentes en el país. Se pueden utilizar otros criterios de criba (o peinado) de la muestra, investigando otros círculos además de los medios de comunicación de masas, como son: la Universidad, las revistas en la oposición clandestina, y los centros de poder político establecido. A continuación se procede a entrevistar a un grupo inicial tratando de obtener las redes de relaciones mediante el procedimiento de snowball. La muestra puede ser clasificada estratificando por escritores de artículos, escritores de libros, escritores de ambos, grupos de edad, tendencias ideológicas, situación respecto del poder político, prestigio, influencia y audiencia. Este proceso se para cuando las repeticiones y rebotes afectan a más del 80% de los entrevistados. Si el estudio es de la élite intelectual global (escritores, científicos, profesores, periodistas, etc.) algunos de los criterios anteriores son válidos pero se puede partir de los censos existentes y extraer una muestra probabilística desde el principio a cubrir con los criterios señalados.

Entrevistando a intelectuales políticos

Entrevistar a intelectuales es comunicarse con expertos en el manejo de un tipo sofisticado de herramientas y símbolos del conocimiento. El investigador necesita aquí de toda su habilidad para obtener la información que desea. La riqueza del campo en que nos movemos multiplica la complejidad de la entrevista y consecuentemente la del análisis a realizar. Si realizamos una entrevista controlada, aplicando un cuestionario de preguntas cerradas o precodificadas, obtenemos un material rico pero reducido a un plano de la estructura del grupo: sus contenidos biográficos y estructurales básicos (clase, educación, creencias, orientación intelectual e ideológica, medidas básicas de su producción, etc.). Este sistema suele dejar fuera el complicado entrámando del contenido de la ideología del intelectual, su producción, así como la enorme cantidad de matices de su biografía personal, autoimágenes etc. Mediante la utilización combinada de la técnica de entrevista no-controlada, con un cuestionario abierto,¹³ y con una entrevista controlada se puede obtener una información más rica. Es necesario subrayar que entrevista no-controlada no significa ausencia de organización de la misma. Por el contrario implica una minuciosa estructuración de los temas sobre los que queremos obtener información con una característica especial: la flexibilidad en cuanto a la forma y momento de efectuar las preguntas.

Las técnicas de método de casos aconsejan que la entrevista cumpla los requisitos de lo que se suele denominar "entrevista en profundidad". Esta es una técnica incorporada del psicoanálisis a la sociología, y su valor reside en que a través de ella se pueden estudiar las motivaciones más íntimas de la conducta explícitas o implícitas mediante una combinación de sondeo y de observación-participante. Obvio es decir que el papel del entrevistador es aquí decisivo. Como señala Hyman (1955: 351) en la entrevista en profundidad interesa la "imagen en profundidad" y no éste o aquél detalle. Es más, el conjunto de datos aislados puede ser explicado, hilado, y estructurado con este esfuerzo de sondeo para obtener claves explicativas. Es algo demostrado que la calidad de la información que se obtiene en la entrevista en profundidad es de considerable utilidad para el análisis, aún contando con el posible sello subjetivo que imprima el investigador.

La entrevista en profundidad aplicada a cualquier muestra de personas en posesión de una información no usual (élites) puede llegar a ser, en mayor medida que en otros tipos de encuesta, un proceso de observación participante. Ello significa que el investigador debe intentar distanciarse lo suficiente para recoger una gran cantidad de información fiel, y que además debe "estimular" de diversas formas al entrevistado. Con las técnicas de observación-participación se obtienen "respuestas circulares" entre entrevistado y entrevistador. Simmel, Park, y Burgess, entre otros, recomiendan esta técnica, asumiendo que hay

estímulo cuando con cada respuesta y pregunta se producen nuevos estímulos para otras respuestas, y cuando con esta circularidad entre entrevistado e investigador la entrevista se desarrolla en calidad y poder explicativo. Es evidente que la probabilidad de sesgos ideológicos del investigador puede ser alta, por lo que es recomendable recoger la información de la forma más literalmente posible.

En el presente trabajo hemos aplicado las técnicas anteriormente descritas, en la forma de dos cuestionarios básicos. El primero recoge datos biográficos, el background del intelectual y algunos aspectos cualitativos importantes que metodológicamente convenía precodificar.

El segundo cuestionario¹⁴ contenía algunas preguntas estructuradas sobre la biografía intelectual, el trabajo y producción personal, la autodefinición ideológica, los compromisos políticos, las experiencias coactivas, y las interrelaciones de las redes, entre otros temas. Una parte sustancial de las preguntas de este segundo cuestionario versaban sobre la experiencia intelectual de cada caso biográfico, y sobre la especialización, método, y área de cada intelectual. Las entrevistas duraron una media de cuatro horas por entrevistado, por lo que a veces se fraccionaron en varias sesiones. Las entrevistas personales fueron realizadas cubriendo 40 casos de los 53 de la muestra, entre la primavera de 1971 y el invierno de 1972. La información biográfica y sobre la producción intelectual fué obtenida para el total de la muestra.

El método de casos para el análisis
de intelectuales

Con el modelo sociométrico utilizado en forma de bola-de-nieve se estructura la muestra y se diseñan las redes de relaciones y sus puntos más influyentes. Con el método de estudio de casos, se desentrañan las claves sociológicas del grupo, mediante la localización y el análisis de pautas generales a dos niveles (a) en cada caso personal específico; (b) en el conjunto de la élite estudiada. El procedimiento técnico básico es la construcción de tipologías empíricas y abstractas que representan una buena porción de las características sociológicas del universo estudiado. El objetivo es inferir explicaciones, características, pautas y tendencias.¹⁵

El método está prestado de los antropólogos. Durante los años dorados de la sociología americana (1900-1930) éste modelo de análisis tuvo un gran vigor tanto teórico como en la investigación aplicada. El famoso estudio de Thomas y Znaniecki sobre el campesino polaco emigrante es uno de los trabajos pioneros que utilizan empíricamente materiales de casos colectivos y personales.¹⁶ Este trabajo fué continuado por sociólogos como Park, Burgess y especialmente en la Escuela de Chicago (entre 1920 y 1930). Determinadas limitaciones de este método, el auge y refinamiento de los procedimientos estadísticos, y la necesidad imperiosa de la institucionalización de la disciplina en

el ámbito académico, produjeron el paso de este método a un segundo plano de atención entre los sociólogos. Sin embargo su utilización ha continuado apoyada por otras técnicas; en Sociología de la Medicina, Psicología Social, Psiquiatría Social, y estudios de comunidad, ha seguido utilizándose combinadamente con técnicas estadísticas de muestreo, y análisis causal.¹⁸ El método de casos, como señaló Lundberg (1926: 61) no es en sí mismo un método científico sino principalmente el primer paso de su utilización. Consecuentemente, los casos individuales o conjuntos de casos comienzan a tener relevancia científica cuando son clasificados en forma tal que nos permiten observar uniformidades, tipos, pautas generales de conducta, o bien relaciones atípicas respecto de la pauta estadística general. (Thomlinson, 1967: 85). También cuando nos dan una base para explicar causalmente esos fenómenos. En esta línea Good y Hatt señalan que es una forma racional de organizar datos no numéricos y posibilitar su análisis (1952).

En el método de casos es preciso distinguir entre el material de análisis y las unidades analíticas, aunque, a veces pueden coincidir. El material de análisis suele ser un producto físicamente palpable como el documento personal, un diario, carta, autobiografía, declaración personal, libro, etc. La unidad de análisis es una construcción científica analítica, por ejemplo: la ideología, el estilo, las ideas, imágenes, autopercepciones, o pautas de comportamiento. Normalmente hay que tener en cuenta cier-

tas características sobre el contenido de este método.

Cualquier objeto físico, biológico, social o cultural tiene rasgos de una construcción intelectual. Los límites de un objeto intelectual individualizado son difusos por lo que el análisis con el método de casos no puede proceder centrándose sólo en el caso que analiza. En ésto se diferencia el punto de vista sociológico sobre este método del modelo psicoanalítico de casos. Consecuentemente el caso debe ser situado en un conjunto, teniendo elementos de la totalidad. El estudio de casos presenta su objeto de análisis como un segmento dinámico de la realidad social entera. Este método es, pues, una forma de análisis sociológico con datos individualizados o particularizados.

Una biografía por ejemplo como la de los intelectuales políticos en Madrid es vista, al mismo tiempo, como un segmento de la vida intelectual y social, una sedimentación de roles sociales, y un punto y/o lazo de una red de relaciones de un grupo o círculo. Analíticamente se puede comparar con la idea de "tipo ideal" weberiano para definir tipos reales estructurales como el "intelectual legitimador", el "intelectual disidente", el "filósofo del partido" o del "régimen".

Quizás uno de los rasgos científicos más relevante de este método es su capacidad de posibilitar la inferencia. Como señala Simcn (1969: 276) la inferencia mediante el método de casos depende en gran medida de que el procedimiento en la selección del caso sea objetivo; del esfuerzo por distinguir qué es estructural y qué es anecdótico en

el caso; qué datos tienen más poder explicativo que otros; del grado de saturación de la información; y finalmente de la propia habilidad e imaginación del investigador.¹⁹ En nuestro estudio de los intelectuales políticos en Madrid pudimos ratificar todas estas características. Así, un dato en la biografía de ciertos intelectuales españoles como el haber ocupado puestos de poder nos hace asumir su capacidad como observadores e informantes privilegiados sobre ciertos acontecimientos clave del sistema político y de sus relaciones con el desarrollo de la vida intelectual. El caso por ejemplo, de las biografías y testimonios de los primeros falangistas liberales²⁰ es científicamente relevante para inferir sobre los cambios, conflictos, y relaciones entre la vida intelectual, el régimen franquista, y la primitiva Falange, en la década de los cuarenta. El trabajo de Payne sobre la Falange²¹ combina (aunque no explicitamente) el método de casos con un análisis histórico utilizando precisamente la información de este grupo de intelectuales.

En uno de los trabajos más completos que existen sobre el método cualitativo (Gee, 1950) se señala que una de las características del método de casos es su "minuciosidad" en el análisis (1950: 235).²² El libro de Thomas y Znaniecki es una buena prueba: construye generalizaciones universales que necesitan de la prueba empírica del caso atípico o negativo cuya función metodológica es, mediante inducción analítica, afinar, refutar y reformular para obtener hipótesis válidas a aplicar universalmente a todos los

casos.³¹ ¿Cuales son los casos extremos? Son aquellos en los que un cierto número de variables estadísticas generales permanecen constantes pero no otras, presentando rasgos complejos o diferentes. En psicoanálisis el caso de un paciente en cuya niñez fué sometido a aislamiento, y represión (sin las características positivas de un paternalismo autoritario) puede servir, como caso extremo, para explicar el impacto de la socialización familiar en la personalidad, el proceso de generación de trastornos mentales (habla), y de carácter (maduración), o incluso rastrear el origen de fenómenos sociales como el del autoritarismo.³²

Las funciones metodológicas del método de casos refieren a dos momentos claves de la investigación: el de la confirmación de hipótesis, y el de clarificar, refutar y descubrir nuevas hipótesis de trabajo (Sjöberg y Nett, 1968). En el primer plano de la confirmación de hipótesis se vuelve necesario buscar casos típicos, no desviados, es decir casos comprobables y frecuentes a través de una pauta estadística. Una comunidad, una familia, una élite o pautas concretas que pueda establecerse como modelo o categoría modal serán aquí casos típicos. El criterio básico para establecer un caso típico es que refleje sustancialmente las características y complejidad del proceso o fenómeno que queremos medir, por ejemplo una comunidad típica emigrante o receptora de inmigración para estudiar influencias de la movilidad geográfica; un conjunto de intelectuales que elaboraron los documentos básicos a una ley constitucional para estudiar el rol del intelectual y la ideología.

en la "charte" de una élite y clase en el poder. En el segundo plano se hace necesario el análisis de casos atípicos y negativos para observar las desviaciones sociológicas a la norma estadística y cuestionar o corregir la hipótesis inicial. En general el método de casos sirve a este nivel para precisar una hipótesis general y proceder a su corrección.³³

Otros procedimientos a partir del método de casos han adquirido autonomía propia. Es el caso de las "historias de vida" (life histories) y el método de trabajo con casos (social case work).³⁴ Concretamente la historia de vida es una técnica de casos que utiliza el método sociológico aplicado a la biografía de una persona. Se puede identificar como el análisis del mundo de la experiencia íntima de una biografía que resume la complejidad de un proceso social. Un manual ya clásico (Bogardus, 1936) afirmaba su utilidad para el uso en la entrevista en profundidad y lo diferenciaba del método de los biógrafos poniendo el énfasis en el hecho de que en la historia de vida interesa la dialéctica experiencia personal-experiencia social, y no una mera imagen pública del individuo. Así, si la biografía está interesada en el individuo, la historia de vida toma como unidad de análisis a la persona³⁵ como un segmento de la experiencia colectiva de un grupo o clase sociales. En general los metodólogos están de acuerdo en que el método de casos es una etapa importante en el análisis sociológico que debe ser completado con otros métodos estadísticos, históricos, y experimentales (Gee,

En este sentido una función importante del método de casos es el de revelar los casos clave en que debe aplicarse métodos estadísticos de medida y análisis (Elmer, 1939).

Esto es especialmente importante para el análisis de los intelectuales. Ello es cierto si se piensa en que el método de casos per se reduce al mínimo el nivel estadístico, aunque amplía la observación en profundidad. De aquí sus ventajas e inconvenientes.³⁶

Ideologías y contenidos como unidades de análisis sociológico

La actividad de los intelectuales es ideológica por excelencia. De ahí que sea necesario delinear brevemente el significado metodológico del concepto de ideología y las técnicas más usuales de cuantificación y análisis de los contenidos de su producción.

En el análisis de los intelectuales y de la vida intelectual en general, la ideología representa una unidad analítica necesaria para entender no sólo sus roles y orientaciones sino su emplazamiento respecto de la estructura de poder, y de los intereses de grupos y clases dominantes. Desde el punto de vista de la epistemología de la ideología parece adecuado partir de la hipótesis marxista

na. Referente a la utilidad metodológica del concepto, nuestro análisis tiene en cuenta el modelo de la sociología del conocimiento de Mannheim. Desde el punto de vista de la teoría marxiana del conocimiento la ideología aparece como un producto social antes que individual (Cornforth, 1971: 67) dejando fuera del análisis los procesos psico-físicos de formación o elaboración de las ideologías en la mente de los individuos y atendiendo a sus características de ser un indicador de desarrollo de la conciencia social en relación con la dialéctica de los intereses de las clases y los grupos. Es preciso, además, distinguir como lo hace Gramsci entre ideología como "superestructura necesaria de una determinada estructura" e ideología como "elucubración arbitraria de determinadas individualidades" (1971c: 57). El carácter "orgánico" del primer tipo y el carácter "fugaz" del segundo ayuda a entender una obra intelectual entera, su peso y engranaje en la realidad social.

Una ideología o sistema ideológico puede ser definido en el sentido de Kolakowski (1960) por su función; esto es como un proceso intelectual de consolidación de la razonabilidad y creencias de los valores esenciales en la actividad de un grupo, clase social, élite determinada, partido político, club, grupo religioso, etc. Marx es tajante al identificar el desarrollo de una ideología con el desarrollo de la base social en que se produce. En 1845 en La Ideología Alemana afirma:

Moral, religión, metafísica, y todas las demás ideologías y sus correspondientes formas de conciencia no retienen por más tiempo la apariencia de independencia. Ellas no tienen historia, ni desarrollo; sino que los hombres, en el desarrollo de su producción e intercambio material alteran, a lo largo de su existencia real, su pensamiento y los productos de su pensamiento. La vida no está determinada por la conciencia, sino la conciencia por la vida. (Marx y Engels, 1969: 47)

Se ofrece en este párrafo un modelo estructural de aproximación al análisis de los productos ideológicos. Si las ideologías no tienen historia por sí mismas ello significa que no tienen el poder necesario sino en la medida en que están diseñadas por unos especialistas (los intelectuales), en el marco de unas relaciones sociales concretas. Es decir la articulación social de la ideología está determinada por el triángulo causal de los intelectuales en cuanto grupo, el poder político de una élite, y los intereses de una clase que soportan ambos. Marx sugiere: "Las ideas de la clase dominante son en cada época las ideas dominantes, es decir la clase que es la fuerza material de la sociedad, es al mismo tiempo su fuerza intelectual." (1969: 64). Marx plantea críticamente los tres posibles modelos de análisis de la ideología partiendo de este concepto global y siempre relativo a unas estructuras determinadas. Por un lado considerar un sistema ideológico como una acti-

vidad en sí misma, independiente, es puro idealismo en el sentido de que la ideología queda vacía de todo el contenido sustancial que quiere reflejar. Las ideologías tampoco pueden ser consideradas como colecciones de datos estadísticos producidos mecánicamente. El valor de la hipótesis de Marx está precisamente en poner énfasis en su carácter de sistemas vivos en función de unos procesos sociales; en ver las ideologías dentro de la dialéctica específica estructura social:

Este método /dice Marx hablando del materialismo dialéctico/ parte de las premisas reales, sin abandonarlas un momento. Sus premisas son hombres, no en fantástico aislamiento y rigidez sino en su proceso de desarrollo real, empíricamente perceptible bajo condiciones determinadas. Tan pronto como este proceso vital activo es analizado así la historia deja de ser una colección de hechos muertos como en el caso de los Empiricistas (ellos mismos por otra parte tan abstractos) o una actividad imaginaria de sujetos imaginarios como en el caso de los idealistas. Donde la especulación termina -en la vida real- comienza la ciencia real y positiva: la representación de la actividad práctica, del proceso concreto de desarrollo del hombre (1969: 47-48).

La conexión entre sistemas de ideologías no se reali-

zá por una dinámica ideológica autónoma sino en la medida en que cada sistema está unido o en conflicto con un proceso social concreto. Ello da idea del tipo de relaciones sociales que se establecen entre los intelectuales y aquellos círculos o estructuras en que están inmersos.

Desde estos puntos de vista, las ideologías aparecen unas veces, como mixtificaciones y racionalizaciones de unos objetivos concretos, como puras distorsiones de la realidad; otras veces, como sistemas intelectuales trabados defendiendo un apoyo o acción determinada; y aún otras como representaciones cognitivas de la realidad. En cualquier caso, siempre aparecen como instrumentos o armas intelectuales en función de unos intereses definidos. Y justamente porque las ideologías tienen un carácter instrumental y racional, se diferencian de los sistemas de creencias en que su elaboración requiere unos requisitos intelectuales, independientemente del estadio de desarrollo intelectual y social en que se producen.

Marx puso un gran énfasis en destacar las ideologías como sistemas engañosos o ilusorios ("la mistificación de la época"), en atacar duramente a los ideólogos por sus "sueños dogmáticos y sus distorsiones" y por haber abandonado "el reino de la historia real por el reino de la ideología"; y en señalar que la ideología es un producto de pensadores conscientes pero con "falsa conciencia" (1969: 40, 43, 80). Pero considerar la hipótesis marxiana en esta sola dirección sería reducir la riqueza analítica del

concepto a una pura idea impresionística. Como señala Acton la idea fundamental marxiana es la de la búsqueda de un procedimiento científico que permita al investigador demostrar "cuales son los objetivos reales de hombres que parecen ser conscientes sólo de sus propios aparentes objetivos" (1955: 128). Se trata, pues, de detectar las auténticas motivaciones de las ideologías; sus claves estructurales y causales inmersas en la realidad social.

Desde el punto de vista del análisis de la ideología es un error típico identificar ideología con falsedad. Como señala Kolakowski; "La distinción entre ideología y ciencia no es una distinción entre falsedad y verdad. Ellas se distinguen por su función y no por su grado de veracidad." (1960: 24). No es que la ideología no apprehenda la realidad distorsionándola, sino que lo importante para el investigador es identificarla como una "representación intelectual" de unas motivaciones complejas pero no difficilmente detectables en un análisis sociológico. La forma de proceder más adecuada es el análisis de las motivaciones por las que la ideología fué producida por una élite intelectual en el contexto de unas relaciones sociales especificadas. Partiendo de un análisis concreto del papel que juegan las ideologías, en función de unos intereses concretos podemos obtener una explicación no sólo de cómo se articula socialmente una ideología, sino incluso intelectualmente.

Otras dimensiones importantes de la ideología como la

elaboración del mito y la dimensión utópica de la ideología ayudan a entender su dinámica interna y la forma que adoptan en un momento determinado. Mannheim (1936: 265) distinguiendo dos modelos de análisis de la ideología, el de la teoría de la ideología y el de la sociología del conocimiento, formula la propuesta de evitar una evaluación a priori de las ideologías y propone considerarlas como "estilos de pensamiento". En el modelo de Mannheim el análisis de la dinámica interna entre estilos de pensamiento (por ejemplo los pensamientos liberal y conservador del XVIII y XIX) tienen tanta relevancia científica como su relación con el contexto en que se producen. Ahora bien, nunca ambos planos de análisis deben ser separados. Este autor propone el análisis de sistemas ideológicos mediante el método de "adscripción" (imputation method) por el cual una ideología es estudiada mediante su interpretación y clasificación en el contexto global de un estilo de pensamiento y a su vez como producto de las fuerzas sociales que la determinan (Mannheim, 1936: 307-308).

Hemos visto cómo se articula la ideología y cual es el punto de partida metodológico para su análisis a través de los modelos de Marx y Mannheim, ahora bien en el análisis ideológico de un grupo intelectual concreto (como es el de los intelectuales políticos en Madrid) se hace preciso concretar la influencia de un sistema ideológico y su base social sobre los productos ideológicos específicos de ese grupo. Grandes sistemas ideológicos como el capitalismo versus socialismo, nacionalismo versus internacio-

nalismo, tradicionalismo y conservadurismo versus liberalismo y progresismo, etc., aparecen de una forma o de otra traducidos en declaraciones ideológicas en cada grupo de intelectuales que es preciso rastrear a través de sus obras y conectar con sus compromisos políticos, de grupo y de clase. Otro aspecto importante del producto ideológico concreto es su capacidad de convertirse en fenómenos de masas y en formar sistemas de creencias, opiniones, formas de racionalizar y legitimar el comportamiento social. El rol del intelectual como creador de opinión a través de los medios de comunicación posibilita esa difusión del producto ideológico. Un análisis de sociología del conocimiento puede entrar en el estudio de la ideología por cualquiera de las dos vías: como un fenómeno de masas o como un producto intelectual específico. Los niveles y métodos requeridos son, obviamente, diferentes pero la búsqueda del hilo conductor lleva a la misma fuente: no al análisis de un proceso cognitivo individual, "sino que debe concentrarse en hacer comparaciones entre el contenido de la declaración ideológica y la situación vital de sus adherentes." (Geiger, 1969: 159).

Un auxiliar útil en el análisis de ideologías puede ser el análisis de contenido, (content analysis) que con una metodología primitiva comenzó a utilizarse en las escuelas de periodismo norteamericanas, y por los criterios literarios en las primeras décadas del presente siglo. Enseguida cristalizó en trabajos importantes dentro de la sociología como el exhaustivo estudio de Sorokin sobre

los contenidos de dos sistemas culturales históricos (1937), el análisis del lenguaje político por Lasswell et alia (1949), el estudio de Kroeber (1948) sobre el contenido del arte, y el trabajo de Goldman sobre la ideología de la tragedia francesa (1959). Desde el punto de vista del estudio de las ideologías el análisis de contenido intenta describir y analizar los componentes de materiales (libros, colecciones de artículos o materiales plásticos) de una forma sistemática, cuantitativa, y cualitativa. En general este método de análisis utiliza cuatro pasos clave: (a) el establecimiento de una muestra específica de las unidades materiales (palabras, símbolos) y conceptuales (pensamientos, ideologías) a analizar;³⁷ (b) unas técnicas de codificación de los contenidos;³⁸ (c) unas técnicas estadísticas de análisis;³⁹ y (d) unas técnicas específicas de interpretación.⁴⁰ La idea clave está en la selección precisa de las categorías que deben representar a las ideas que se quieren medir. En el caso de un análisis de ideologías se trata de observar la estructura ideológica de la obra de un intelectual, mediante el análisis de las unidades de contenido a lo largo de su obra. A continuación presentamos las hipótesis principales que guían nuestro trabajo.

Hipótesis de partida

- (a) La función ideológica en sí es una superestructura

7 necesaria a ciertos cambios sociopolíticos. Es independiente de la orientación política y de clase que adopta puesto que se monta sobre una dialéctica de lucha de clases, divisiones, poderes, etc. Hay ideólogos de izquierda e ideólogos de derecha, o en la terminología gramsciana intelectuales "orgánicos" e intelectuales "tradicionales" respectivamente.

(b) Un régimen autoritario, en sus comienzos, provoca una ruptura global con la situación político-social anterior. Una nueva clase dominante y una nueva facción política de clase accede al poder e instaura un nuevo aparato de Estado. La ruptura es más aguda aún con los que elaboraban la racionalidad, legitimidad, y opinión en el régimen anterior: es decir con los intelectuales. El régimen autoritario se monta sobre una mentalidad: la salvación de la patria y la destrucción de elementos rompedores de la tradición. Pronto necesita una ideología e ideólogos. Un régimen autoritario reducirá a los intelectuales al papel de legitimadores incondicionales impidiendo cualquier tipo de crítica y/o disensión públicas.

(c) Los intelectuales españoles surgirán en un espectro de clases concreto: la burguesía y/o la clase media tradicional. El intelectual no es freischwebende intellektanz pero tiene una enorme flexibilidad para cambiar ideológicamente. Más difícil es el problema de la ruptura total con su clase. Se socializarán en valores religiosos-católicos y de clase media.

(d) El proceso de autoconciencia y de formación intelectual será correlativo a un cierto distanciamiento ideológico de los intelectuales con su clase y medio familiar.

(e) La profesión de los intelectuales tenderá a estar relacionada con el mundo académico y los medios de comunicación, anclada en círculos, y formando redes de lazos relativamente más débiles que los de otras élites establecidas.

(f) Cada vez más el intelectual político en España abandonará una formación y metodología jurídico-culturalista para acercarse al método y modelo del análisis de las ciencias sociales, congruentemente con los cambios intelectuales operados en otras estructuras sociales en su área cultural.

(g) Los intelectuales han participado cada vez menos en el poder, en España. El régimen pierde intelectuales generándose redes de relaciones en función de la orientación ideológica y el anclaje en los grupos políticos. En general los lazos que forman las redes de intelectuales tienen una forma especial.

(h) Puede hablarse de un progresivo "desencanto" de los intelectuales con el régimen franquista, por su antiintelectualismo, incapacidad para organizar libertades, y convivencia sobre una base democrática, a medida que reafirma y consolida sus bases económicas y político-jurídicas.

(i) En un régimen autoritario con un desarrollo económico acelerado, integrándose progresivamente en los circuitos de producción y mercado de un modelo de economía capitalista (como el caso español), se desarrolla un "tercerismo utópico" es decir, el intento de racionalizar y legitimar una vía ideológica y política intermedia entre capitalismo y socialismo, como orientación ideológica global en los intelectuales legitimadores del poder establecido. Este puede aparecer en versiones separadas e incluso conflictivas como un "socialismo nacional", un "desarrollismo", un fascismo latente etc. Estos procesos son paralelos al desarrollo de formas tácticas (intelectualmente) de expresarse la ideología en los intelectuales reformistas o revolucionarios, y en general en todos los disidentes del régimen, para poder sobrevivir en su papel de hacedores de ideologías, expresión, y articulación de las fuerzas sociales en pugna. El grado de coactividad y/o corrupción a que son sometidos los intelectuales bajo este régimen autoritario les obliga a formas indirectas de transmisión de la ideología; mediante el análisis de un caso histórico referible al presente que quiere analizar; mediante la referencia a situaciones del exterior a su propio país; o mediante la construcción de futuribles, utopías, o elaboraciones abstractas. Ambos tipos de intelectuales se ven compelidos a desarrollar una "imaginación política" desusual con objeto de legitimar y racionalizar la continuidad del sistema establecido (particularmente en el caso de los legitimadores), no identificandolo con sistemas históricos (capitalismo, fascismo, totalitarismo) o para desprestigiarlo, ata-

cárdo o deslegitimarla (caso de los disidentes) por estrictas razones de supervivencia ideológica y política. En las páginas que siguen acometemos el análisis de estos problemas.

Notas del capítulo 2

1. Este modelo intelectual que viene de Marx cristaliza por un lado en la sociología del conocimiento de Mannheim, y por otro en la pluralidad de modelos marxistas (Lenin, Plekhanov, Kautsky, y Bukharin entre los primeros; luego Lukács, Rosa Luxemburgo, y Gramsci; actualmente Althusser, De la Volpe, Goldman, Habermas, Lefevre). El esfuerzo de los diferentes modelos marxianos está particularmente volcado a la continua revisión crítica de las relaciones dialécticas entre sujeto y objeto de conocimiento. Zigmunt Bauman (1969) ha delineado el perfil de los intereses intelectuales de los marxismos actuales en la linea de una preocupación por el problema del conocimiento sin reducir esta preocupación al nivel estricto de la práctica teórica. Esos rasgos podrían resumirse así: (a) preocupación por las condiciones científicas y sociales para obtener un conocimiento adecuado de la realidad, por la estructura social del proceso cognitivo; (b) análisis de la triple relación estructura social, conocimiento científico e ideología; (c) revisión del rol del científico social en la estructura social; (d) necesidad de revisar las causas e influencias de la dinámica social en la cristalización de las distintas

escuelas sociológicas, modelos de análisis etc.; (e) estudio de los problemas de alcance y nivel macro-sociológico; y (f) preocupación por conectar investigación y análisis empírico con teoría y epistemología (dialéctica de Charybdis y Scilla). Una aportación básica al estudio de los modelos teóricos metodológicos de los padres fundadores de la sociología puede verse en Ivan Vallier ed. (1971) especialmente la parte primera.

2. El interés por los procesos cognitivos y por la dimensión ideológica de la filosofía y economía clásicas cruza toda la obra de Marx. Las relaciones entre conocimiento y clase, conocimiento y praxis son, pues, una dimensión analítica. No obstante en ciertos textos marxianos puede localizarse un análisis más sistemático y teórico de esta problemática. Vease especialmente: The German Ideology (1969), Critique of Hegel's Philosophy of Right (1970), A Contribution to the Critique of the Political Economy (1970) y The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte (1963).

3. El análisis y modelo clásico de Mannheim en Ideology and Utopia (1936) es el texto más sistemático sobre el tema. No obstante, sus dos volúmenes Essays on the Sociology of Culture (1956) y Essays on the Sociology of Knowledge (1952) constituyen un material esencial, y pionero en la sociología del conocimiento.

4. Goode y Hatt sostienen que análisis cuantitativo significa a veces el procedimiento de clasificación de datos

3 no numéricos que se impone al investigador. Para ambos autores las vías de proceder en análisis cuantitativo implican: (a) la clasificación de los datos deseados a partir de materiales no cuantitativos como artículos, declaraciones, libros, etc.; (b) la codificación cualitativa de respuestas; (c) el estudio cuidadoso de los textos desde el punto de vista de cómo surgen, sus motivaciones y sus predisposiciones; (d) la extracción de los indicadores a utilizar para probar o rechazar hipótesis; y (e) el refinamiento de los indicadores para posibilitar su comparatividad. En general Good y Hatt reducen el análisis cualitativo a unos procedimientos específicos a partir de unos datos muy concretos: el material escrito. Sin embargo el análisis cualitativo puede ser una dimensión importante en todas las etapas de una investigación tanto si se emplea el método de encuesta como si se utilizan otros procedimientos de observación directa, tales como la observación-participante o de análisis a partir de datos secundarios. Una descripción precisa de las operaciones de codificación simple y cualitativa aparecen en cualquier manual (Good y Hatt, 1952: capítulo 19). Para una descripción de las operaciones cualitativas en la observación participante deben consultarse: Filstead (1971), Hyman (1955), Kish (1967), Klein (1934), Kroeber (1948), Malinowski (1961), y Riley (1963: 4). Especialmente la contribución de Filstead lleva por título Qualitative Methodology y dedica una parte sustancial al análisis de los problemas de sesgo, objetividad, medida, y representatividad en el método de observación-participación.

5. En general, el problema clave en el análisis cualitativo es el de la inferencia de conclusiones sobre una población a partir de un modelo de análisis de casos. Este problema no es tan agudo utilizando muestras probabilísticas y representativas. El problema es resuelto asumiendo que de otros tipos de muestra también se puede inferir con cierto grado de precisión. Además, técnicas como el método de casos obligan a un esfuerzo metodológico previo de selección de aquellos casos que representan un peso decisivo dentro de una población dada.

6. Kadushin (1968); y Kagushin, Hover, y Tichy (1971).

7. Para un análisis de los problemas de diseño de muestras puede consultarse cualquiera de los libros citados en las referencias del presente capítulo. Concretamente la discusión de una muestra adecuada al análisis cualitativo y al análisis relacional están en Coleman (1953), quien ofrece cuatro vías para la construcción de muestras adecuadas a este tipo de análisis: la muestra de bola-de-nieve (snowball), el muestreo por saturación (saturation sample), la muestra densa, (dense sample), y la muestra por pasos o etapas. (multi-stage sample).

8. Una descripción detallada de estos conceptos y medidas del modelo de redes se ofrece en el Capítulo 10.

9. Simon (1969) destaca el rol de la "opinión del experto" como uno de los pasos técnicos de la encuesta y la investi-

gación en general de la siguiente forma: "Por opinión del experto entiendo los juicios y estimaciones hechas por personas que han dedicado gran parte de su tiempo trabajando en un tema concreto y que han conseguido una gran cantidad de información general filtrándola a través de sus mentes y almacenándola en sus memorias" (p. 274: el subrayado es nuestro). La opinión del experto suele tener dos funciones claras: por un lado, la de constituir para el investigador una guía general de hipótesis, campos a cubrir, y fuentes a las que acudir; y de otro, la de ser datos finales con los que complementar la prueba o rechazo de ciertas hipótesis y llegar así a conclusiones. Pero en cualquier caso la utilidad de la opinión del experto es claramente la de una fuente general directa para elaborar "ideas que requieren el examen previo de un contexto global, es decir, tener en cuenta una imagen total panorámica antes que un limitado número de factores bien definidos" (p. 274).

10. Las fuentes documentales fueron las siguientes: (a) El Censo Quién es quién en las letras españolas (Madrid: Instituto Nacional del libro español, 1969); (b) Who's Who in Spain (Londres, 1962 y 1970); (c) Documentación Española Contemporánea, Quién es quién en las Cortes españolas (Madrid: D.E.C., 1972); (d) El Fichero de Altos Cargos (Madrid: F.A.C., años 1940 a 1974); (e) Joaquín Bardavío, Dirigentes (Madrid, 1972) 1^a ed. y (Madrid, 1973) 2^a ed.; (f) Los libros de entrevistas publicados en los últimos ocho años en España (vease Bibliografía); (g) El conjunto de las secciones sociopolíticas de la prensa madrileña diaria y las re-

vistas semanales, mensuales, y periódicas madrileñas, principalmente entre 1960 y 1974; (g) los trabajos generales y biográficos sobre la vida intelectual española actual citados en la Bibliografía. La lista de trabajos que ofrecemos puede constituir un material básico para la confección de una muestra de intelectuales (con sus obras), así como una fuente secundaria de información.

11. Es decir: las tres personas con las que se reúne más frecuentemente; aquellas con las que tiene una más cercana afinidad ideológica y política; aquellas con quién discute más frecuentemente de asuntos políticos de la vida nacional.

12. La relación de intelectuales que componen la muestra utilizada en este trabajo se ofrece en el Apéndice A.

13. Se recomienda la utilización de métodos modernos de recogida de información como una cinta magnetofónica. No obstante la experiencia demuestra que en España es difícil su aplicación, pues las declaraciones no se producen así con la suficiente naturalidad y desinhibición. Un método puede ser recoger la información taquigráficamente. Otro es que los entrevistados escriban algunas de las preguntas que necesitan un discurso especial. El método utilizado por nosotros ha combinado estas dos últimas técnicas.

14. En el Apéndice A ofrecemos ambos cuestionarios y las guías generales de la parte abierta de la entrevista.

15. Concretamente Shaw (1927) refiere así el objetivo del método de casos: "pone el énfasis en la situación total o combinación de factores, en la descripción del proceso o secuencia de acontecimientos en que la conducta tiene lugar, en el estudio de una conducta individual situada en su contexto global, y en el análisis y comparación entre casos, llevando así a la construcción de hipótesis generales" (149).
16. Pueden citarse aquí obras de Dollard (1935), Elmer (1939), Giddings (1924), Klein (1934), Lundberg (1926), Shaw (1927), Sorokin (1937), y Thomas y Znaniecki (1920). Anteriormente, y no sólo en América, el método fué usado por Le Play sobre la estructura familiar para explicar los fenómenos de fluctuaciones cíclicas en la prosperidad económica y social.
17. William I. Thomas y Florian Znaniecki, The Polish Peasant in Europe and America (1920).
18. Efectivamente el análisis de casos en Sociología ha sido aplicado a individuos, familias, comunidades, organizaciones formales y hasta sociedades tradicionales. Se podrían citar aquí los trabajos de Lynds sobre Middletown, los de Warner sobre Yankee City, y los de Hollingshead sobre New Haven. La literatura antropológica está también cuajada de referencias teóricas y metodológicas al método de casos.

19. Con esta idea queremos referirnos al hecho de que cuando el investigador ve mermadas sus fuentes documentales debe recurrir a métodos directos como el de observación-participante sobre el caso. Es en esta etapa donde el investigador debe desarrollar gran habilidad e interés puesto que objetivamente un hecho no tiene necesariamente que estar documentado para tener relevancia intelectual. Como señala Malinowski "hay ciertos fenómenos de gran importancia los cuales no es posible recogerlos a través de cuestionarios o computarlos en documentos, pero que deben ser observados en su realidad global. Permitasenos identificarlos como la incommensurabilidad de la vida real." (1961: 18).

20. Por ejemplo Laín, Tovar, Ridruejo, y Torrente Ballester.

21. Stanley G. Payne, Falange. Historia del Fascismo español (1967).

22. Para una visión precisa de las reglas y procedimientos técnicos en el método de casos puede verse Giddings (1924: 95) quien pone el énfasis en la regla de la comparatividad. Gee (1950: 236) establece seis técnicas: (a) una encuesta explorativa previa selectiva del caso o casos; (b) descripción, clasificación y detalles; (c) niveles comparativos; (d) variaciones y peculiaridades entre casos de la misma especie; (e) relevancia analítica del caso elegido; (f) análisis comparativo de caso de una misma especie con casos

49 disimilares (por el método de negatividad) o con casos marginales que pueden acentuar las características relevantes del caso elegido. Otro procedimiento típico es el de las analogías, entre casos situados en contextos o universos comparables y homogéneos. El análisis está guiado aquí por el procedimiento de establecer paralelismos y diferencias.

. 23. En Sjoberg y Nett (1968: 260-262) hay una discusión sobre la función del método de casos en relación con la validez de hipótesis universales y la inducción analítica sobre la experiencia de los trabajos de Zelditch, Cressey y Lindesmith, y Robinson y Turner. Concretamente para Turner la conclusión (criticando el trabajo de Lindesmith y Cressey) es que la inducción analítica no lleva necesariamente a leyes universales sino a un nivel de definición conceptual. Un análisis de caso negativo para cuestionar la conocida proposición de Michels sobre la ley de hierro de la oligarquía se halla en Lipset, Trow, y Coleman Union Democracy (1956) trabajo sobre un sindicato tipográfico norteamericano.

24. Vease Kinsley Davis "Final Note on a Case of Extreme Isolation" American Journal of Sociology, Vol. 52: 432-437.

25. Malinowski (1961) ha señalado otras funciones importantes a nivel de análisis comparado de culturas.

- 0 26. Marsal con el método de historias de vida en el marco del método de casos realizó análisis del proceso de aculturación del inmigrante español en Argentina. Vease Hacer la América (1968).
27. Un análisis básico sobre el uso de documentos y sus tipos en las historias de vida puede verse en Krueger (1925), y Elmer (1939).
28. En general se han destacado las siguientes ventajas: (a) El dar una imagen en profundidad de un caso individual o colectivo y el de inferir la experiencia social; (b) El hecho de que es una forma de organizar los datos no cuantitativos mediante tipologías e índices; (c) El que es muchas veces menos costoso en tiempo y dinero que otras técnicas. Han sido también puesto de manifiesto sus inconvenientes, de ésta forma: (a) Alta probabilidad de sesgo; (b) No siempre permite la comparación; (c) Si no está complementado con otros métodos contradice el propio método sociológico de la generalidad y por tanto el análisis; (d) La inferencia a partir del método de casos es útil a veces como base para hipótesis pero no es una tesis científica en sí misma; (e) Fallos en la objetividad, pues de un caso individual no siempre se puede extraer mecanicamente una conclusión objetiva (falacia ecológica).
29. En general esta etapa intenta definir los casos que pueden ser comunicaciones de individuos, instituciones, grupos etc. El modelo tiende aquí a definir ciertas orientaciones.

taciones clave: las propiedades. La medida viene dada por la clasificación de los casos en función de esas propiedades. El tipo de muestra a utilizar puede ser una muestra probabilística estratificada cuando se trata de utilizar un cierto número de casos.

30. El libro de claves puede estar construido con numerales, símbolos, nombres, y categorías. Las instrucciones deben definir bien cada categoría y cómo englobar los datos.

31. Es el proceso de combinación y análisis. En general se recuenta las propiedades de cada categoría, asignando frecuencia y pesos. El proceso continúa estableciendo las pautas que tienen las propiedades, mediante el uso de escalas, correlaciones de frecuencias, análisis factorial etc.

32. Si el objetivo es la exploración, la interpretación sirve aquí para establecer hipótesis con las que trabajar. En general la interpretación del análisis de contenido debe hacerse en función de un modelo más analítico, como el que hemos expuesto para la ideología.

CAPITULO 3

HOMBRES DE IDEAS EN ESPAÑA

Un análisis de la vida intelectual española actual debe comenzar por dibujar el entorno sociopolítico e intelectual de los intelectuales políticos en Madrid, en su dimensión histórica reciente. Analíticamente se pueden distinguir seis períodos intelectuales en relación estrecha con la evolución del régimen autoritario y la ideología global del aparato del Estado. A su vez, estos procesos en la vida intelectual y el régimen se sitúan dentro de la evolución de: (a) las estructuras y relaciones básicas de producción; (b) la estructura de clases sociales y división del trabajo social; (c) las relaciones globales (básicamente políticas y económicas) entre fuerzas concretas de la sociedad (como el propio régimen, las clases dominantes, las fuerzas de oposición y, en general, los círculos intelectuales) con los países del Occidente europeo y americano; (d) la continuidad o discontinuidad con los modelos y generaciones intelectuales del pasado inmediato, anterior a la guerra civil. Ca-

da período o etapa económica, política e intelectual encierra una compleja red de interrelaciones. Asumimos que el Estado surgido de la guerra civil de 1936-39 (y la evolución de las fuerzas sociales inmediatas que le sirven de apoyo) es una variable básica para entender la evolución de la vida intelectual española, concretamente la situación de los intelectuales políticos. Cada período político e intelectual ha sido denominado según el proceso dominante o hegemónico que se opera en él, con la conciencia de que este proceso no es único sino el más visible o marcado en el conjunto de la estructura entera. Los orígenes del régimen exhiben una relativamente alta coherencia entre las fuerzas políticas que lo componen y las élites intelectuales; las etapas posteriores a 1945 muestran unas relaciones de creciente conflicto entre los intelectuales y el poder establecido. El régimen reproduce en cada etapa sus cuadros intelectuales, pero a medida que éste se consolida y la estructura económica se desarrolla, se generan procesos de oposición y radicalización en los intelectuales. Cada período podría considerarse, en cierta forma, como una etapa de renacimiento intelectual y ello porque: (a) se van incorporando progresivamente ciertos intelectuales exiliados; (b) se va produciendo una conexión cada vez mayor entre ciertos grupos intelectuales en el exilio; y (c) se van restableciendo (aunque lenta y fraccionadamente) las líneas intelectuales básicas que tuvieron auge en la España anterior a 1936, obviamente con un papel y rasgos muy diferentes a como lo fueron entonces, y paralelamente se va conectando con nuevos modelos intelectuales e ideológicos extranjeros, como el marxismo y las ciencias sociales.

Generaciones rotas

Los intelectuales de la España republicana (1931-1939) forman un conjunto plural que conecta o está situado en una o varias de las cinco generaciones históricas básicas de los últimos cien años: (A) La de los intelectuales de la Institución Libre de la Enseñanza (institucionistas) como Francisco Giner o Gumersindo de Azcárate, y anteriormente Sanz del Río, que entre 1845 y 1910 incorporan a España la ideología liberal del racionalismo krausista, y la tesis de la educación como arma radical de reforma social.¹ (B) Joaquín Costa y los regeneracionistas como Lucas Mallada, Macías Picavea, Iseru, Ángel Ganivet y en cierta forma el primer Unamuno, preocupados por el tema de la reforma o regeneración nacional a base de la transformación de las estructuras agrarias y la reforma del sistema educativo.² (C) Con la Renaixença catalana que a partir de 1886 toma personalidad propia en hombres como Valentí Almirall, Joan Maragall, Ángel Guimerá, Prat de la Riba etc.³ Tomando el catalanismo en sentido amplio habría que citar al ideólogo orgánico del federalismo Pi y Margall, aunque sin ninguna relación concreta con la Renaixença. (D) Las diversas líneas de los intelectuales socialistas españoles que toman carta de naturaleza a partir de 1869 y la llegada de la Internacional a España a través de Lafargue, Guesde, y Laura Marx. La herencia de los presocialistas como Gusart y Roca Galés, Fernando Garrido, Ordax Avecilla, Sixto Cámara e incluso el radicalismo democrático de Ruiz Zorrilla quedan fundidos en

una nueva generación que a través de líderes como Pablo Iglesias, García Quejido, Gómez Latorre, José Mesa, los hermanos Mora, Jaime Vera etc., crea el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en 1879, la Unión General de Trabajadores (UGT) en 1888, y el periódico El Socialista. Hay que situar aquí las relaciones del primer Unamuno con el partido socialista. Es evidente que el núcleo inicial del socialismo español no tiene intelectuales, importando sustancialmente la ideología desde fuera. Poco a poco va surgiendo una relación orgánica entre los intelectuales y el partido, visible en hombres como Fernando de los Ríos, Julián Besteiro, Luis Araquistain, Zugazagoitia, y Negrín, aunque sin una ideología marxista definida. (E) La generación o grupo de noventayochistas como Unamuno, Azorín, Baroja, Machado, Valle-Inclán y Maeztu, a través de la cual toma cuerpo intelectual el "problema de España" influído por la crisis de la Restauración (1900) y el desgaste del problema colonial (1898). La generación del 98 muestra cómo los intelectuales literatti se transforman en intelectuales políticos en el sentido de introducir en su obra la preocupación por las relaciones entre el poder y la sociedad en que están inmersos y elaborar su propia ideología y utopía. Como señala Pedro Laín Entralgo, Antonio Machado produce con su poesía la elaboración global, ideológica y estética de "una visión de la España presente, una imagen de la España pretérita y un sueño de la España futura" (1970: 175), rasgos que en diferentes dosis se encuentran en casi todos los intelectuales de esa generación.⁴ Aunque como señala Sarcja (1941) el grupo generacional no existió, hay ciertas características sociológicas e ideológicas que hacen que pueda percibírselas como

grupo. (F) La denominada por Luzuriaga, Generación de 1914.

Es una generación ideológicamente heterogénea que reúne los discípulos de los intelectuales de las anteriores generaciones (instituciónistas, socialistas, costistas, noventayochistas, en general liberales, y republicanos). Como afirmó

uno de sus líderes, José Ortega y Gasset, el papel histórico asignado a los intelectuales en esta nueva etapa era el de encontrar una España nueva, después de la negación de la España tradicional.⁵

En cierta forma esta generación asumía (y avanzaba) desde distintas filiaciones políticas y variadas especialidades intelectuales, la conciencia crítica de las clases y grupos que iban a protagonizar diecisiete años más tarde el período republicano, la "España de la rabia y de la idea" como queda plasmada en el famoso poema de Machado. El papel del intelectual político, de diseñador de una utopía y oposición al orden político establecido se hace más patente en esta generación que en ninguna de las anteriores. La Liga de Educación Política (1913), el manifiesto Nueva y Vieja Política de Ortega (1914) en el teatro de la Comedia, la revista Esoña (1915)⁶ y, por último, el grupo Al Servicio de la República (1931), encabezado por Ortega, Pérez de Ayala, y Marañón, son los círculos culturales que articulan esta generación de intelectuales y su protagonismo definitivo en la década de los años treinta. Un círculo decisivo dentro de este grupo generacional estaría representado por el Ateneo de Madrid y el radicalismo liberal de una de sus figuras representativas: Manuel Azaña.

Esta generación jugará un papel decisivo en el proceso de deslegitimación del orden monárquico y la Dictadura de Pri-

mo de Rivera, sin olvidar que en este proceso intervienen también los mismos círculos y políticos monárquicos (como Santiago Alba y Francisco Cambó).⁷ (G) Un séptimo grupo generacional podría estar representado por los intelectuales católicos no pertenecientes a ninguna de las dos generaciones anteriores y que, de una u otra forma, conectan con el pensamiento católico integrista de fines del XVIII y principios del XIX⁸ y más tarde dan origen a pensamientos como el de Donoso Cortés, Balmes, Menéndez Pelayo, o el último Maeztu. A partir de la década de los veinte Aznar, Hinojosa, Ruiz Castillo, el primer Calvo Sotelo, Jordana de Pozas, y Minguijón serían sus ideólogos más representativos. La ideología de este círculo generacional legítima a un sistema político (sea monárquico, o regencialista) bajo la tesis que identifica la historia de España con la historia del catolicismo español. Pero es necesario señalar que en el siglo XIX el pensamiento tradicionalista, reaccionario, y conservador no forman una unidad. Hay que distinguir por un lado el pensamiento contrarrevolucionario bajo las influencias de Louis de Bonald y Josep de Maistre. Entre las diversas corrientes hay diferencias ideológico-políticas. Donoso Cortés es isabelino y apoyará a la figura de Narváez como una plasmación real de su imagen del poder. Balmes representa una continuidad del pensamiento católico escolástico con ciertos elementos del liberalismo francés. Menéndez Pelayo integra elementos liberales conservadores y tradicionalistas y es el producto típico de la Restauración; así puede entenderse el sustrato ideológico de su Historia de los heterodoxos españoles (1881). Una linea decisiva

es el pensamiento social-católico conservador ya en el siglo XX, señalada más atrás. En la etapa de la Dictadura (1923-1929) el grupo contrarrevolucionario intelectual decisivo es Acción Española (siguiendo el modelo para-fascista de Action Francaise), caracterizado por su nacionalismo y, consecuentemente, su catolicismo. En este marco puede entenderse el rechazo ideológico de Maeztu del capitalismo y la cultura protestante y su casticismo nacionalista e ideológico. Un componente contradictorio en Maeztu vendrá dado por sus conexiones ideológicas con el pensamiento revolucionario francés, el fabianismo inglés (Cole, 1943, y 1953), e incluso la conexión con ciertos sectores del pensamiento social italiano y su reacción ante la Ilustración basándose en la tesis de las culturas hispánicas. Así puede entenderse la influencia ideológica de Maeztu en instituciones del régimen de Franco como el Instituto de Cultura Hispánica y la política cultural desarrollada por el primer Ruiz Giménez, y más tarde por Alfredo Sanchez Bella, y Blás Piñar. Una línea que se desarrolla ya en el período republicano estaría representada por el catolicismo social conservador de la CEDA y las JAP (Gil Robles) y por el catolicismo liberal de Manuel Giménez Fernández. (H). Un octavo grupo generacional toma cuerpo al final de la década de los años veinte constituyendo la llamada generación de 1927. Estamos ante un grupo de intelectuales con intereses artísticos y literarios impregnados de preocupación y rebeldía ante los valores literarios del tradicionalismo español y la última etapa de la Restauración.⁹

La etapa de la segunda república española (y especialmente los bienios 1931-32 y 35-36) no significó el derrumbe definitivo del orden tradicional de la restauración, sino sustancialmente el de su superestructura institucional.

Todas las Españas posibles imaginadas por los intelectuales liberales, radicales, y republicanos desde fines del siglo XVIII, entraron en un proceso de elaboración institucional.

La conquista real de las fuerzas democráticas que trajeron la república fué sustancialmente una conquista de legitimidad institucional y pluralismo ideológico; de secularización y modernización de ciertas instancias de socialización (medios de comunicación salvo la radio, educación, aunque no la familia); de consolidación de unas reglas amplias de juego político (basado en una constitución democrática); de libertades civiles básicas (partidos, sindicatos, prensa); de ciertos intentos de reforma de las relaciones de producción, como la reforma agraria (Malefakis, 1970); y de un cambio básico en las relaciones poder-trabajo en la primera etapa (1931-1933), aunque el orden económico de la Restauración permanece inalterable: la situación de la propiedad privada salvo en los casos catalán y vasco mantiene sus estructuras preburguesas.

El pluralismo y la participación de la sociedad civil en la sociedad política alcanzó un punto tan álgido como--posteriormente--el conflicto entre la legitimidad y autoridad del Estado y los centros de poder real, como el bloque de la derecha y el ejército, e ideológicamente la Iglesia. A la etapa de desarrollo económico experimentada entre la primera guerra mundial y el crack de 1929, sucede una etapa de estancamiento en la República que con-